

A la mierda el amor



Vega Manhattan

A la mierda el amor

©Vega Manhattan

©Noviembre, 2024

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos) sin el permiso previo y por escrito del autor o del titular de los derechos.

**A la
mierda el
amor**

Vega Manhattan

Sinopsis

Desempleada, soltera, sin dinero y, para colmo, sin la menor idea de qué hacer con su vida, a Cora no le quedó más remedio que hacer las maletas y volver a casa de sus padres.

Pero lo que menos esperaba al llegar era encontrarse con Asher Parker, su archienemigo de la infancia y antiguo tormento personal.

Asher, ahora sheriff del pueblo, tampoco está encantado con la situación. Después de todo, su regreso debería haber sido un respiro, pero la paz rural resulta ser todo lo contrario.

Y la culpa la tiene esa mujer.

Entre disputas, algún que otro secreto y algunas lecciones de vida, se encenderá una chispa que ambos prefieren ignorar.

Aunque no siempre querer es poder.

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Reflexiones de un día \(o una vida\) de mierda](#)

[Capítulo 2](#)

[Lo que no te mata, te traumatiza](#)

[Capítulo 3](#)

[Cuando el universo decide que necesitas más traumas](#)

[Capítulo 4](#)

[Crónicas de un karma particularmente creativo](#)

[Capítulo 5](#)

[Días en que el universo no te da una tregua](#)

[Capítulo 6](#)

[Para lo bueno, lo malo y lo particularmente incómodo](#)

[Capítulo 7](#)

[Que alguien nos traiga un manual para esto](#)

[Capítulo 8](#)

[Crónica de una vergüenza anunciada](#)

[Capítulo 9](#)

[¿Planear? Ja, dice el destino](#)

[Capítulo 10](#)

[El destino no juega limpio \(ni respeta la privacidad\)](#)

[Capítulo 11](#)

[Un empujón no solicitado \(y otro más\)](#)

[Capítulo 12](#)

[Imprevistos del destino: capítulo dos](#)

[Capítulo 13](#)

[Cuando el plan B es simplemente juntos](#)

[Capítulo 14](#)

[Lo que pasa en la cabaña...](#)

[Capítulo 15](#)

[Una lista para todo, menos para lo que pasó](#)

[Capítulo 16](#)

[Cuando el cuñado llama dos veces](#)

[Capítulo 17](#)

[¿Amor de novela? Sí, pero sin el exceso de drama](#)

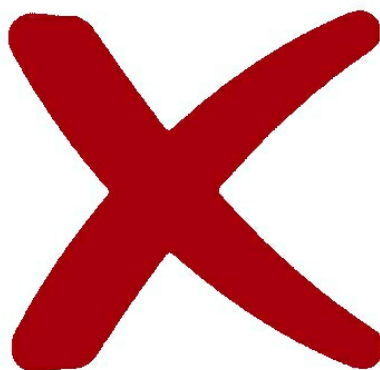
Epílogo

Checklist de un final feliz

A la mierda el amor... o quizás no

NOVELAS

«No siempre querer es poder...»



Prólogo

¿Alguna vez has tenido la sensación de que el universo está conspirando en tu contra?

Cora sí. A diario.

A veces, tenía la sospecha de que el destino la tenía en su lista negra personal. No estaba hablando de tragedias épicas; lo suyo era, más bien, una acumulación de pequeñas catástrofes.

Nada lo suficientemente grave como para escribir un bestseller de autoayuda... O tal vez sí.

No es que hubiera tenido una vida horrible. Simplemente... no era la vida que había imaginado.

Si a su yo de ocho años le hubieran preguntado dónde se veía a los treinta y cuatro, estaba segura de que su respuesta no habría sido: *De regreso a casa de mis padres, después de sentirme una fracasada.*

No.

Se imaginaba en París, o tal vez en Nueva York, o en alguna ciudad fascinante, viviendo su sueño.

Sorpresa: no estaba en París. Ni en Nueva York. Y mucho menos viviendo su sueño.

A estas alturas, ni siquiera sabía cuál era su sueño. Pero tenía la certeza de que no era estar en un autocar destartado, dejando atrás lo poco que quedaba de su vida.

¿O era su vida la que la había dejado a ella?

¿Alguna vez pensaste que la vida iba a ser de una manera y luego, ¡bam!, te diste cuenta de que habías estado corriendo en dirección contraria todo el tiempo?

Pues esa era la historia de Cora.

Y ahí estaba, volviendo al lugar al que pensó que no regresaría más que para una rápida visita o unas vacaciones cortas.

No es que hubiera tenido una infancia mala; en realidad, fue una infancia bastante normal.

Bueno, normal si consideraba que nadie está libre de traumas.

Pero, en términos generales, no fue nada trágico.

El problema no había sido crecer en ese lugar; el problema fue que allí no había grandes sueños ni oportunidades de esas que se cuentan en los discursos de graduación.

No.

Allí, todo era predecible, mundano. Lo cual no era malo... si una podía conformarse. Pero ella quería más.

Quería libertad, independencia, y éxito. Quería el “paquete completo” de ser adulta.

Como todos, suponía.

Lo tuvo. O creyó tenerlo. Pero, de repente, todo empezó a ir cuesta abajo.

Si es que alguna vez fue cuesta arriba...

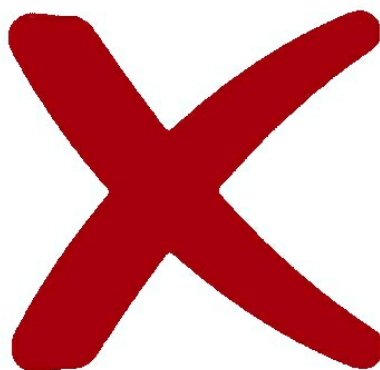
Podría decirse que había fracasado. Estrepitosamente. Igual que fracasaron todas sus relaciones.

Así que ahí estaba, en un autocar con más años que ella, mirando por la ventana mientras las nubes se amontonaban, como si también ellas conspiraran para arruinar lo que quedaba de su día.

¿Que qué le esperaba al final de ese larguísimo viaje? Ella no tenía ni idea.

Pero cuando todo lo demás falla, al menos siempre queda volver a tu habitación de la infancia... si es que todavía existe y tus padres no han cumplido su amenaza de convertirla en un trastero.

En fin, allá iba. A ver qué le tenía reservado el destino esta vez.



Capítulo 1

Reflexiones de un día (o una vida) de mierda

¿Sabes lo que son los pensamientos intrusivos?

Claro que sí. Todos los tenemos. Aunque, bueno, tal vez no siempre los hayas llamado así. Cora tampoco.

La verdad es que hasta hace poco ni siquiera sabía que esos pensamientos tenían un nombre, ni que eran algo común y normal.

Ella pensaba que estaba un poco zumbada y ya.

Porque, a ver, eso de que una tenga que levantarse de la cama para comprobar si ha apagado el gas, incluso cuando sabe perfectamente que lo hizo, tiene tela.

Pero ahí estaba esa vocecita en su cabeza susurrando: *¿Y si no lo has apagado de verdad? ¿Y si hay una fuga de gas y todo explota?*

Como para ignorarla.

Así que una termina saltando de la cama para revisarlo. No una vez, ni dos. Lo revisaba cinco veces. Y no podían ser cuatro, ni seis. No. Tenían que ser cinco. Justo cinco.

Espera, ¿eso ya era TOC, verdad?

Bueno, pues eso también lo sufría.

A lo que iba... Quizás los demás ya sabían de qué iban esos pensamientos que aparecen de la nada en la mente, porque claro, a Cora no le extrañaría que todos estuvieran enterados y ella no.

No sería la primera vez que le pasaba.

La primera vez fue en primero de primaria, cuando descubrió que Santa Claus no existía.

Demasiado tarde, lo sabía.

¿Sabes lo que es ser la única niña de la clase que sigue creyendo en Santa mientras todos los demás ya están en el equipo de “los regalos los traen tus padres”?

Para dejarte traumatizada de por vida, que fue exactamente lo que le ocurrió.

Cora recordaba perfectamente cómo sucedió...

Estaban en el recreo, justo después de las vacaciones de Navidad, cuando Asher Parker, ese niño que siempre tenía que fastidiarlo todo, se acercó con su habitual sonrisita de “yo lo sé todo”.

Sabía ser un perfecto idiota, eso seguro.

Siempre aparecía cuando menos lo deseaba, como una mosca cojonera de la que simplemente no podía deshacerse.

Ella, feliz y sin la menor idea de lo que estaba a punto de suceder, mostraba con entusiasmo su rodilla destrozada, orgullosa de la tremenda leche que se había pegado con la bicicleta que le había traído Santa Claus. Porque sí, Santa le había traído una bicicleta.

Y ropa nueva, pero ¿eso a quién le importaba?

A ella no, como tampoco le importó que Santa no hubiera hecho ni caso a la lista que le envió y que le trajera lo que le diera la gana. Porque tenía una bici, algo que ni siquiera se atrevió a imaginar que tendría, así que no iba a quejarse. Tampoco se quejaría del dolor de la rodilla raspada; la lucía con orgullo.

Mientras ella seguía relatando su épica caída, Asher, con sus ojos oscuros siempre entrecerrados, como si estuviera buscando algo que criticar, se acercó, listo para arruinarle el día.

Esa parecía ser su misión principal en la vida.

Joderla.

Porque si había alguien que no soportaba ver a los demás felices... No, mejor dicho, si había alguien que no soportaba verla feliz a ella, ese era Asher “el insoportable” Parker.

—Cora, ¿todavía crees en Santa Claus? —soltó Asher de repente, con esa voz cargada de burla que ella conocía tan bien.

Como si el que ella creyera en eso fuera lo más ridículo que jamás hubiera escuchado.

Nada raro, porque ¿qué había en Cora que no le pareciera ridículo? Seguramente, nada.

—Eres una bebé —rio, señalándola—. ¡Muaaa! —imitó el llanto de un bebé.

Cora creía que a Asher le salía demasiado bien, así que o tenía mucho talento para las imitaciones, o lloraba de esa manera más de lo que ella estaba dispuesta a imaginar.

Puso cara de asco al visualizar a Asher llorando y con pañales en su mente.

—Buf... —resopló, intentando ignorarlo.

No entendía a qué venía eso. No que él la llamase bebé, eso no era la primera vez que lo hacía; ni que él se comportara como tal. Se refería a lo de Santa.

Que Santa no existía, decía...

¿Que Santa no existía? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Que el ratoncito Pérez también era mentira? ¿O que los peces no cantaban como en La Sirenita?

¡Todos sabían que lo hacían!

—Todo el mundo sabe que Santa no existe —dijo Asher con esa seguridad y prepotencia que hacía que Cora quisiera darle un buen tortazo en la cara. Con la mano bien abierta.

Pues no, iba a ser que había quien no pensaba como ella. Lo cual, viniendo de Asher, no le preocupaba en absoluto. Es más, era un alivio.

¿Te imaginas pensar como él? ¡Horror!

—Son tus papás los que compran los regalos y los dejan en el árbol diciendo que son de Santa —insistió él.

Cora puso los ojos en blanco, no pudo evitarlo.

¡Por favor!

¿En serio pensaba que se iba a creer eso? ¿Sus padres, Santa Claus? Claro que sí... Si es que ese niño ya no sabía qué inventar para molestarla.

¡Vivía para ello!

Cuando volvió a mirarlo, lo hizo con toda la suficiencia que pudo reunir, y resopló. Muy fuerte.

—Yo lo vi... —dijo con una sonrisa triunfal que parecía decir... No, mejor dicho, que decía: “Tú no tienes ni idea”.

Chúpate esa, pensó Cora.

Asher no podía rebatir eso porque era cierto. Ella había visto a Santa. Él pensaba que ella estaba dormida, pero no lo estaba. Lo vio en el salón, de espaldas, colocando los regalos bajo el árbol de Navidad.

Una pena no haberlo visto entrar por la chimenea porque llegó tarde. Pero el próximo año no se quedaría dormida; bebería cola con cafeína para aguantar despierta.

Estaba dispuesta a pillarlo con las manos en la masa.

—Yo lo vi en mi casa, estaba dejando los regalos —dijo, desafiante, como si con eso pudiera acabar con el tonto comentario de Asher de una vez por todas.

Asher la miró como si hubiera dicho la tontería más grande del mundo.

Es decir, la miró como la miraba siempre.

—¿Lo viste? —repitió, y luego soltó una carcajada que resonó en todo el patio de la escuela —. Dice que lo ha visto —se giró hacia los demás, encantado de llamar la atención.

Porque si había algo que le gustaba más a Asher “el insoportable” Parker que molestar a Cora, era...

No, ni llamar la atención le gustaba más que eso.

—Seguro que también viste al conejo de Pascua saltando por el jardín, ¿no? —continuó burlándose—. Pobrecita, no sabe que era su padre disfrazado.

Cora puso los ojos en blanco. Otra vez. Y luego soltó una carcajada digna de Úrsula, de La Sirenita.

¡Pobre alma en desgracia!, pensó, metiéndose en el papel de su villana Disney favorita.

¿Su qué? ¿Su padre disfrazado? ¿Ese era su argumento para hacerla dudar? ¡Por favor!

Claro que Asher no era el primero en hacer que Cora se cuestionara un par de cosas, porque... Una imagen comenzó a formarse en su cabeza.

Esa imagen.

¿Por qué a Santa se le veía la hucha igual que a su padre cuando se agachaba a recoger algo? Ya sabes, esa parte del trasero que no es nada agradable de ver.

Y es que era una hucha tan parecida...

Si no fuera por el traje de Santa, hasta ella se habría creído que era él. Su padre.

Pero no, su padre no era Santa, de eso estaba segura. Para empezar, a su padre no le gustaban los niños. Ni siquiera los suyos propios. Así que la idea de que se pasara la vida repartiendo regalos a todos los críos del mundo...

No, ni de broma.

Además, con lo que renegaba cada vez que su hermano y ella le pedían algo, si él hubiera sido Santa, ya los habría puesto a trabajar en su taller para pagarle la deuda de cada regalo. Y Cora lo decía con la seguridad de alguien que había aprendido a llevar una bandeja antes de saber caminar.

Por no hablar de la bicicleta.

Sus padres jamás le habrían regalado algo con lo que fuera tan probable que se partiera la cabeza. No porque se preocuparan por su bienestar, sino porque serían ellos los que tendrían que quedarse en casa cuidándola. Ya se imaginaba a sus padres echando cuentas de cuánto perderían si uno de ellos tuviera que quedarse en casa para cuidar de su hija patosa.

No, definitivamente ellos habrían optado por algo mucho más seguro. Como la ropa, eso sí que encajaba perfectamente.

Pero que no, que sus padres no eran Santa.

Así que la pequeña duda que la hucha, y luego la ropa, habían sembrado en su mente, desapareció rápidamente.

Se le veía la hucha porque, bueno, eso les pasa a todos los padres. Seguro que es uno de esos requisitos no escritos: agacharse y dejar asomar un poco.

Sí, tenía que ser eso.

Pero entonces recordó uno de los jerséis. Algo tan feo que, a menos que Santa tuviera el mismo mal gusto que su madre, era imposible que se lo hubiera traído él.

Y ahí gimió. Gimió porque, por más que lo intentara, ni ella era tan ilusa. Y mira que lo era, eh.

Y, de repente, todo se desmoronó. Fue como si alguien hubiera apagado todas las luces de Navidad de una sola vez. Su ilusión, su fe en Santa... todo se había esfumado. Desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Y Asher, por supuesto, seguía riéndose. Parecía... No, mejor dicho, estaba disfrutando cada segundo de su miseria.

—No se puede ser más tonta... Primero cree en Santa, ¿también creará que el ratoncito Pérez es real? —rio, mirando a los demás.

Y ahí estaba su segundo trauma...

Lo de que los peces no cantaban debajo del mar no iba a aguantarlo, eh.

—¡Seguro que también cree que las nubes están hechas de algodón!

Y, como era de esperar, todos se unieron a las risas. Porque si hay algo que no puedes permitirte a los seis años, es ser el único que no se ríe.

Cora se encogió un poco, deseando desaparecer por completo. Porque, claro, el peor error que puedes cometer a esa edad es que todos te tachen de “la tonta” del grupo.

Aunque, siendo sincera, ya lo pensaban de ella, así que...

Lo peor no era que todos lo pensarán, no. Lo realmente humillante era que el “listo” de la clase (y aclaro que lo decía solo por su expediente académico de niño de seis años, si es que algo así existía) se encargara de recordárselo a todos en voz alta.

—¿De verdad creíste que Santa venía por ti? —continuó Asher, inclinándose hacia ella—. Pobrecita Cora, todavía vive en un mundo de fantasía.

Y allí estaba Cora, con un nudo en la garganta, deseando que la tierra se abriera bajo sus pies.

Pero no lo hizo. La tierra jamás se abre cuando una lo necesita, eso lo aprendió con los años.

Cora miró a su alrededor, esperando que alguien le dijera a Asher que estaba equivocado. Pero no, los otros niños también se reían o simplemente la miraban con... ¿Lástima?

—Eso no es verdad —insistió, con más fuerza de la que sentía, porque no quería creerlo.

—Claro que es verdad. Todos lo sabemos —replicó Asher con esa seguridad que la sacaba de quicio.

—No, no lo es —para terca, ella—. Tú no sabes nada —le espetó, apretando los dientes—. Además, si mis padres compraran los regalos, no me habrían dado una bicicleta. ¡Ni siquiera les gusta que monte en bici!

Asher la miró con esa sonrisa burlona que siempre llevaba a cuestras, disfrutando de cada palabra que decía.

—Entonces, ¿por qué Santa no te trajo el poni que pediste, eh? —rio, cruzándose de brazos.

Su comentario la golpeó justo en ese lugar donde comenzaban a formarse las dudas.

Espera... ¿Cómo sabía él...?

Como fuera, no iba a dejarlo ganar tan fácilmente.

—No tienes ni idea de lo que hablas —insistió, intentando sonar segura, aunque por dentro ya no lo estaba tanto.

Su mente empezaba a tambalearse, pero no iba a dárselo a entender.

—Pregúntales a tus padres —la retó Asher, sin dejar de sonreír, como si ya hubiera ganado la batalla.

Eso iba a ser difícil.

No que Asher ganara, porque Cora no sabía ni para qué lo intentaba; él siempre ganaba, igual que ella siempre perdía. Unos nacían siendo los protagonistas y otros... bueno, los extras. Porque Cora ni siquiera llegaba a ser secundaria en su propia vida.

Ni en la de sus padres, ya puestos.

Volviendo a ellos, ¿qué iba a preguntarles? La última vez que le hizo una pregunta seria a su padre, él la miró por un segundo, soltó un “jum” y volvió a servir una jarra de cerveza a un cliente, como si no hubiera escuchado nada.

Y su madre... bueno, ella seguramente respondería con algo mucho más surrealista. Algo del estilo:

—Claro que Santa existe, Cora. Pero es un agente secreto, y por eso solo aparece una vez al año para no levantar sospechas.

Así eran ellos.

Muy normales no eran, eso lo entendió con el tiempo. Aunque, pensándolo bien, con esos padres, no era de extrañar que ella y su hermano fueran los únicos creyendo en ese señor de barba blanca, traje y gorro rojos.

Normalidad no era, precisamente, lo que predominaba en casa.

Miró a Sarah, su mejor amiga, que estaba a su lado.

—Sarah, dime que no es verdad... —le dijo, con la voz ya temblorosa.

Porque, joder, lo estaba pasando muy mal en ese momento.

No porque Asher la dejara en evidencia; él siempre lo hacía, y ya estaba un poco acostumbrada a ello. Al menos, un poco. Pero le estaban diciendo que Santa no existía.

Si eso no era un drama para una niña de seis años...

Sarah la miró con pena, sus enormes ojos azules anegados en lágrimas, como si no quisiera decírselo, pero al final solo asintió con la cabeza, sus tirabuzones rubios moviéndose adelante y atrás.

—Eh... Cora... Lo siento, pero sí. Pensé que ya lo sabías.

¡No, claro que no lo sabía!

Nadie se lo había dicho. ¿Cómo era posible que todo el mundo lo supiera menos ella?

Y esa fue la primera vez que Cora escribió una lista.

Ni título tenía. Solo un punto que decía: “Importante: Nunca creas en lo que te diga un adulto”.

Era una especie de promesa silenciosa que se hizo ese día, justo cuando su mundo perfecto y lleno de magia se derrumbó. Decidió que nunca más confiaría ciegamente en lo que decían los adultos, porque estaba claro que le habían estado mintiendo toda la vida.

Desde entonces, siempre hacía listas mentales de lo que no debía olvidar, de las promesas que no podía romper y de todos los pequeños (y grandísimos) dramas que marcaban su vida. Apuntaba todo, porque si no lo registraba, sentía que se le escapaba. Y después del incidente con Santa, no podía permitirse que la engañaran de nuevo.

¿Que si le servía de algo?

Hmmm... Bueno, la mayoría de las veces no. O nunca, siendo realista. Porque, al final, se creía cada mentira, una tras otra...

Y así le iba.

Las listas no llegaron solas, porque ya se sabe que las desgracias siempre vienen acompañadas de más. Con ellas, empezaron a aparecer, también, los pensamientos intrusivos, como si fueran un paquete completo diseñado para complicarle la vida un poco más.

Recordemos que ella no sabía qué eran ni cómo se llamaban. Solo sabía que, de repente, en medio de ese caos emocional, cuando veía a su hermano escribirle una carta a Santa, o a cualquier otro niño hacerlo, su mente le lanzaba pensamientos como: *Dile que no es verdad, que él está equivocado. Grita que ¡Santa no existe!*

Por supuesto, esos pensamientos se quedaban dentro de su cabeza. Jamás lo gritaba en voz alta, porque no era nadie para destrozarles las ilusiones a los demás.

Ella no era como Asher Parker.

Afortunadamente.

Y desde ese momento, esos pensamientos intrusivos la acompañaban a diario. A veces, más de una vez al día. Llegaban sin invitación y se instalaban cómodamente en su mente.

No los podía controlar, pero, al menos, ahora sabía lo que eran.

Ese mismo día ya había tenido varios pensamientos intrusivos, y eso que solo llevaba unas pocas horas despierta.

Como si fuera poco, después de la semana de mierda que llevaba, también se había quedado sin casa; obligándola a tomar una decisión drástica. Aunque intentaba afrontarlo con la mejor actitud posible.

Al fin y al cabo, ¿qué otra opción tenía?

Siempre puedes empujar, accidentalmente, al tipo que está invadiendo tu ya de por sí inexistente espacio vital en el autocar y estamparlo contra el cristal delantero del vehículo. Acabarías entre rejas, y luego con una bonita camisa de fuerza. Cama y comida gratis. Y, lo

mejor, lejos de tus padres.

¿Ves? ¡Otra vez esos malditos pensamientos que intentaba alejar de su mente!

Pero la idea de cama y comida sin tener que regresar a casa sonaba muy tentadora. Lo de la camisa de fuerza ya le gustaba menos, y estaba segura de que se la pondrían sin necesidad de análisis. Se la encasquetarían de inmediato.

Así de mal estaba.

Recordó aquella vez que se paró en el borde de un puente y, en lugar de disfrutar de la vista, su mente le dijo: *¿Y si saltas?*

No quiero, pero gracias por la sugerencia. Supongo, respondió mentalmente.

Porque, claro, no lo haría jamás. Como tampoco era capaz de controlar lo que pasaba por ahí arriba, en esa masa gelatinosa que llamaban cerebro. El suyo tenía más consistencia de flan mal cuajado. Se tambaleaba y nunca respondía como debía.

Era como uno de esos ordenadores de los 90: lento, ruidoso y con constantes pantallazos azules. Escribía algo productivo, tipo: “Cómo ser más eficiente en el trabajo”, y su mente le sugería: *¿Qué pasaría si lo dejas todo y te vas a vivir a una cueva?*

Perfecto, justo lo que necesitaba oír en ese momento. Sonaba demasiado tentador, ¿eh?

Claro que sonaba tentador. Porque, ¿quién no ha pensado alguna vez en largarse a vivir en una cueva, lejos de todo, con solo una cabra como compañía?

Vale, quizás lo de la cabra no, pero ya me entiendes.

Y mientras estaba en medio de ese monólogo interno, se dio cuenta de que quizás debería añadir esto a su lista de “Cosas que hacer en la vida.” No la lista de “Tareas pendientes”, esa ya estaba desbordada. Hablaba de esa otra lista mental, la que tenía sobre cómo mantener la cordura.

Porque sí, Cora tenía una lista para eso también. En realidad, tenía listas para todo, ya te darás cuenta.

Aunque, siendo sincera, esa lista sobre la cordura no es que estuviera funcionando demasiado bien últimamente.

Ni nunca.

Así que si alguna vez decides que lo de la cueva es el camino, avísala. Quizás ella también se apunte. Porque eso de fingir normalidad todos los días... empezaba a cansarla.

Como también la cansaba el tipo de al lado. Como si no fuera suficiente con ocupar más espacio del que debería y tenerla ahí apretada, ahora resulta que se había quedado dormido. Y estaba roncando.

Desde luego, no era su día.

Rebuscó en el bolso que tenía sobre las piernas, encontró los auriculares y se los puso. Desbloqueó el móvil y puso música, pensando que al menos así podría ignorar los ronquidos.

Pues iba a ser que no.

Los ronquidos seguían ahí, como una banda sonora de fondo que nadie pidió.

¿En serio? ¿A nadie más en ese vehículo lleno de gente le molestaba ese tío?

Cora se movió un poco, disimuladamente, y le clavó el codo en el costado. El tipo dejó de roncar... y también de respirar. Por unos segundos, el silencio fue total.

¡Mierda!

¿Le había dado demasiado fuerte? Empezó a imaginarse a la policía interrogándola por homicidio involuntario a codazos en un autocar.

Sí, como puedes ver, otra de sus cualidades era ser una dramática de primera.

Cora se preparó para lo peor, pero lo peor todavía estaba por llegar. De repente, el tipo soltó un ronquido tan fuerte que Cora se sobresaltó de verdad.

—¡Joder! —se quejó en un susurro, mientras sus auriculares intentaban, sin éxito, hacerle frente al terremoto nasal que tenía a su lado.

Aun a riesgo de destrozarse los tímpanos (según su móvil, claro), subió el volumen al máximo, se acomodó como pudo y cerró los ojos, intentando concentrarse solo en la melodía. Cerró los ojos tan fuerte que, en su mente, ya se veía como la cantante sobre el escenario, dándolo todo.

Y entonces, como si su cerebro no pudiera resistirse a sabotearla, llegó el pensamiento: *¿Y si cantas?*

¿¡En serio, cerebro!?! ¿Ese no era el momento!

Por los pelos no lo hizo.

Y es que si algo le gustaba en esta vida, además de leer... Y de comer, por supuesto. Y de viajar... Bueno, creía que le gustaría, aunque no es que lo hiciera, al menos no por diversión, porque el viaje que estaba haciendo en ese momento no contaba.

Como decía, si algo le gustaba, era cantar.

Cantaba fatal, las cosas como son. Su oído musical era totalmente inexistente, pero ¿y la satisfacción de cantar horriblemente mal? ¿Desafinando sin remordimientos? Eso no tenía precio.

Aunque claro, eso no siempre fue así...

Lo de cantar mal, sí. Eso era un hecho. No se ganaría la vida con sus berridos ni aunque le pagaran por desalojar locales. Pero lo de no importarle hacerlo fatal, eso fue lo que cambió hace unos años, cuando comenzó a superar otro de sus traumas.

Y es que tenía más traumas que listas, y eso ya era mucho decir.

Fue en otra Navidad... al parecer, la época favorita de la vida para joderle la mente.

Recordaba aquel último ensayo antes de que los “obligaran” a participar en la función navideña, donde también los “obligarían” a cantar frente a los padres, los demás alumnos y,

básicamente, todo el colegio.

Cora nunca entendió eso de exponer a los niños frente a una legión de padres y madres orgullosos, haciendo fotos y vídeos que luego sacarían a relucir cada vez que quisieran cuando ya fueran adultos y tuvieran que revivir esa humillación en cenas familiares. Pero bueno...

La cuestión es que todos los niños y niñas tenían talento para algo, ya fuera dibujar, el deporte o, claro, cantar.

Todos menos Cora.

Todos cantaban medianamente bien. Hasta los que nunca abrían la boca en clase de música, de repente eran prodigios vocales.

Cora... bueno, como decía, ella era la excepción. Su talento, si es que se le podía llamar así, era desafinar con una maestría única.

Y, cómo no, Asher “el insoportable” Parker no tardó en hacerla sentir peor.

Estaban ensayando, y cuando acabaron de cantar la primera canción, Asher se acercó con esa sonrisita de superioridad que provocaba los pensamientos intrusivos de Cora.

—Cora, ¿podrías no desafinar tanto la próxima vez? —dijo Asher, con esa actitud de quien se cree un experto en todo.

—No desafino tanto... —respondió ella, sabiendo que no era del todo cierto, pero intentando defenderse.

—¿No? ¿Pero tú te escuchas? —se inclinó un poco, con una sonrisa que Cora sabía que no traía nada bueno—. Parecía que alguien intentaba ahogar a un pato —rió a carcajadas.

Los demás, cómo no, se unieron a su risa.

Y ahí estaba Cora, imaginando cómo se acercaba a él y le cantaba en el oído hasta reventarle el tímpano.

—Mueve solo los labios —siguió él, disfrutando del momento—. Haz como que cantas, pero no cantes. Así no estropeas la canción para los demás —remató él.

No podía quedarse callada, aunque por dentro ya se sintiera vencida.

—Si tanto te molesta mi canto, deja de escucharme.

—Lo intento. Pero desafinas tan fuerte que ni tapándome los oídos podría ignorarte.

—Déjala en paz, Asher —intervino Sarah, su mejor amiga, aunque su tono sonaba tan débil que Cora se preguntó si también ella pensaba que mover solo los labios no era una mala idea.

Entonces la maestra los llamó para colocarlos en sus posiciones, pero no sin que Asher le dirigiera una mirada burlona y, exagerando con mímica, moviera los labios diciéndole:

—No cantes.

Cora cantó, obviamente. Porque si había algo que Cora sabía hacer, era justamente lo contrario de lo que le decían.

Y la función fue un desastre. Obviamente también.

Así que sí, cantaba fatal. Siempre lo había hecho. Pero ¿sabes qué? Cantar terriblemente mal tenía su propio encanto. Porque, al final, aprendió que no le importaba. Ahora desafinaba sin problemas. Ya no le preocupaba.

Porque, al fin y al cabo, la vida va de eso, ¿no? De desafinar en público y reírse de ello.

Y en eso, Cora tenía mucha experiencia. En reírse de sí misma, quería decir. De hecho, era uno de los puntos de una de sus listas: “Reírme de la vida y de los problemas antes de que ellos se rían de mí.”

Como lo hacían aquellos que la oían cantar. Seguramente, la gente que la escuchaba también tenía, en esos momentos, pensamientos intrusivos.

Como los tenía ella en ese momento, cuando su cerebro le susurraba: *Levántate de golpe y haz que se despierte del susto.*

Y es que el tipo que estaba sentado a su lado había decidido que su hombro era la almohada perfecta para su siesta.

Ahí estaba, atrapada entre su ronquido y su espacio vital invadido, mientras su mente empezaba a planear estrategias de escape.

Y de convertirse en asesina silenciosa.

Porque, sinceramente, estaba teniendo un día de mierda, y claro, la paciencia tenía un límite.

Primero, se había caído de la cama al despertarse. Literalmente. No sabía qué diablos estaba soñando, y prefería no saberlo, porque lo último que necesitaba era añadir más caos a su ya precaria estabilidad mental.

—Genial... —murmuró, recogiendo las sábanas del suelo—. El día promete.

Luego, la cafetera decidió que era el momento perfecto para explotar. Bueno, no la cafetera en sí, sino la cápsula, pero el efecto fue el mismo: café por todas partes.

Y no se quemó un ojo de puro milagro.

Aunque claro, fue culpa suya. Ya sabía que la cafetera estaba en sus últimos días, pero su cuenta bancaria también, y eso era un problema mucho más urgente.

No había repuesto que curara eso.

Además, aquella ya no era su casa, ¿no? Pues que comprara una nueva el nuevo inquilino. Porque el dueño no iba a hacerlo, eso lo sabía ella.

Por si bañarse en café no fuera suficiente, perdió el bus que la tenía que llevar a la estación. Y no había metro cerca.

Claro que no. Porque, ¿por qué lo habría?

Y un taxi... Ya con solo mirar la tarifa, a Cora le dolía la cartera. Y su cuenta bancaria no podría con más sustos.

Pero el siguiente bus tardaría cuarenta y cinco minutos.

¡Cuarenta y cinco minutos! ¿Te lo puedes creer?

A ver, señor alcalde, ¿dónde estaban todas esas mejoras en el transporte público que había prometido si salía elegido? Porque Cora no veía ninguna. ¿O cuando dijo “mejorar el transporte público” se refería a hacer más cómodos los coches oficiales?

Porque ella ya se veía el percal.

Malditos políticos, todos cortados por el mismo patrón. No importa el partido, todos seguían el mismo mantra: prometer hasta meter, y luego...

Bueno, ya sabes cómo va el dicho. No digas que no le queda como anillo al dedo. Porque siempre nos dan por el culo. A los votantes, claro.

En fin, volviendo a su odisea particular...

Cora casi no llega a tiempo a la estación, y una vez en el autocar, había pasado el trayecto apretujada al lado de un hombre que roncaba sin parar.

Qué camino más largo se le iba a hacer...

De repente, él se movió y comenzó a desperezarse. Cora lo vio abrir los ojos lentamente y parpadear, como si no tuviera idea de dónde estaba.

Justo en ese momento, el autocar se detuvo en la siguiente parada. Él se levantó sin mirarla, como si no hubiera pasado los últimos kilómetros usando su hombro como almohada, y se bajó del autocar. Ni un “gracias” ni un “perdón”. Nada.

Cora suspiró de alivio, al fin. Por fin, un poco de espacio vital. Al menos podría dormir aquella noche, mientras llegaba a su destino.

Pero, con su suerte, sabía que ese respiro no duraría mucho. Era solo la calma antes de la tormenta.

Regresar a su antigua casa no era algo que hubiese tenido en sus planes. Pero, cuando el destino se empeñaba en hacer de las suyas, no le quedaba otra opción.

Así que ahí estaba, de vuelta, ya fuera por necesidad, por resignación, o por una mezcla incómoda de ambas.

Mientras el autocar volvía a ponerse en marcha hacia el que fue su hogar, no podía evitar preguntarse si volver sería tan malo como temía... o, quizás, incluso peor.



Capítulo 2

Lo que no te mata, te traumatiza

Lo mismo era una especie de castigo divino, pensó Cora, horas después, mientras miraba la fachada de la casa de sus padres.

¿Por qué, sino, ella habría acabado así?

¿Y por qué la castigarían? Pues quién sabe. Porque, en realidad, Cora no le había hecho daño a nadie en su vida.

Bueno, mentalmente quizás sí; alguna que otra vez había deseado cosas no tan bonitas para ciertas personas, pero ¿eso contaba? Claro que no.

Eso iría en la lista de “Pecados menores que no justifican un castigo divino,” que en su opinión debía estar vacía... a excepción de algún deseo oscuro lanzado en momentos de rabia.

Y Cora no es que fuera del tipo de persona que se victimiza, no, para nada. Cora siempre había creído que la vida era justa, a su modo torcido y extraño.

Un equilibrio entre cosas buenas y malas.

Pero últimamente parecía que el universo había decidido que todo el repertorio de “malas” le correspondía exclusivamente a ella.

Como si alguien, en algún rincón cósmico, llevara una lista con su nombre y cada día añadiera una nueva desgracia solo para fastidiarla.

No iba a ser ella la única que hacía listas, claro.

Aunque, bueno, algunas de esas cosas, hay que admitirlo, se las había buscado sola. Como el trabajo...

Nadie la había obligado a quedarse hasta tarde, a sacrificar fines de semana, noches y parte de su vida, todo eso sin cobrar una hora extra. Fue su decisión.

Eso podía ir en la lista de “Malas decisiones por las que no puedo quejarme,” a la cual ya iba añadiendo detalles bastante seguido.

Ni siquiera tenía la esperanza de que alguien notara su esfuerzo, mucho menos de recibir un agradecimiento. No, Cora no era de las que hacían las cosas esperando una palmadita en la espalda; simplemente... era así.

Así que, ¿a quién iba a culpar cuando no le dieron ni las gracias, y, en su lugar, la despidieron de un día para otro, sin ninguna consideración?

Sí, porque fue así, justamente, como sucedió.

Ese día, Cora llegó antes de tiempo, fiel a su costumbre.

Con el pelo revuelto y unas ojeras tan marcadas que cualquiera podría confundirlas con tatuajes permanentes, irrumpió en la oficina como un torbellino. Entre la mochila, el bolso y una pila de papeles que había arrastrado desde casa (porque, claro, si no te llevas trabajo a casa, ¿eres realmente un empleado responsable?), casi acaba tirándolo todo al suelo nada más entrar.

—Buenos días, señor Wells —murmuró al pasar junto a su jefe.

No esperaba respuesta.

A ver, era el señor Wells. Ese hombre no la saludaba. Jamás. Solo la miraba de arriba a abajo con esa mezcla de resignación y desaprobación tan suya, como si cada centímetro de Cora le recordara todos los errores de contratación que había cometido en su vida.

Y después, como siempre, la ignoraba y seguía con su día.

Pero esa vez... fue diferente. La miró de arriba a abajo, por supuesto, pero esa vez abrió la boca.

—Cora... —dijo.

Ella supo, en ese momento, que algo no iba bien.

—La espero en mi oficina —añadió él, con el tono solemne de quien anuncia el apocalipsis.

Así que, unos minutos después, ahí estaba Cora, sentada en una silla frente a él, escuchando el típico discurso de “reestructuración” y “recorte de personal”.

¿Recorte de personal? Claro, y, por supuesto, tenía que ser ella quien pagara el pato. Ella, quien había aguantado de todo.

Su lista mental de “Motivos por los que este trabajo es una tortura” estaba al tope.

Porque sí, aguantó absolutamente de todo.

Empezando por ese escritor con complejo de George R. R. Martin, que se las daba de genio incomprendido y la llamaba a las tres de la mañana para despotricar sobre lo que él consideraba su “obra maestra”.

—No lo entienden, Cora. Este libro es mi legado, es mi verdadera aportación a la literatura mundial —decía él, mientras Cora, al borde de dormirse, asentía y murmuraba un “claro, claro”, con la esperanza de que colgara de una vez.

Spoiler: nadie, absolutamente nadie, había leído su “obra maestra”. Ni siquiera ella, que era su editora.

Spoiler dos: no era ninguna obra maestra. Ni él sería el próximo George R. R. Martin, a menos que el mundo desarrollara un extraño gusto por novelas interminables donde no pasaba nada.

Y ahí estaba, después de todas esas madrugadas sin dormir, de todas las llamadas, de todos los delirios de grandeza... a la calle.

Cuando el señor Wells terminó su discursito, Cora apenas pudo articular un débil “entiendo”. Porque, claro, ¿qué se suponía que iba a decir?

¿Gracias por nada?

Si es que ni siquiera tenía que haber aceptado ese trabajo, para empezar.

No era el sueño de su vida, ni mucho menos. No era eso a lo que pensó que se dedicaría cuando estudió la carrera de Literatura.

Cora nunca había soñado con ser editora. Su versión de ocho años jamás habría imaginado que su futuro sería corregir las comas mal puestas de escritores frustrados mientras sorbía un café que, como todo en aquella oficina, sabía a quemado.

No.

¡Ella quería ser una de esas escritoras frustradas!

Pero, claro, las facturas no se pagaban solas, y había cosas que cansaban más que revisar manuscritos... como servir copas hasta el amanecer para luego llegar a casa oliendo a todo menos a éxito literario.

Así que la decisión ya estaba tomada.

Aunque, pensándolo bien, no todo en aquel trabajo fue malo. Algo positivo había sacado: unas cuantas lecciones y una lista que fue ampliando con el tiempo.

La principal, y más importante: “Tipos de personas de las que debes huir.”

Esa lista era la más extensa de todas, encabezada por el drama. Porque si existe un tipo de persona de la que conviene alejarse cuanto antes, es de los dramáticos.

Y lo decía ella...

Sí. Jamás pongas un dramático en tu vida. Créeme, te arrepentirás.

Ahora, tras años de convivir con ellos, los escritores ocupaban el segundo lugar de la lista, desplazando con honores a los actores frustrados, a los músicos que aún no superan su etapa de banda de garaje en los 90, y, cómo no, a los poetas.

Sí, no nos olvidemos de los poetas, que tienen un lugar bastante privilegiado en esa lista.

Dejando a un lado las listas y los problemas, lo único que Cora quería en ese momento era dejarse caer en la cama y dormir tres días seguidos.

El viaje en autocar había sido eterno y lo último que le apetecía era enfrentarse a preguntas, miradas de lástima o, peor, el típico “¿Y ahora qué piensas hacer?”, que sabía que llegaría en cuanto cruzara palabras con sus padres.

Y no porque se lo preguntaran, sino porque ¿qué iba a decir? Si no tenía ni idea de qué hacer con su vida.

Por eso estaba allí, ¿no? Añadiendo una última línea a su lista de “Decisiones cuestionables que algún día, tal vez, quizás entienda”, que en este momento no tenía fin.

Abrió la puerta de la casa, y ahí estaba: ese olor tan característico, una mezcla de nostalgia y madera vieja que, por alguna razón, siempre le hacía pensar en las Navidades y en los inviernos de su infancia.

No hacía tanto que no iba, pero sí más de lo que imaginaba: las últimas dos Navidades ni había aparecido. El trabajo le había ocupado todo, y a fuerza de poner excusas había aprendido a repetir las palabras “no puedo escaparme” hasta que casi se las creía.

Las paredes, la pintura color crema, los cuadros que colgaban torcidos y las fotos familiares en marcos de otros siglos parecían intactos, como si los años no hubieran pasado por ellos... ni por la casa misma.

—¿Hola? ¿Mamá? ¿Papá? —preguntó—. ¿Cameron?

Silencio. Nadie contestó.

Lo primero que hizo fue asomarse a la cocina. Todo estaba igual que siempre, con ese caos calculado: el reloj de pared con su tic-tac pausado, y algunas tazas vacías sobre la mesa.

Pero allí no había nadie.

Cora recorrió el pasillo y se asomó al salón. Lo mismo: todo en su sitio, pero vacío.

¿Ya estaban en el bar?

Menos mal, porque así podría evitar temporalmente la lista de “Preguntas que no quiero responder”.

Cogió la maleta en peso y subió las escaleras, que crujían como si quisieran anunciar su llegada.

Al llegar a la planta de arriba, se detuvo frente a su cuarto, y ahí estaba, la puerta con las marcas que había hecho de pequeña para medir su crecimiento. Sonrió un poco y la empujó, abriéndola con suavidad.

Vio la cama y suspiró de alivio mientras se encaminaba hacia ella. Dormiría un poco, solo un poco, y luego se preocuparía de todo lo demás.

Pero ni tiempo le dio a pensar nada más cuando, de repente, soltó un grito de horror al sentir un brazo que la empujaba con fuerza, girándola y lanzándola de bruces sobre la cama.

Antes de que pudiera reaccionar, alguien pesado y con una fuerza digna de un profesional, se sentó sobre ella, inmovilizándola. Notó un agarre firme en ambas muñecas, llevándoselas hacia la espalda en un movimiento rápido y calculado, como si quien la inmovilizaba estuviera acostumbrado a este tipo de maniobras.

Cora intentó moverse, pero no podía. La respiración agitada le llenaba los oídos mientras intentaba procesar qué estaba pasando.

—¿Pero qué demonios...? —alcanzó a balbucear, su voz apenas un susurro.

—¿Te crees muy lista entrando aquí a hurtadillas, eh? —le espetó la voz desconocida con un tono duro, apretando todavía más el agarre en sus muñecas—. No sé qué clase de robo esperabas hacer en esta casa, pero acabas de cometer un gran error.

Perdona, ¿qué?

¿Robo?

¿Y a hurtadillas?

¿Pero de qué demonios iba todo aquello?

En un segundo, creó mentalmente la lista de “Cosas que nunca me han pasado, pero que me pasan ahora”, encabezada por “Ser tratada como una ladrona en mi propia casa”.

—¡¿A hurtadillas?! —gimió Cora, tratando de recuperar el aire, cosa que era poco menos que imposible con aquel tipo que pesaba una tonelada, aplastándola, inmovilizándola contra la cama sin el menor remordimiento—. ¡¿Cómo voy a entrar a hurtadillas si... esta es mi casa, pedazo de...?! —intentó decir, aunque apenas logró soltar un murmullo ahogado.

Con la cara hundida en las sábanas y la cabeza inmovilizada contra el colchón, respirar ya era una hazaña; hablar, casi una misión suicida.

Cora intentó girar un poco la cabeza, pero era prácticamente imposible.

Genial, pensó. Otro punto para la lista de “Días en que siento que voy a morir.”

¡Y es que iba a matarla por asfixia, seguro!

El tipo ajustó su posición, asegurándose de que ella no tuviera ni un milímetro de margen para moverse.

—Ni se te ocurra moverte —dijo, mientras le aseguraba las muñecas... con algo.

Espera, ¿eso eran... esposas? ¿La había esposado?

Cora soltó un sonido, algo entre una risa irónica y un jadeo incrédulo. ¿Un desconocido... con esposas? ¿Por qué demonios llevaría alguien unas esposas?

¿Es que iba a terminar añadida a la lista de “Personas sospechosas esposadas sin motivo claro”?

¿Y moverse? Si ni siquiera podía respirar, ¡¿cómo iba a moverse?!

—Ahora, será mejor que me expliques qué demonios haces en esta casa.

¿Que le explique qué a quién? ¿Es que la lista de “Locuras de este día” no tenía fin?

Por fortuna, el neandertal de turno se levantó de encima de ella, aunque al hacerlo la arrastró consigo, sujetándola con firmeza.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué demonios haces aquí? —preguntó él, su voz profunda y exigente, mientras la giraba bruscamente, poniéndola frente a él.

Cuando Cora logró levantar la vista y mirarlo a la cara, el poco oxígeno que había conseguido

recuperar se evaporó de inmediato.

¡Dios mío!

¿De dónde había salido semejante espécimen?

Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta mientras lo observaba, completamente atónita. Era, sin duda, el hombre más imponente que había visto en años.

¿Qué decía en años?

¡En toda su vida!

Cora ya tenía una lista en mente para describir a aquel espécimen que tenía delante. Podría titularse “Motivos por los que este hombre me hace cuestionar mi vida”.

- 1. Dos cabezas más alto que yo, como mínimo.*
- 2. Unos hombros anchos, imponentes, perfectos para romper paredes (o personas).*
- 3. Cubierto de tatuajes que parecen diseñados para intimidar a cualquiera con un atisbo de sentido común.*
- 4. Una mandíbula marcada, cubierta con una barba incipiente que le da un aire entre salvaje y... bueno, digamos que impresionante.*
- 5. Piel bronceada, como si viviera bajo el sol, y, para mi asombro... mojada. Como recién salido de la ducha.*

Cora frunció el ceño. ¿Como si acabara de salir de la ducha?

¿Por qué había un tipo mojado en su cuarto?

¿Y por qué, en primer lugar, había un tipo en su cuarto?

¡Un tipo con esposas, además!

Su mirada, casi sin darse cuenta, siguió una gota de agua que descendía lentamente por su rostro, deslizándose por el cuello y bajando hacia la clavícula... hasta que, involuntariamente, sus ojos siguieron el camino hacia abajo en un rápido escaneo.

Entonces se congeló.

Espera... ¿Está desnudo?

Entonces esas esposas...

Sin querer seguir el rumbo de sus pensamientos, volvió a mirarlo rápidamente a los ojos, maldiciéndose a sí misma por el calor que notaba en sus mejillas. Tragó saliva y se esforzó por no parecer impresionada.

Al menos, no más de lo que seguramente ya parecía.

Aunque con él en frente, cualquier intento de añadir esto a su lista de “Cosas que no me afectan” parecía inútil.

Pero lo último que quería era que ese tipo (ese intruso en su propia casa, que en cualquier otra situación habría calificado como absurdamente atractivo) notara lo turbada que estaba.

Por él.

Y por la situación, claro.

Claro...

Sin embargo, él no parecía registrar su incomodidad, o, si lo hacía, claramente le daba igual.

Apretó el agarre de Cora sobre su brazo, pegándola aún más contra su torso mojado, como si quisiera asegurarse de que no escapara.

Ella no podía ni pensar. No solo sus pulmones parecían haber dejado de funcionar; también su cerebro estaba en blanco.

¿Cómo iba a escapar? Escapar significaba mover las piernas.

¡Y ella ni siquiera entendía cómo lograba mantenerse en pie!

¿Qué más da eso? ¡Pero estámpale la rodilla en las pelotas o algo, chiquilla!

—¿Cora? —preguntó entonces una voz familiar desde la puerta.

Cora salió de su estupor al escuchar a su hermano. Giró la cabeza y vio a Cameron, rubio y alto, vestido con el uniforme de policía, con una mano firme sobre la pistola que llevaba en el cinturón.

Un profundo alivio la recorrió al instante. Al fin, alguien que podía poner fin a aquella absurda y surrealista situación.

Porque Cameron no estaría en la lista de “Parientes que te dejan atrapada con desconocidos desnudos”.

Ahora quien tendría que preocuparse era ese maldito desconocido que la retenía como si ella fuera una amenaza.

¡Cuando era al contrario!

—¿Cora? —repitió el tipo, sonando sorprendido.

Cora volvió a mirarlo, confundida, pero para su sorpresa, el hombre apretó su agarre aún más, pegándola un poco más a su cuerpo, si es que eso era posible, provocándole un jadeo ahogado.

¿Por qué no la soltaba?

Tenía a un policía en la puerta, con una pistola, por el amor de Dios. ¿Es que este hombre no tenía un “Manual de supervivencia básica”?

Cualquiera en su sano juicio habría dado un paso atrás, o al menos aflojado el agarre, pero él seguía ahí, pegándola a su torso como si no tuviera la menor intención de soltarla.

Y su hermano...

¡¿Por qué su hermano no le había metido ya un tiro entre ceja y ceja?!

Vale, había visto muchas películas, sí, pero ¡en ninguna el policía permitía que alguien así tuviera las cosas tan a su favor!

—¿Quién demonios...? —empezó a preguntar ella.

Él enarcó una ceja, y las comisuras de sus labios apenas se curvaron en lo que parecía una sonrisa.

Esa expresión, esa arrogancia... Otro punto para la lista de “Detalles que no necesito en mi vida.”

Porque no podía ser.

No podía ser él.

Asher Parker.

El villano de su infancia.

—Tú... —murmuró Cora, completamente atónita.



Capítulo 3

Quando el universo decide que necesitas más traumas

¿Un placer?

¿Había dicho que era un placer?

A ver, en realidad había dicho “Asher, lo mismo digo” después de que él dijera “Es un placer volver a verte”. Técnicamente no...

¡Es lo mismo!

Vale, sí, eso era exactamente lo que había dicho.

Cora cerró los ojos cuando sus propias palabras se repitieron en su mente, resistiendo la tentación de golpearse la cabeza contra la pared, a ver si así se le ordenaban un poco las ideas.

Otra entrada para su lista de “Cosas que preferiría no haber dicho jamás”, con un primer puesto indiscutible.

¿De dónde demonios había sacado esa respuesta?

¿Cómo podía haberle dicho eso?

La frase se repetía en su mente, cada vez con más insistencia, casi como si quisiera recordarle su lista de “Meteduras de pata épicas.”

Y es que ¿dónde, en el nombre de todo lo razonable, estaba el placer en volver a ver a Asher “el insoportable” Parker? ¿El chico que le había hecho la vida imposible, el que parecía vivir por y para sacar a relucir sus defectos y joderle la existencia?

Un placer...

Claro que sí, porque Asher Parker y ella siempre habían sido el “placer” del otro: el de él, hacerle la vida imposible a ella; el de ella, soportarlo a él.

Bueno, soportarlo en aquel entonces. Porque si ahora tenía que soportarlo siendo el papasote que era, la situación adquiriría otro matiz.

Por supuesto, eso iba directo a la lista de “Pensamientos inapropiados que mi mente se empeña en tener”.

Cora gimió, sacudiendo la cabeza como si quisiera sacarse de encima esa idea ridícula.

No, ridícula no: inaceptable.

¿Cómo iba a pensar algo así? Estaba claro que todavía no le funcionaba el cerebro. Después de estar aprisionada bajo ese hombre, sin apenas circulación en la cabeza, las neuronas no parecían estar en su sitio.

Sí, sí... lo que tú digas, se dijo a sí misma.

Su lista de “Excusas que nadie cree, ni siquiera yo misma lo hago” necesitaba una revisión urgente.

Pero sus ojos se desviaron involuntariamente hacia él, que ahora le daba la espalda mientras se ponía una camisa. Tenía media espalda tatuada, el brazo izquierdo cubierto de tinta y, hasta donde había podido ver antes, parte del pecho también.

La lista de “Cosas que no debería mirar” empezaba a ser más larga de lo que le gustaría admitir.

Cora lo observaba mientras se frotaba las muñecas, ahora liberadas de las esposas. La piel le ardía donde había sentido el roce frío del metal, y ese calor inexplicable parecía extenderse a cada centímetro de su cuerpo.

Sin poder evitarlo, se abanicó con la mano; de repente hacía calor. Mucho calor.

Oh, por favor... ¡No me fastidies!

Era Asher Parker. El niño que le había arruinado la infancia. Bueno, tal vez estaba exagerando.

O no...

Y ya no era un niño...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cameron, frunciendo el ceño al mirar a su hermana.

Cora lo miró, incrédula, preguntándose por qué su hermano le preguntaba a ella qué hacía en su propia casa y no al tipo que, claramente, no pintaba nada allí.

Eso sí que iría en la lista de “Cosas que no me esperaba en esta vida”: que su propio hermano cuestionase su presencia, mientras el invasor recibía trato especial.

En ese momento, Cora volvió a mirarlo. Se había girado y se abotonaba la camisa con una calma irritante.

Claro, ¿por qué iba a tener prisa? Si ella tuviera ese cuerpo, pensó, mientras veía un poco de la tableta de chocolate, tampoco se apresuraría a cubrirlo.

Cora, ¿en serio?

Esto iba directo a la lista de “Pensamientos no aceptables en situaciones desagradables”.

Gimió internamente por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. ¿Pero qué le pasaba? ¡Por Dios, ni que fuera una treintañera salida!

Ella no era así.

Y menos... menos con Asher Parker.

—¿Cora?

Ella carraspeó y miró a su hermano, que la observaba con las cejas enarcadas. Genial, justo lo que le faltaba: que él también notara que estaba... afectada.

Eso sería el colmo de su lista de “Situaciones humillantes”.

¿Pero cómo no iba a afectarle semejante...?

No pudo evitar mirarlo otra vez. Y fue un error, porque él levantó la vista justo antes de meter la camisa dentro de sus pantalones, y, al cruzarse sus miradas, él alzó una ceja, como si disfrutara de la reacción que había provocado en ella.

Cora hizo un gesto con las manos, impaciente.

—Tú... tómatelo con calma —dijo, sarcástica, antes de correr hacia su hermano.

Lo empujó, arrastrándolo fuera de la habitación y cerró la puerta detrás de ellos.

—¿Qué haces? —gruñó Cameron mientras ella lo empujaba a la fuerza por el pasillo, alejándolo de la habitación.

—¿Que qué hago yo? —bufó, poniéndose frente a él—. ¡Está medio desnudo! —exclamó, elevando las manos un instante antes de dejarlas caer, frustrada.

“Medio desnudo” sonaba muy moderado. Su lista de “Descripciones precisas para momentos de pánico” necesitaba otra actualización.

Cameron resopló.

—Joder, Cora, sí que eres exagerada.

Exagerada era la reacción de su propio cuerpo, pero Cora no iba a admitirlo.

Con un suspiro exasperado, se puso las manos en las caderas, adoptando una postura defensiva.

—¿Qué demonios hace ese ser en mi cuarto?

—¿Ese ser? —Cameron soltó una risa—. Es mi jefe.

—¿Tú qué? —replicó Cora, incrédula.

—Y mi amigo —añadió él, como si fuera lo más normal del mundo.

—¡¿Tú qué?! —esta vez lo exclamó, claramente impactada.

¿Y por qué ella no se había enterado antes de nada de eso?

A cada momento, la situación se volvía más surrealista. Esto claramente iría en la lista de “Conversaciones que nunca pensé tener”.

—¿Estás sorda? —respondió Cameron, medio en serio, medio divertido.

Y el mundo, al revés, pensó Cora.

Su hermano se las daba de listo y, mientras tanto, el mismísimo Asher Parker se paseaba tranquilamente por su habitación como si no fuera lo más absurdo del planeta.

—¿Y bien? ¿Tú qué haces aquí? —insistió Cameron, mirándola con un aire de sospecha,

como si ella fuera la intrusa en lugar del otro.

—¿Perdona? —dijo Cora, frunciendo el ceño—. ¡Es mi casa! —dijo ella en tono de “¿Qué mierda de explicaciones tengo que dar yo por estar en mi propia casa?”

—Cora... —insistió él, ignorando su actitud desafiante.

—No es lo importante ahora, Cam.

Había algo más importante de lo que hablar y estaba en su habitación.

—Oh, créeme que sí es importante. ¿Qué demonios haces aquí? —insistió Cameron, con esa expresión de policía al acecho—. ¿Te han echado del trabajo? ¿O... es cosa de tu ex?

Cora enarcó las cejas, mirándolo completamente sorprendida.

Genial, pensó Cora.

Lista de “Preguntas para revivir traumas personales” tachada en un segundo.

—¿Cómo sabes...? —hizo un gesto con la mano, dejando la pregunta en el aire.

—Por la maleta, Cora. Esa maleta grita “emergencia”, y solo hay dos cosas que te harían aparecer aquí a la desesperada: una crisis laboral o un desastre romántico.

Ella resopló, resistiendo las ganas de empujarlo. ¿Desde cuándo era tan perspicaz?

Si hasta los trece años creyó en Santa Claus, por Dios.

Mentalmente, añadió algunos puntos nuevos a su lista de “Sorprendentes revelaciones sobre Cameron”:

1. *Resulta que tiene intuición... ¿Quién lo hubiera dicho?*
2. *Por lo visto, ya no necesita que le expliquen cada detalle de la realidad.*

—Gracias por el análisis, detective. Pero no es ninguna de las dos, ¿vale? —replicó—. Y además, esto no es una “aparición a la desesperada”. Es solo... bueno, una visita.

Cameron arqueó una ceja, claramente nada convencido.

—Claro, una visita sorpresa y con maleta de mudanza. ¿Quieres que me trague esa historia?

Cora lo fulminó con la mirada, y añadió mentalmente “Responder a la interrogación de Cameron” a su lista de “Tareas que no tenía previstas.”

—Eres un grano en el culo, ¿lo sabes? —refunfuñó Cora.

Él se limitó a hacer un gesto con la mano, como si le diera igual serlo o no, o que ella lo pensara.

—¿Y bien? —insistió, imperturbable.

Porque si algo era su hermano, además de tocapelotas, era insistente.

Cora suspiró, resignada. Sabía que lo mejor sería soltarle la verdad y acabar con la tortura, antes que aguantarlo más tiempo martilleándole la cabeza.

—Está bien, me pillaste —admitió en voz baja, desviando la mirada hacia la puerta de su dormitorio, que, por fortuna, seguía cerrada—. Digamos que las cosas no van... exactamente bien ni en el trabajo ni con mi ex, ¿vale? —se cruzó de brazos, incómoda—. Pero no hace falta que nadie más lo sepa.

Cameron la miró con una expresión divertida.

—Esto es Twiddlefork, Cora. Ya lo sabrán todos —resopló él, poniendo los ojos en blanco.

Cora gimió; eso era verdad. Su lista de “Cosas que nunca puedo mantener en secreto en Twiddlefork” empezaba a ser ridículamente larga. Seguro que ya medio pueblo estaba al tanto.

¿Cómo? Ella no tenía ni idea, pero la gente de allí siempre lograba enterarse de todo antes que los propios implicados. Vamos, que bien podían haberse enterado de su regreso antes de que ella misma pensara en volver.

Antes, incluso, de que la hubieran despedido.

La gente de ese pueblo tenía unos poderes extraños.

—¿Por qué te ha dejado? —preguntó él, directo al grano.

¿Él también tenía poderes adivinatorios? ¿Era cosa de vivir en aquel pueblo o qué?

Cora frunció el ceño, ofendida.

—¿Por qué asumes que me dejó él? —replicó indignada.

Cameron alzó una ceja, dándole a entender sin palabras que no había otra opción. Y los dos lo sabían.

—Porque, Cora... —entonces frunció el ceño—. ¿De verdad quieres que responda a esa pregunta?

¡Pues sí, quería!

Bueno, no. En realidad, no. Porque, en ese instante, se le pasó por la cabeza la típica lista mental de “Razones por las que mis ex deciden abandonarme”, esa lista que ya casi se sabía de memoria:

1. *Porque no tienes “suficiente sentido de la aventura”, léase: no te lanzas de cabeza a cualquier plan irracional.*
2. *Porque trabajas demasiado y “te tomas todo demasiado en serio”.*
3. *Porque, según ellos, tengo “expectativas demasiado altas” (según yo, el problema es justo lo contrario).*
4. *Y, cómo no, el clásico: “No eres tú, soy yo”, una excusa que sigo sin saber si tomarme como un cumplido o una excusa barata.*

Y ese último ex... seguramente habría usado varios de esos puntos sin pena alguna. Como mínimo.

¿Debería crear una nueva lista solo para él?, pensó, entre sarcástica y dolida.

—No —dijo ella al final, frunciendo los labios, como quien se obliga a morderse la lengua.

—Mejor así —respondió él.

—Pero para que te enteres, a... —joder, no recordaba ni cómo se llamaba. En realidad, ni siquiera estaba segura de si él llegó a decirle su nombre—... lo dejé yo —dijo, alzando la barbilla.

—¿A quién? —preguntó Cameron, alzando las cejas.

Cora resopló, intentando sonar casual.

—Da igual. No llegaste a conocerlo.

Ni ella, en realidad. Solo unos besos por aquí y por allá en la discoteca. Nada serio.

—Como a la mayoría, porque no te duran —replicó Cameron con una sonrisa burlona—. Y si te duran, te dejan.

—¡Al menos yo tengo vida! —replicó Cora.

—Tenías, Cora. Tenías... Ahora también vivirás con papá y mamá. Porque para eso has vuelto, ¿no? ¿Te dejó tu novio y te echaron del trabajo? —soltó una carcajada—. Joder, un pleno.

En plena cara te voy a estampar la mano abierta, sí.

Agregó mentalmente esa respuesta a su lista de “Cosas que me encantaría decir en voz alta.”

Cora dejó escapar una risa breve y sarcástica.

—No le veo la gracia.

—Ya, bueno... yo sí —respondió él, sin poder contener la risa.

—¿Y por qué no preguntas si renuncié yo, eh? —replicó ella, fulminándolo con la mirada.

Él la miró, alzando las cejas con expresión de “¿De verdad quieres que conteste?”

Cora soltó un gemido de frustración.

—No, ni contestes —dijo al final, con un suspiro—. Vale, puede que no renunciara... y que me hayan dado la patada —admitió, bajando la vista—. Y sí, puede que mi vida ahora mismo sea un desastre. ¿Contento?

Cameron esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Mucho.

Cora lo miró fijamente, y, resistiendo el impulso de llamarlo “capullo” en voz alta, decidió añadirlo mentalmente a la lista de “Defectos irremediables de Cameron,” que en momentos como ese se actualizaba con puntos tales como:

1. *Capacidad nula de tacto humano.*
2. *Especialista en meter las narices donde no lo llaman.*
3. *Memoria selectiva: recuerda cada uno de mis fallos, pero convenientemente olvida*

los propios.

4. Diversión garantizada al decir cualquier cosa que logre desquiciarme.

—Dejando mi poco interesante vida a un lado... Vamos a lo verdaderamente importante...

—¿A que estás loca por volver? —replicó él, con una sonrisa burlona.

Bueno, sí, eso también.

—¿Qué hace ese tipo en mi casa y en mi cuarto, para ser más exactos?

—Vestirse, ya lo viste —respondió Cameron, como si fuera lo más natural del mundo.

Cora lo miró, alzando las cejas.

—Cam... —dijo, su tono claramente indicaba que no tenía paciencia para bromas—. Esta no es su casa, ¿se equivocó o qué?

Sí, porque él era, o al menos siempre había sido, su vecino de al lado.

Si es que...

—Tuvo un problema con las tuberías en su casa. Solo le estoy haciendo un favor ofreciéndole el baño.

—¿Y tenía que ser en mi cuarto? —replicó Cora.

Cameron se encogió de hombros.

—Bueno, no estabas. ¿Qué tiene de malo?

Todo. Lo tenía todo de malo. Su lista de “Cosas completamente inaceptables” ya estaba a punto de estallar.

¿Es que Cameron no lo veía?

¿De verdad iba a tener que explicárselo?

Podría incluso hacerlo con una lista. Tenía listas de sobra para definir a Asher “el insoportable” Parker, comenzando por su lista de “Invasiones injustificables de Asher en mi vida.”

Así que, mentalmente, empezó a repasarla:

1. El idiota que se dedica a molestarme con el único propósito de hacerme rabiar (y se le da de maravilla).

2. El experto en meterse donde no le importaba y, peor aún, disfrutar cada segundo de ello.

3. El dueño de esa mirada arrogante que, por alguna razón, nunca puedo borrar de mi memoria.

4. Mi “archienemigo” oficial, autoproclamado, que además tiene la cara de llamarme “la reina del drama” (¡con cero derecho a hacerlo!).

Y la lista podía seguir y seguir...

Y ahora, como si el destino tuviera un sentido del humor retorcido, ese tipo volvía a aparecer en su vida.

—¿Y qué demonios has querido decir con eso de que ahora es tu jefe? —insistió, sin molestarse en disimular el tono de incredulidad.

Aquello ya era el colmo de lo surrealista.

—Soy el nuevo sheriff del pueblo —confirmó entonces Asher “el insoportable” Parker, apareciendo en escena.



Capítulo 4

Crónicas de un karma particularmente creativo

Asher supo el momento exacto en que ella lo reconoció.

La forma en que su rostro pasó de la confusión a la pura incredulidad.

Claro, él la había reconocido en cuanto la vio. Pero, por lo visto, ella necesitaba tiempo para hacerlo.

Tiempo que él no estaba seguro de poder darle, porque no sabía cuánto tiempo más habría soportado que ella lo sometiera a semejante examen.

Le gustaba lo que veía; Asher no tenía la menor duda de ello.

Su experiencia con las personas le había enseñado a leer las señales sutiles de una mirada, el lenguaje no verbal. Y en ella, todo era evidente: el brillo en sus ojos, el rubor en sus mejillas, el leve escalofrío que la recorrió cuando la tuvo tan cerca, y esa ligera apertura de sus labios mientras lo observaba.

Unos labios grandes y llenos que, sinceramente, resultaba difícil no mirar.

El aire entre ellos se había cargado de electricidad, una tensión que parecía latir en el espacio que los separaba.

Asher dejó escapar un suspiro al recordar el momento.

Muy bien, Parker, pensó con sarcasmo. Toda una intuición, la tuya. Lástima que no se te activara antes de que te jodieran la vida, ¿verdad?

Sí, bueno... Ya. Pero no la tuvo. Estuvo ciego. Aunque eso ya no importaba. Eso ya se había acabado.

O casi...

Volviendo a lo que tenía entre manos...

O a lo que había tenido...

Sí, ella lo miró a conciencia. Porque disimulada había sido poco.

Y él... No es que él se hubiera quedado de brazos cruzados mientras ella lo miraba, claro que

no; él también había tomado nota de cada detalle mientras la tenía inmovilizada.

En su caso, no necesitó mucho tiempo porque, bueno... con haberla tenido bajo su cuerpo, ya se había hecho una buena “vista previa” de quien, por un instante, solo un instante, pensó que era una ladrona.

Aunque el chándal ancho que ella llevaba no le facilitaba la tarea, tampoco le había impedido hacerse una buena idea de lo que había debajo. Porque, ajustado o no, su cuerpo decía mucho, y él no era precisamente ciego para esos detalles.

Había algo en su complexión compacta, en las curvas insinuadas bajo la tela holgada, que no necesitaba imaginación.

No lo malinterpretes: era todo un profesional; saber con quién estaba lidiando era, después de todo, su especialidad, ¿verdad?

Así que allí estaba Cora, esa mujer de estatura media y delgada, con su espesa y ondulada melena rubia un poco revuelta, y esos ojos verdes tan característicos agrandados al darse cuenta de quién era él.

Desde la infancia, esos ojos verdes, siempre chispeantes de carácter, habían sido casi emblemáticos; y ahora parecían cargar con una larga lista de “cuentas pendientes”.

Y, sinceramente, no la culpaba.

Tenía razones de sobra para despreciarlo. Él, en su momento, había sido lo que era: un auténtico capullo.

¿Y ya no lo eres?

Entonces él había enarcado una ceja, y no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvaran ligeramente.

—Tú... —había murmurado Cora, incrédula.

Sí, él. El mismo que la tenía entre sus brazos, pero que ya no era aquel niño que disfrutaba haciéndola rabiarse. No, ahora la situación había cambiado.

Ahora, a juzgar por la reacción de su cuerpo, disfrutaría haciéndole otro tipo de cosas.

Sucias.

Y seguro que a ella le gustarían. Porque a ella le gustaba lo que veía.

Lo que no le gustaba era él.

Y eso, desde luego, era lo mejor que podía pasarles.

A ambos.

—¿Asher “el insoportable” Parker? —había preguntado Cora, con sus impresionantes ojos verdes bien abiertos, casi a punto de salirse de sus cuencas.

¿Tenía unas motas azules en ellos? ¿Y un lunar justo encima de su ceja derecha?

¿Por qué nunca se había dado cuenta?

Porque nunca la miraste tan de cerca, Asher “el insoportable” Parker.

Él alzó una ceja, esbozando una mueca sarcástica al escucharla. ¿El insoportable? ¿Así se refería a él?

Bueno, quizás hasta se estaba quedando corta, ¿no?

—Supongo que ese soy yo —había dicho él entonces, haciendo un leve gesto con la cabeza—. Cora... —la había saludado, maldiciéndose a sí mismo porque la voz le hubiera salido tan ronca.

Solo entonces dio un paso atrás, poniendo algo de distancia entre los dos.

Porque tenía que soltarla, no pegarla todavía más a él, como había hecho antes.

Porque debía soltarla.

Porque necesitaba soltarla para volver a respirar, y que su cerebro también pudiera hacerlo.

—Es un placer volver a verte —había dicho él, con voz firme.

Más que un placer, parecía una tortura, a juzgar por cómo reaccionaba su cuerpo.

—Asher, lo mismo digo —había respondido ella, con una voz igual de ronca.

Por cómo lo miraba, estaba claro que ella estaba tan afectada como él.

¡Maldición!

Eso no era nada bueno...

Asher no sabía decir por qué, después de quitarle las esposas, le costó tanto alejarse y girarse, pero lo hizo. Sin embargo, no sirvió de mucho, porque sentía su mirada clavada en la espalda.

La imagen de Cora observándolo fijamente cuando él, de nuevo frente a ella, se abrochaba la camisa, permanecía tan viva en su mente que parecía haberse quedado grabada.

¿Cuánto hacía que nadie lo miraba de esa manera?

Mucho, igual que hacía mucho que él no sentía nada parecido a lo que sintió cuando la tuvo entre sus brazos.

Joder, ¿tenía que ser precisamente con ella?

¿Tenía que ser ella quien despertara esa parte de él?

Quizás era solo eso, ¿no? Que estaba tan necesitado que esa reacción podía haberle pasado con cualquiera.

Claro que sí, esa debía de ser la razón. No había otra. Le había pasado con Cora, igual que le habría pasado con cualquier otra que tuviera tan cerca.

Soltó una carcajada al entenderlo.

—¡Qué alivio! —exclamó Asher, sintiendo cómo desaparecía de sus hombros el enorme peso que lo había estado aplastando.

—¿Le parece un alivio? —preguntó una voz aguda, sacándolo bruscamente de su ensimismamiento.

Por supuesto que sí, pensó él, aunque se guardó de decirlo.

Parpadeó varias veces, tratando de centrarse en la mujer que estaba frente a él.

—¿Eh?

—¿Por qué sería un alivio que me hayan robado la dentadura postiza? —repitió la señora Ruthie, mirándolo con las cejas alzadas y un sombrero de flores ladeado con aire de ofensa.

—¿La... qué? —preguntó Asher, lanzando una mirada de auxilio a Cameron, que estaba sentado al lado de la señora Ruthie, disfrutando claramente de su incomodidad.

—La dentadura postiza, sheriff, ¿me está escuchando? —insistió ella, con paciencia limitada.

Asher apenas logró contener un suspiro.

Escuchar, lo que se dice escuchar, pues no, pensó.

No estaba precisamente en su mejor momento.

—¿Está bien, sheriff? —insistió la mujer, agitando su mano decorada con anillos—. Le prestaría uno de mis sonotones, pero también ha desaparecido.

—¿Le han robado un sonotone? —preguntó Asher, todavía procesando la situación.

Ella asintió con entusiasmo, y las flores de su sombrero se agitaron como si también participaran en la conversación.

—Y la dentadura postiza —añadió Cameron, casi conteniendo la risa.

La verdad, la escena era para descojonarse. Él lo habría hecho si no fuera porque Asher estaba teniendo otras sensaciones bastante menos cómodas. Su entrepierna aún seguía en tensión, recordándole que sus pensamientos no estaban precisamente donde debían estar.

—¿Y para qué querría alguien una dentadura postiza? —murmuró, casi para sí mismo.

—Eso me pregunto yo —replicó la señora Ruthie, ofendida—. Pero para eso le pagan a usted, ¿no es así? ¡Para averiguar por qué alguien en este pueblo tiene una obsesión con mis pertenencias más íntimas!

Asher suspiró, resignado.

La señora Ruthie era prácticamente una residente en la comisaría. Cada dos días se presentaba con un nuevo “caso de robo” que, según ella, sacudía Twiddlefork como un crimen de alta categoría.

En Twiddlefork, donde la delincuencia era casi inexistente.

Si Asher estaba ahí de adorno, básicamente.

Lo más cercano a un delito que podía ocurrir en aquel lugar eran los “secuestros” de gallinas que luego aparecían, casualmente, en el jardín del vecino, o algún adolescente tocando timbres y huyendo al caer la noche.

Cuando aceptó la oferta de volver a su pueblo natal, lo hizo pensando en la paz, en esa tranquilidad que recordaba de Twiddlefork: un pueblo pequeño, perdido de la mano de Dios, donde nunca había pasado nada de nada...

Paz, o eso creía él.

¿Quién iba a imaginarse que esa “paz” podía terminar volviéndolo loco?

Tan loco que ni siquiera escuchó a Cora entrar en su casa y, peor aún, la confundió con una ladrona.

Pues vaya un sheriff de pacotilla que estaba hecho.

Y es que ese pueblo estaba empezando a afectarlo, con “emergencias” que incluían perseguir gallinas fugitivas, rastrear macetas perdidas, atentados tan graves como una manguera

“saboteando” el césped de algún vecino o la señora Porter, indignada, reclamando la tapa de su cubo de basura, supuestamente sustraída por algún “espía” del pueblo vecino.

A este paso, lo siguiente sería formar una brigada de vigilancia vecinal para proteger gnomos de jardín o coordinar redadas nocturnas contra la “banda organizada” de mapaches saqueadores.

Y, claro, no olvidemos el caso especial de la octogenaria señora Ruthie.

De haberlo sabido...

¿Qué? ¿Se habría quedado en la ciudad?

Ni de broma. Esa vida había quedado atrás, y Twiddlefork era su presente.

Así que, volviendo al presente... y a la señora Ruthie...

Si a Asher la memoria no le fallaba, y no lo hacía, desde que él había asumido el puesto de sheriff, a la señora Ruthie ya le habían “robado” una caja de supositorios, un antifaz enviado por su sobrina desde Canadá, las medias de compresión, la faja de control... y, ahora, la dentadura postiza.

Ah, y las macetas de petunias, porque esa vez se quedó casi una hora lamentándose por ellas. Como para no volverse uno loco.

Si no había perdido la cabeza hasta ahora, de este día no iba a pasar.

Porque vaya día llevaba...

Primero, el tema de las tuberías de la casa. Se alojaba en la casa familiar, que seguía en pie de milagro. La gotera empezó esa misma mañana, cuando el sonido de un goteo constante lo despertó a las cinco. Al llegar a la cocina, descubrió que la tubería principal se había rendido y estaba formando un pequeño río en dirección al pasillo.

Lo que en principio parecía una solución rápida acabó en una llamada urgente al fontanero... que, al parecer, en Twiddlefork tenía la agenda de un embajador.

Para completar la escena, después de calarse hasta los tobillos en agua helada, descubrió que el coche patrulla estaba fuera de combate.

Ni arrancar, ni golpecitos en el salpicadero, ni gritos, ni la patada “reparadora” (que solo le dejó un dolor palpitante en el dedo gordo del pie) sirvieron de nada.

Así que, todavía frustrado y sintiendo cómo el día se le iba de las manos, caminó hasta la casa de su ayudante, con el uniforme arrugado, el dedo del pie dolorido y con una urgente necesidad de una ducha de agua fría, a ver si la cosa mejoraba.

También iba a necesitar planchar el uniforme; no se le ocurriría intentarlo en su propia casa, porque, con las tuberías y la electricidad en ese estado, seguro que terminaba provocando un desastre.

Y justo cuando pensaba que el día no podía volverse más surrealista...

El desastre, de todas formas, vino a él.

Hielo. Ahora lo que necesitaba ahora era un baño de hielo.

Por lo que alcanzó a oír en la conversación que Cora tuvo con su hermano, ella lo había perdido todo: su pareja la había dejado y había perdido el trabajo.

Y había decidido volver a casa.

Asher no sabía nada de Cora desde hacía años, desde que ambos dejaron el pueblo siendo muy jóvenes. Ella regresaba de vez en cuando, según le había contado Cameron.

Él, en cambio, no había vuelto hasta entonces.

Desde que su madre (la única familia que le quedaba en Twiddlefork) murió poco después de que él entrara en la universidad, Asher se mantuvo alejado de aquel lugar.

Había dejado a alguien a cargo de la casa sin saber muy bien por qué; nunca llegó a venderla, ni a deshacerse de ella. Quizás porque aún la consideraba parte de su vida, aunque a kilómetros de distancia.

Cuando toda su vida se fue al traste, y, de casualidad, se enteró de la plaza de sheriff disponible en su antiguo pueblo, volver pareció lo único que tenía sentido.

Pero no, la verdad era que nada tenía sentido.

Mucho menos que fuera Cora, de todas las personas, quien despertara en él algo que había creído no solo dormido, sino enterrado.

Y no le hacía ni la más mínima gracia.

Asher suspiró, como intentando soltar junto con el aire aquel malestar. Porque aquello... aquello no podía ser real.

Su vida ya era lo suficientemente caótica sin añadir un problema más en la ecuación.

Porque eso sería que alguien despertara cualquier tipo de sentimiento en él.

Y eso, simplemente, no podía ocurrir. Al menos, no todavía.

¡Ni nunca!

Así que lo mejor sería ser prudente y curarse en salud. Porque, temporal o no, aunque aquello hubiera sido solo una reacción extraña, o un momento de locura transitoria, lo inteligente era mantenerse lejos de esa mujer.

Y él, que se consideraba un hombre inteligente, así lo haría. Después de todo, mantener el control era su especialidad.

No debía ser tan difícil, ¿verdad?



Capítulo 5

Días en que el universo no te da una tregua

Era lo más difícil que había hecho en su vida.

Ni soportar a escritores con complejos de divos, ni leer la patética nota de despedida de su ex, donde, con descaro y en pocas palabras, le informaba que la dejaba por otra mujer. Y como si eso no fuera suficiente, también le aclaraba que se quedaba con el dinero del alquiler y la fianza, dejándola sola con las facturas y sin el menor remordimiento.

Ni siquiera aquel interminable viaje en un autocar tan viejo que parecía salido de un museo.

Incluso ese momento humillante en el que tuvo que forzar una sonrisa mientras su jefe, entre excusas baratas, la despedía, parecía más fácil de sobrellevar.

Ni siquiera encontrarse a Asher Parker medio desnudo en su dormitorio y enfrentarse a él.

No, lo realmente complicado era enfrentarse a sus padres y decirles que había vuelto a casa.

Definitivamente, un primer puesto en su lista de “Cosas que me hacen sentir como una adolescente, otra vez.”

¿Por qué? Ella no lo sabía, no es que le fueran a pegar ni a perseguirla por el pueblo con el palo de la fregona en todo lo alto.

Pero admitir que una había fracasado... no era precisamente fácil, ¿verdad?

Movió un poco la cabeza y se asomó por la ventana. Allí estaba su padre, sirviendo una jarra de cerveza. Y su madre... no tardó en aparecer detrás de la barra, y, como si ella le hubiera hecho señas, miró directamente hacia la ventana.

Cora se escondió rápidamente. Su lista de “Maneras de evitar ser vista en situaciones incómodas” estaba agotada.

No tardó en asomarse de nuevo, apenas un poco. Ya no veía a su madre por ninguna parte y suspiró, aliviada. Alivio que le duró lo que le llevó girarse y encontrarse, cara a cara, con un rostro inesperadamente cerca.

Demasiado cerca.

—¡Joder! —exclamó, dando un respingo que la hizo saltar al menos tres metros.

Sentía el corazón en la garganta, junto con los ovarios.

—¿Qué haces? —preguntó entonces Asher, mirándola como si estuviera loca.

Mirándola como siempre, vaya. Con esa mirada que parecía reservada solo para ella

Perfecto, pensó Cora, *otro punto para la lista de “Apariciones repentinas de Asher en mi vida”*.

—¿Yo? —se llevó la mano al pecho, todavía sintiendo el corazón desbocado por el susto—. ¡¿Qué demonios haces tú?! ¿Intentas matarme de un susto o qué?

Él arqueó una ceja, una expresión de completa indiferencia en su rostro.

—Nada teme el que nada debe —soltó él, en tono seco.

Cora tardó un segundo en entenderlo, y cuando lo hizo, soltó un resoplido y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Todavía no te ha quedado claro que no soy ninguna ladrona?

—Quizás una acosadora. ¿A quién espías? —replicó él, cruzándose de brazos con una calma irritante.

Ella abrió los ojos de par en par, incrédula.

Otro punto más en su lista de “Interrogatorios sin sentido”.

—¡A nadie! —protestó, claramente ofendida.

—No era lo que parecía —dijo él, mirándola de arriba abajo con una sonrisa burlona.

Cora le devolvió la mirada, señalándolo de arriba a abajo con una ceja enarcada.

—Las apariencias engañan, ¿no crees? —dijo Cora, con una sonrisa desafiante.

Y tanto que lo hacían.

Por eso, si en algún extraño momento, cuando el oxígeno escaseaba en su cerebro y la sangre parecía no circularle bien, se había permitido mirarlo con otra perspectiva que no fuera la de Asher “el insoportable” Parker... aquella tontería había quedado en el pasado.

Definitivamente, eso podía ir en su lista de “Ideas que nunca deberían haber pasado por mi cabeza”.

En cuanto ese ser abrió la boca para decir otra cosa que no fuera un saludo cortés, todo se aclaró.

Menos mal. De vuelta a su lista de “Razones por las que Asher no es ni será jamás interesante.”

Asher parpadeó al escucharla, sin perder su pose serena. Pero esta vez, sus ojos recorrieron cada rincón de su rostro de una manera que la dejó sin palabras, con una intensidad que ella no recordaba haber visto en él.

Apretó la mandíbula y, tras un instante de tensión palpable, asintió lentamente, su voz un tanto ronca cuando respondió:

—Sí, supongo que sí.

Cora sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo ante ese tono. Abrió la boca para responder, pero

la cerró enseguida, sin saber exactamente qué decir.

Algo en su voz, en esa mirada, la había descolocado por completo, y lo peor era que ni siquiera entendía el motivo.

Entonces, como si el universo se apiadara de ella en ese incómodo y extraño momento, Cameron apareció, con su sonrisa fácil y su tono sarcástico.

—No siempre —dijo él, observándola con burla—. Tú tienes toda la pinta de estar medio loca y de que tu vida sea un desastre. Y mira, así es.

Definitivamente, ese comentario iba directo a su lista de “Verdades que no necesitaba escuchar de mi propio hermano.”

—Tú, en cambio, eres la excepción que confirma la regla. Pareces normal, pero... —dejó la frase en el aire, su expresión lo decía todo.

Cameron, lejos de ofenderse, soltó una carcajada.

—No hace falta que te escondas, Cora. Todo el pueblo debe saber ya que volviste. Papá y mamá incluidos.

Ella gimió.

—¿Les contaste algo? —la acusación en su tono de voz.

Cameron levantó las manos, riendo.

—Que me registren —respondió, divertido.

¿En serio? ¿Qué era eso, un chiste de policías?

Su lista de “Bromas básicas de policía” acababa de ganar un nuevo miembro.

Cora lanzó una mirada rápida a Asher, quien permanecía allí, serio, sin ni siquiera esbozar una sonrisa. Si era un chiste, desde luego, a él no parecía hacerle la más mínima gracia.

Aunque, claro, ¿qué podría hacerle gracia a ese hombre?

¿Y qué más le daba a ella?

Nada. Absolutamente nada.

Al notar su mirada, Asher se encogió de hombros, como diciendo: “A mí qué me importa tu vida”.

Perfecto, pensó Cora.

Porque a ella tampoco le interesaba lo más mínimo la suya. Ni tenía la más mínima curiosidad sobre cómo demonios había terminado siendo el sheriff de aquel pueblo.

No le interesaba cómo, en primer lugar, había terminado siendo policía. Resultaba casi absurdo pensarlo: el mismo Asher que le hacía bullying, el que siempre encontraba una forma de meterse en líos, ahora era quien debía poner a los delincuentes tras las rejas, cuando debería estar él allí.

Cosas extrañas de la vida, desde luego.

Pero a ella no le importaba. Para nada.

Eso iría directo a su lista de “Asuntos que me son completamente irrelevantes”.

—No seas cobarde, Cora —la retó Cameron con un tono burlón—. Ya tienes una edad, no quince años, para andar escondiéndote de tus padres. Al toro, por los cuernos.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta del bar y entró con paso decidido. Asher, siempre en su papel impasible, hizo un gesto para sostenerle la puerta a Cora, justo cuando ella intentó hacer lo mismo, dejando su mano atrapada bajo la de él.

La chispa que recorrió su piel fue instantánea, y Cora retiró la mano de inmediato, como si le quemara.

Miró a Asher, que, con la mandíbula apretada, evitaba su mirada y mantenía la vista al frente, como si no hubiera notado nada.

Claro, como si esa pose de indiferencia fuera creíble. A su lista de “Actos sobreactuados de Asher Parker” iba directo.

—¡Mamá, papá! —exclamó Cameron desde dentro del bar, con una voz exageradamente alegre—. ¡Mirad quién ha vuelto a casa!

Cora, todavía recuperándose del roce, soltó un suspiro frustrado.

—¡Pero será capullo! —murmuró entre dientes, recomponiéndose antes de cruzar el umbral, lista para enfrentar el torbellino familiar que la esperaba al otro lado.

Un torbellino, pensó, que podía ir directo a su lista de “Momentos de familia perfectamente intimidantes”, justo al lado de “Confesiones obligadas en cenas de Navidad.”



Asher tardó un segundo más en recomponerse antes de soltar la puerta. Ni siquiera él sabía cómo había logrado mantener su expresión tan impasible.

Claro que lo había notado, la chispa había sido demasiado fuerte, como si una corriente eléctrica le recorriera la mano.

¿De dónde había salido eso?

Respiró hondo, tratando de sacudirse aquella sensación, y entró en el bar, aunque sabía que las cosas no iban a ser tan sencillas. No cuando esa mujer, la que parecía dispuesta a despertar sensaciones en él a cada paso, estaba cerca.

Se había quedado de lo más tranquilo un rato antes, convenciéndose de que aquello solo podía ser una mezcla de cansancio, estrés y... bueno, necesidad acumulada, nada más.

Le podía haber pasado con Cora, como con cualquier otra persona que se hubiera encontrado en su espacio personal.

Vamos, que no tenía de qué preocuparse, pero, aun así, mejor mantenerse lejos de ella. Total, entre ellos nunca había habido una buena relación, no tenía por qué haberla ahora.

Por su culpa, por supuesto, lo sabía.

Nadie lo dudaba, él menos que nadie.

Pero eso tampoco importaba ahora. Eran adultos, podían mantener una relación “normal” y “formal” durante el tiempo que ella estuviera en el pueblo.

Que Asher esperaba que fuera poco.

Sí, así lo haría. Y todo estaría bajo control.

Al menos, eso pensó mientras miraba cómo la señora Ruthie se marchaba satisfecha cuando él le prometió que buscarían su dichosa dentadura.

Como hacía a menudo, cuando necesitaba aclararse las ideas, se acercó a la ventana de la oficina y miró hacia la plaza del pueblo.

Error.

Porque entonces la vio. ¿Y qué demonios estaba haciendo?

De todas maneras, como él no era un tonto impulsivo, no iba a salir de la oficina con la excusa de ir al bar solo para acercarse a ella y averiguar qué hacía asomándose de esa forma por la ventana del bar de sus padres.

No, de ninguna manera.

Mucho menos cuando él ya lo había adivinado, ¿verdad? Porque la conocía. La conocía demasiado bien.

¿De verdad dices eso con orgullo?

Claro que no, era solo un dato.

Así que como el hombre inteligente que era, allí estaba él un momento después, plantado junto a ella, mirando a través de la ventana.

Y entonces, todo se le fue un poco de las manos.

Porque era sorprendentemente divertido hacerla rabiar. Ahora entendía un poco mejor a su yo de niño, el que encontraba un extraño placer en picarla y verla explotar de indignación. Su cara era un poema cuando estaba cabreada, los ojos chispeando y esa forma en la que su expresión dejaba claro lo molesta que estaba.

Esa imagen le provocaba un impulso peligroso: le hacía querer sonreír.

Y eso, desde luego, no le hacía ninguna gracia. Era motivo suficiente para ponerse de muy mala leche y comportarse como el auténtico capullo que siempre había sido con ella.

Y por si todo aquello fuera poco... Para colmo de males, le rozó la mano.

Claro, “por accidente”.

Pero la chispa fue inevitable, tan tangible como la reacción de su propio cuerpo.

¿A qué demonios venía eso?

Si alguna vez se había creído un tipo sensato y prudente, ahora tenía claro que no lo era.

Y si alguna vez pensó que esa reacción que había tenido al tenerla entre sus brazos había sido solo un arrebatado pasajero... ya iban dos de esos “momentos pasajeros” con ella.

Y eso... eso no sonaba nada bien.

Lo único que podía hacer era ser realmente inteligente y mantenerse lejos de esa mujer.

Pero, visto lo visto...

No, de inteligente no tenía ni un pelo.

Y estaba en un jodido problema.



Capítulo 6

Para lo bueno, lo malo y lo particularmente incómodo

Problema era el cuarto nombre de Cora.

Porque los tres primeros eran Cora Mary Jane.

Y no, ni se te ocurra opinar. Ella tampoco lo hacía...

En fin, a lo verdaderamente importante. Los problemas no solo formaban parte de su vida; eran prácticamente parte de su ADN.

Y dentro de su extensa colección titulada “Problemas”, había varias *sublistas*.

Primero, estaban los “Problemas de siempre”: los pequeños desastres cotidianos, casi rutinarios. Después, los que ella misma se buscaba, bien por orgullo, bien porque a veces era más tonta de lo que le gustaría admitir (como quedarse cerrando el bar sola tras un día eterno).

Y, por último, estaban los problemas que la vida le lanzaba de frente, sin previo aviso (como quedarse sin trabajo y terminar de vuelta en Twiddlefork).

En resumen, había problemas en los que ella misma se metía de cabeza y problemas en los que la vida la lanzaba sin darle otra opción.

Quisiera o no.

Tuviera ella la culpa o no.

En este caso en particular, sin embargo, sí que era culpa suya. Porque nadie le había pedido que siguiera allí cuando, en realidad, debería estar descansando, tirada en una cama después de ese interminable viaje en autocar con destino a “El quinto coño”.

O Twiddlefork, que venía siendo lo mismo.

Había pasado el día ayudando a sus padres sin parar, y, como si eso no fuera suficiente, se ofreció también a encargarse del cierre y de la limpieza.

Lista de “Decisiones de las que me voy a arrepentir en cinco minutos,” check.

¿Qué se le había pasado por la cabeza?

¿De verdad pensaba que podía mantenerse en pie una hora más?

Cora suspiró agotada y se acercó a una silla. Apenas había rozado el asiento cuando unos

golpes en la puerta la hicieron saltar.

—¡Joder! ¿Habéis hecho un pacto para asustarme o qué? —exclamó, riendo mientras abría la puerta.

Allí estaban sus dos mejores amigos, Sarah y Richard, plantados frente a ella, con sus enormes sonrisas en sus rostros.

—¿Es en serio? ¿Estás aquí? —dijo Richard, dándole un abrazo de oso antes de palmearle el trasero—. Y vaya, lo sigues teniendo prieto —añadió, guiñándole un ojo.

Cora soltó una carcajada, sin poder evitarlo.

—Bueno, para algo que se mantiene en su sitio... —respondió, antes de girarse hacia Sarah, que esperaba con los brazos abiertos—. Porque pocas cosas se mantienen en su sitio en mi vida.

Sarah, despampanante como siempre, con su melena rubia larga y esos impresionantes ojos azules que parecían sacados de un cartel publicitario, la miró de arriba abajo con una cara llena de satisfacción.

—¡Tonterías! —dijo, separándose un poco y echando un vistazo rápido al pecho de Cora—. Tú sigues teniéndolo todo en su sitio. No como las mías, que son inglesas.

—¿Inglesas? —preguntó Cora, frunciendo el ceño, mientras bajaba casi del todo la persiana de metal.

—Sí, mujer, las tengo por las ingles —dijo Sarah, con un suspiro dramático.

Cora se echó a reír otra vez.

—Pero si las tienes operadas —interrumpió Richard, un hombre alto y robusto, con el pelo castaño oscuro ligeramente desordenado y siempre con esa sonrisa pícaro que hacía imposible tomárselo en serio.

—¿Y qué? —Sarah le dirigió una mirada desafiante—. ¿Te crees que no se caen igual?

Cora, entre risas y sin entender cómo esos dos siempre lograban mejorarle el día, finalmente se dejó caer de nuevo en la silla, soltando un suspiro de alivio.

—Ya te lo dije —dijo Richard, mirando a Sarah—. Teníamos que haber venido antes a sacarla de esta tortura.

Sarah resopló.

—Como si sirviera de algo, se habría quedado igual a ayudar —soltó Sarah, con una sonrisa cómplice mientras se dirigía a la barra—. Además, si hubiéramos venido antes, nos habríamos perdido la oportunidad de aprovechar... ¿Barra libre?

—Ya está la borracha —murmuró Richard, negando con la cabeza al tomar asiento frente a Cora.

—¿Qué? —exclamó ella, llegando hasta la barra—. ¿Que no quieres, dices?

—¡Doble, por favor! —exclamó Richard rápidamente, provocando una carcajada en Cora.

Sarah sonrió mientras regresaba a la mesa, dejó la botella y los vasos, y se sentó junto a Richard.

—Servíos... Yo invito —dijo Cora, divertida.

Richard enarcó una ceja, como si estuviera a punto de corregirla en el “detalle menor” de que la bebida del bar técnicamente no era suya. Y que le tocaría pagarla.

—¿En serio? ¿Tú invitando? Te recuerdo, querida, que estás en el paro.

Cora se encogió de hombros.

—Mira, lo mío es simple. Con trabajo duro y esfuerzo... —hizo una pausa y negó con la cabeza, riendo—. ¿A quién quiero engañar? Pero al menos soy rica en espíritu.

Sarah y Richard soltaron una carcajada. Sarah, sacudiendo la cabeza, comenzó a servir el vino.

—No me lo creo —dijo Richard cuando Sarah dejó los vasos llenos sobre la mesa.

—¿El qué? —preguntó Sarah, observando los vasos de vino detenidamente—. Tienen todos la misma cantidad, ¿no?

Richard puso los ojos en blanco. Otra vez.

—No, borracha, me refiero a que no me creo que la hayan echado —miró a Cora con una mezcla de incredulidad y simpatía—. Si casi habías vendido tu alma a esa empresa.

—Recorte de personal, según ellos —respondió ella, mirando al techo y soltando un suspiro de resignación—. La excusa de siempre.

—Bueno, ellos se lo pierden —dijo Sarah, encogiéndose de hombros.

—Eso espero, porque ahora la única jodida soy yo —Cora aceptó el vaso de vino que le ofreció Richard y se lo bebió de un trago.

—Jodida vas a acabar si sigues bebiendo así —Richard levantó una ceja, divertido—. Te recuerdo que tienes menos aguante que un pez de feria, ¿eh?

Y él lo sabía bien, después de haber estado presente en la primera gran borrachera de Cora... que había consistido en apenas una cerveza.

—Lo mismo me viene bien olvidar un rato —murmuró ella, riéndose mientras se servía un poco más.

—El problema es que lo malo no se olvida ni con todo el vino del mundo —Sarah se bebió su vaso de golpe, suspirando.

—Muy bien, muy bien —Richard le quitó la botella de la mano antes de que sirviera más—. No tengo ganas de pasar la noche con dos borrachas. Una, como mucho.

—Ni yo casada —soltó Sarah, con un deje de ironía.

Richard y Cora se miraron, luego a ella.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó Richard, arqueando las cejas.

Sarah se había casado muy joven con su novio de toda la vida, un compañero de Richard y Cora también. La boda se celebró incluso antes de que ambos terminasen la universidad.

Y ninguno de los dos llegó a terminarla.

Su matrimonio nunca había sido perfecto, pero últimamente parecía que los problemas eran más constantes y difíciles de ignorar.

—Nada nuevo en el infierno —respondió Sarah, su expresión cansada—. Pero paso de hablar de eso ahora. Esta noche es para ti, Cora.

—A mí no me importa compartir el protagonismo —dijo Cora, que prefería hablar de los problemas de los demás antes que de los suyos propios.

Y, por supuesto, así podía añadir “Desviación de temas incómodos” a su lista de “Habilidades especiales”.

—Si hablamos de mi marido, hablamos del tuyo —respondió Sarah, levantando una ceja.

Cora pestañeó, algo confundida.

—Yo... no tengo.

Sarah alzó su vaso en un brindis fingido.

—Por eso mismo.

Cora soltó un gemido al captar la indirecta.

—Ese tema está en la lista de “Cosas de las que no quiero hablar”, y muy arriba, por cierto.

Claro, Sarah se refería a hablar de su ex. Ni de broma iba a ponerse a hablar ahora de ese hijo de la gran...

No, mejor dejarlo en su lista mental de “Cosas que no necesito revivir”.

—Siempre podemos hablar del mío —interrumpió Richard con un suspiro dramático.

Las dos mujeres lo miraron, arqueando las cejas.

—¿De quién? —preguntó Sarah—. Si no tienes...

—De Cam, por supuesto —respondió él, soltando un suspiro exagerado.

Cora gimió al escuchar el nombre de su hermano y miró a su amiga.

—¿Sigue con lo mismo?

—Sí... —confirmó Sarah.

—Cada día más enamorado —confirmó Richard, suspirando con teatralidad.

—Y podrás seguir así toda la vida, pero si no se lo dices... —dijo Cora, repitiendo por enésima vez el consejo que él jamás seguía.

—¿Tú crees que...?

Cora se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de la vida sentimental de mi hermano. Y, sinceramente, tampoco quiero saber nada —añadió rápidamente.

Nunca le había conocido pareja, y prefería mantenerlo así.

Si era heterosexual, homosexual, bisexual, asexual... a Cora no le importaba. Lo único por lo que hablaba de ello era porque su mejor amigo estaba colado por su hermano. Y la verdad, solo de pensarlo...

Iugh. Definitivamente, encabezaba su lista de “Temas que prefiero no imaginar”.

—¿También está en la lista de “Cosas de las que no quieres hablar”? —preguntó Richard, divertido.

—Encabeza la lista —respondió Cora, asintiendo con una sonrisa irónica—. Sigo sin entender

qué le ves —suspiró, pensando en su hermano.

A ver, era guapo, eso no podía negarlo: alto, aunque no tanto como Asher, y con una buena complexión física. Claro, menos musculoso que Asher.

¡A la mierda!

¿Pero qué demonios hacía pensando en ese ser?

—Eso es, exactamente. Lo que no veo —respondió Richard con una insinuación en la voz que arrancó una carcajada a las dos.

—Dios, qué asco —se quejó Cora, haciendo que Richard riera.

—Tiene fijación por los Brady —negó Sarah, divertida—. No va a parar hasta tirarse a los dos hermanos.

Richard puso los ojos en blanco.

—Dicho así, suena a que soy un perverso.

—¿Y no es eso lo que eres? —preguntó Sarah, mirándolo fijamente.

Richard lo pensó un instante, y luego asintió con resignación.

—Va a ser que sí.

Los tres estallaron en carcajadas, olvidando por un momento los problemas que cada uno traía auestas.

—Soy el primero en su lista titulada “Exnovios” —dijo Richard, señalando a Cora con una sonrisa orgullosa.

Cora soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—¿Ex? A lo que tú llamas “ex”, le diría más bien “tres horas de relación”, y eso siendo generosa.

—Venga, esa noche fue legendaria —Richard fingió estar ofendido, llevándose una mano al pecho en un gesto teatral—. Hasta donde recuerdo, te hice mi reina del baile, ¿no?

—Ya ves —intervino Sarah, con una sonrisa divertida—. Todavía me acuerdo del silencio sepulcral en el pasillo cuando el quarterback “mojabragas” del equipo se paró delante de nuestras taquillas para pedirle una cita nada más y nada menos que a... —hizo un gesto dramático, señalando a Cora con ambas manos.

—Hasta los libros se me cayeron —rió Cora, recordando el momento como si fuera ayer.

—Y las bragas también —añadió Sarah, haciendo que los tres se doblaran de la risa.

Cora, entre carcajadas, recordó la mezcla de nervios y vergüenza que había sentido en aquel momento.

—¡Qué mal lo pasé, por Dios! —exclamó, secándose las lágrimas de tanto reír—. Richard, eras el chico guapo del instituto, y yo... pues bueno, yo era Cora.

Cora nunca había sido la chica que llamaba la atención al entrar en una sala. No es que fuera fea, pero tampoco era el tipo de chica que robaba suspiros. Con su piel un poco propensa al acné y sus eternos brackets, era fácil que pasara desapercibida.

Y, sinceramente, lo prefería así.

Si alguien se giraba a mirarla, solía ser porque había tropezado y tirado algo al suelo o porque, en sus días más desafortunados, se le habían quedado las bragas enganchadas en el vestido al salir del baño.

¿Cuchicheos y risas?

Sí, en eso era una maestra.

Como si tuviera un título honorífico en “Momentos para morir de vergüenza”.

En resumen, Cora nunca había sido la chica a la que los chicos perseguían o miraban dos veces.

En el consejo estudiantil, sin embargo, era una pequeña leyenda.

Aunque prefería pasar inadvertida, su rol como organizadora de eventos la empujaba al centro de todas las actividades del instituto. Ya fuera montando la feria benéfica (en la que la máquina de algodón de azúcar explotó, llenando a medio colegio de azúcar rosa), o en la fiesta de bienvenida (donde el toro mecánico descontrolado casi se llevó por delante a media clase), Cora siempre estaba allí, intentando aparentar que todo estaba bajo control mientras en realidad solo controlaba su propio pánico.

Esa era la “fama” que tenía: “Cora, la que organiza las cosas”.

Y, para ser justos, organizaba con un estilo un poco... explosivo. Para algo tenían que servirle sus listas, ¿no?

Hasta que, por culpa de Richard, dejó de ser tan invisible.

—Tan mal no lo pasamos, venga —la interrumpió Richard, mirándola con una sonrisa nostálgica—. Fue... —se quedó en silencio, buscando la palabra exacta, mientras Cora se encogía de hombros, divertida, porque ambos sabían lo que iba a decir.

La escena se repetía como una película antigua en su cabeza. Habían ido al baile juntos, se rieron, bailaron y, después de un rato, él le había propuesto salir a “tomar el aire”.

Y pasó lo que tenía que pasar.

O más bien, lo que ambos pensaban que tenía que pasar.

—Traumático —interrumpió Cora, con una sonrisa irónica—. No hay otra manera de describirlo. Fue traumático. ¿Te recuerdo lo que dijiste al terminar?

—No hace falta, gracias —rio Richard, tratando de evitar lo inevitable.

Pero Cora, como siempre, no iba a dejarlo pasar.

—Terminas de “debutar” conmigo y sueltas: “Definitivamente, me gustan los hombres.”

Richard se llevó las manos a la cara, riendo avergonzado, mientras Sarah soltaba una carcajada tan fuerte que casi se atraganta con el vino.

Podían contar la historia miles de veces que siempre los hacía reír.

—Venga, que fue una revelación importante —dijo Richard, todavía riendo—. Además, no lo dije por ti, es que... ya sabes, no fue exactamente como en las películas.

—Como si fuera una gran sorpresa —se burló Cora—. Para mí tampoco fue la noche soñada, ¿sabes? Ahí, apretujados en un coche, incómodos y sin saber muy bien qué hacíamos... No sé

qué esperaba de mi “noche mágica” —sí lo sabía, pero no iba a decirlo—. Pero desde luego que no era eso.

—En mi defensa debo decir... —dijo Richard, levantando una mano—. El acto en sí fue bueno, ¿eh?

—Bueno... a ver... —Cora se encogió de hombros, riéndose mientras Sarah la miraba, expectante.

—¡Bah! —exclamó Richard, poniendo los ojos en blanco—. Déjalo, siempre encabezaré tu lista de exnovios, aunque sea por puro trauma.

Cora se rio, dando otro sorbo al vaso que Sarah le acababa de rellenar.

Sí, siempre sería el primero en esa lista, aunque no su primer amor, pero eso nadie tenía que saberlo.

Sarah puso los ojos en blanco y levantó su vaso, sonriendo con sarcasmo.

—Bueno, yo encabezaré la lista de “Quién se divorcia antes” —dijo con un suspiro dramático, dando un sorbo a su vino y luego mirándolos como si nada.

Richard y Cora intercambiaron una mirada curiosa, hasta que él levantó una ceja.

—¿Eso va en serio o es otra de tus exageraciones?

Sarah se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que, en realidad, no sentía.

—Matt me engaña.

¡La leche!

—Bueno... o cree que me engaña. Porque, si lo sé, ¿me está engañando o no?

¿Engañándola?

El nivel de vino en la botella comenzó a disminuir drásticamente.

Y, a medida que avanzaba la noche, las botellas parecían multiplicarse al brindis de ¡A la mierda el amor!

—¡Y a la mierda Asher Parker! —exclamó Cora de repente, un raro más tarde, en un arranque de sinceridad motivado por el alcohol y tras escuchar el drama de Sarah—. Por cierto, hijos de la gran... —no se calló, solo que lo dejó a medias porque la pobre se despachó bien—. ¿Por qué nadie me dijo que ese ser había vuelto?



Capítulo 7

Que alguien nos traiga un manual para esto

La leche que se pegó Cora al intentar saltar la valla del jardín fue de antología. Vamos, que no se abrió la cabeza de milagro.

Porque no se la había abierto, ¿verdad?

Asher se acercó un poco, suspirando y negando con la cabeza mientras contemplaba el despropósito en que Cora Brady había convertido su noche.

¿Pero qué demonios hacía esa mujer allí?

Pues allí estaba, hecha un saco de huesos en una postura que él habría considerado incompatible con la vida... o al menos, con seguir caminando al día siguiente.

Tirada sobre lo que él, en un alarde de optimismo, llamaba jardín (aunque en realidad era poco más que un trozo de tierra seca que no veía una gota de agua desde tiempos inmemoriales), Cora gruñó como si fuera un animal herido. Muy herido.

Y, para ser sinceros, bastante animal también.

Pero estaba viva, y eso era un alivio... o una complicación, dependiendo de cómo se viera.

Durante un segundo, Asher recordó su firme promesa de mantenerse alejado de esa mujer.

Se planteó darse la vuelta, regresar a su casa y dejarla ahí, con la esperanza de que, de alguna manera, ella misma encontraría el camino de vuelta a su casa.

Quizás con el amanecer, como un gato callejero al que finalmente le entra la nostalgia del sofá mullido.

Pero no. Asher resopló, sabiendo que aquello no iba a ocurrir. Ni Cora iba a regresar sola a su casa, ni su yo de treinta y cuatro años era tan desalmado como para dejarla tirada en su (no tan) jardín a la intemperie.

—Maldito sentido de la integridad... —murmuró.

Cuando era un niño y no lo tenía, todo era más fácil.

Ahí estaba ella, con el cabello enredado, una mejilla pegada al suelo y un brazo en una posición que desafiaba la lógica de la anatomía humana.

Asher habría jurado que había tenido una noche de lucha libre contra sí misma... y que había

perdido.

Él había visto la escena desde casi el principio.

Estaba en la cocina, tomándose un vaso de agua a esas horas en que todos dormían (o al menos, eso pensaba él, porque evidentemente, había quien no lo hacía, sino que empinaba el codo), cuando un ruido en el exterior llamó su atención. Se asomó por la ventana, esperando ver, tal vez, un gato callejero.

Después de todo, eso era Twiddlefork, la ciudad donde ni las moscas delinquían.

Genial, pensó, con la mano ya en la pistola, que en su oficio nunca estaba de más. Al final iba a tener un poco de entretenimiento y todo.

Pero el “delincuente” resultó ser una figura muy conocida para él.

Una figura que él había intentado mantener fuera de sus pensamientos y que sabía que tenía que mantener lejos de su vida.

Pero ahí estaba, como si el universo estuviera dispuesto a burlarse de él.

En cuanto la reconoció, suspiró y se olvidó de la pistola, decidiendo en su lugar observar cómo el desastre se desarrollaba a cámara lenta, directamente ante sus ojos.

Cora, con su entusiasmo característico (y sus pésimos cálculos), intentaba lanzar una pierna sobre la valla. La escena era todo un espectáculo: la pierna izquierda pasaba, el cuerpo se balanceaba y, por supuesto, la pierna derecha quedaba muy por detrás.

Un metro veinte medía esa maldita valla, que parecía empeñada en impedir la gran entrada de Cora. Él, desde la ventana, solo pudo mirarla, sorprendido, preguntándose qué estaba haciendo.

¿Por qué quería colarse en su casa?

¿De noche, además?

Vamos, no me jodas, pensó entonces cuando la posibilidad de que no estuviera “muy centrada”, se formó en su mente.

Con un último impulso, Cora intentó el gran salto... y falló de forma monumental, cayendo de bruces en su (no tan) jardín.

¡Oh, señor!

Asher dejó el vaso de agua en la encimera y agachó la cabeza.

Es Cora. Y eres Asher. Simplemente pasa de ella.

Salió de la casa, suspirando profundamente mientras se acercaba a la catástrofe humana que estaba tirada en el suelo.

Cuando llegó hasta ella, la miró, incrédulo, con las cejas arqueadas y un suspiro cansado. Y, por qué no reconocerlo, divertido.

Porque estaba borracha, seguro.

O eso o loca, aunque eso ya le venía de serie.

—Cora... —suspiró pesadamente—. ¿En serio?

Y tan en serio...

Ella sacó la cabeza de debajo de su brazo, tratando de enfocar los ojos y mirarlo con una mezcla de curiosidad y desconcierto. Tenía el pelo hecho un desastre, los ojos entrecerrados y el tipo de expresión que le hacía pensar que probablemente veía el mundo en technicolor y, quizás, en tres dimensiones de más.

No es que él fuera un experto en borracheras; de hecho, hasta el último año, había sido tan cauteloso que rara vez pasaba de un par de copas. Pero, los últimos meses, ese límite había sido un poco más flexible, gracias a una serie de acontecimientos que prefería no recordar en ese momento.

Así que un poco de idea tenía.

—Esa soy yo —respondió finalmente ella, tras una pausa dramática que él no supo si era para recordar su propio nombre o simplemente para encontrar palabras que tuvieran sentido en su mente borrosa.

Borracha no, ¡estaba como una cuba!

—Ya lo veo, ya... —murmuró Asher, incapaz de ocultar la ironía en su voz.

Con un esfuerzo monumental, Cora se revolvió, girando hasta quedar tumbada bocarriba, y soltó un gruñido bajo. Se quedó un momento en esa posición, como si el cielo oscuro fuera el punto de mayor interés, y luego volvió a mirarlo...

O al menos lo intentó.

—Cora Mary Jane Brady —dijo ella en tono ceremonial, con una seriedad solemne, como si su nombre fuera una especie de revelación.

Claro, como si él no supiera cómo se llamaba.

Con la cantidad de chistes que Asher le había hecho desde que eran niños, tenía su nombre grabado a fuego en la memoria. Pero parecía que ella, en esta noche en particular, necesitaba reafirmar hasta lo más básico.

Mientras tanto, Cora intentaba, sin demasiado éxito, incorporarse del suelo con un esfuerzo que bordeaba lo heroico.

Asher, que llevaba observando esta lucha interna unos segundos, resopló, decidiendo que ya era suficiente. Se acercó, extendió una mano para sostenerla, y prácticamente cargó con ella cuando quedó claro que, por sí sola, no iba a poder mantenerse en pie.

—¿Cuánto has bebido? —gruñó Asher, sosteniéndola con firmeza, como quien sostiene una bolsa de patatas a punto de reventar, aunque esta bolsa estaba lejos de quedarse quieta.

La expresión en el rostro de Cora, entre divertida y confusa, solo aumentaba sus sospechas y su frustración.

¿Y con quién?

¿Y por qué?

Pero esas preguntas se las guardó para él, claro.

Porque, claro, a él no le importaba nada que tuviera que ver con Cora Brady. Lo único que le preocupaba era asegurarse de que esta mujer desastrosa no terminara afectando su paz mental...

O su entropierna.

Spoiler: sí tenía motivos para preocuparse. Y muchos.

—No he bebido —mintió ella descaradamente, con una sonrisa de inocencia que en otro contexto podría haberle funcionado.

Con otros, claro, con él no.

Asher puso los ojos en blanco, sin molestarse en lo más mínimo en disimular su escepticismo.

—Claro que no... —dijo, dejando caer las palabras con toda la ironía posible.

Cora le lanzó una mirada ofendida, como si él acabara de acusarla de algo totalmente injusto.

—¿Cómo sabes que he bebido?

—Porque es evidente —respondió él, con un suspiro paciente—. Y, además, apestas a alcohol.

Ella pareció tomarse aquello como un reto, porque, sin pensarlo, se inclinó hacia él y le echó el aliento en la cara, como si eso pudiera contradecir la afirmación.

Asher parpadeó, conteniendo una mueca, mientras el olor a vino y lo que parecía un leve toque de tequila se mezclaban en el aire.

—¿Sí? —preguntó ella, con una sonrisa traviesa, como si realmente esperara que él se retractara.

Él resopló, agarrándola con más fuerza por la cintura para mantenerla en pie mientras asentía con la cabeza.

—Te aseguro que sí. Apestas.

—Oh... —murmuró ella, pensativa, como si le acabara de revelar algún secreto sorprendente.

Entonces, con esa misma expresión de concentración total, levantó una mano y comenzó a contar con los dedos, sus labios moviéndose mientras sus ojos intentaban fijarse en algún punto del horizonte.

—Uno... dos... tres... —susurró, frunciendo el ceño y tambaleándose un poco más.

Estaba claro que recordar cuántas copas llevaba encima le estaba exigiendo el mismo esfuerzo que resolver una ecuación de física cuántica.

Dio un paso adelante, tropezando consigo misma, y Asher tuvo que ajustar su agarre para evitar que se desplomara por completo.

—Joder... —murmuró él, con una mezcla de resignación y cansancio—. Demasiado. Bebiste demasiado, Cora.

—¡Cuatro! —exclamó ella de repente, triunfante, alzando el dedo como si acabara de resolver el mayor enigma de su vida—. ¡Cuatro chupitos... de vino!

Asher la miró, incrédulo. ¿Cuatro chupitos?

No había forma de que solo fueran cuatro.

Apenas podía mantenerse en pie, y esa historia le sonaba tan absurda como irreal.

—¿Cuatro chupitos? —repitió, sin podérselo creer.

—O... o... cinco —balbuceó Cora, con una sonrisa perdida mientras se tambaleaba—. Es que... Sarah... —suspiró, deteniéndose de golpe.

Luego, con un movimiento tambaleante, llevó los dedos a la cabeza, formando unos cuernos imaginarios.

Asher observó el gesto, tratando de entender, hasta que la respuesta le cayó como un balde de agua fría.

—¿Cuernos? —preguntó en voz baja.

—Hijo de la gran puta —escupió ella, cargada de rabia, aunque el tono le salió débil, casi desinflado.

Ahí estaba la respuesta a sus preguntas. Ahora todo empezaba a tener sentido.

—Y... y Richard... —continuó Cora, arrastrando las palabras como si le costara recordar hasta el nombre—. El... el brindis... “¡A la mierda el amor!” —murmuró, recitando el brindis como si aún escuchara el eco en su cabeza.

Así que se emborrachó con ese par...

¿Pero cómo, por el amor de Dios, ese par la dejó volver sola a casa en ese estado?

Porque seguramente ellos estarían aún peor.

Richard... Si alguna vez tenía la oportunidad, Asher le estamparía el puño en la cara sin dudar.

¿Por qué?

La respuesta a esa pregunta no era tan sencilla como debería. No tenía una razón concreta; o, al menos, ninguna que estuviera dispuesto a admitir en voz alta.

Porque... porque...

Porque, se dijo, ningún amigo dejaba a alguien tirado en ese estado, menos aún si era mujer. Menos, todavía, de noche.

Eso no era un amigo, ni era nada.

Como si tú fueras su amigo, se dijo otra vocecita interna, un poco más amarga.

Y decidió ignorarla.

—O... seis, ¡porque... porque...! ¡Bienvenida! —dijo Cora de repente, como si acabara de recordar el motivo de la celebración—. Bienvenida, Cora —la última frase la gritó como si brindara ante una multitud invisible.

Asher soltó un bufido sarcástico.

—¿Así que era una fiesta de bienvenida? —preguntó, con ese tono irónico que le salía sin esfuerzo—. Pues vaya bienvenida...

Cora soltó una carcajada ronca y se tambaleó, buscando a tientas un nuevo apoyo. Encontró uno adecuado en el pecho de Asher, al que se aferró con fuerza. Alzó la vista hacia él y sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza, borrachera y una chispa de travesura que, a juzgar por la cara de él, no auguraba nada bueno.

—¿Nos tomamos el... el...? —Cora frunció el ceño, visiblemente enfrascada en un combate a muerte con las matemáticas—... ¿Otro?

Asher, exasperado, negó con la cabeza.

Por el amor de Dios...

—Ni siquiera eres capaz de contar del uno al cinco y ¿quieres tomarte otro...?

—¡Eso es porque soy de letras! —proclamó ella.

Se soltó de su agarre y le lanzó una mirada extraña, una mezcla entre burla y confusión que dejó a Asher preguntándose cuál sería el próximo “dilema” que ella decidiría resolver.

De repente, Cora entrecerró los ojos y lo miró como si lo viera por primera vez, con un gesto de repulsión teatral que terminó en un resoplido lleno de desprecio.

—¿Asher? —dijo, como si acabara de descubrir que el nombre le sonaba de algo—. ¿Asher “el insoportable sheriff” Parker?

Él puso los ojos en blanco. Vaya, había añadido lo de sheriff.

¡Y a buena hora se daba cuenta de que era él!

—¿Qué haces en mi casa otra vez?

—La pregunta correcta es qué haces tú en la mía —replicó él.

—¡Fuera de mi casa! ¡Acosador! —Cora, con una expresión indignada y el dedo señalando a la nada, le dio la espalda con el dramatismo de una diva de teatro.

Asher suspiró, resistiendo la tentación de echarse a reír.

¿Acosador? Perfecto.

Justo lo que le faltaba para rematar la noche.

—Te van a escuchar todos los vecinos —advirtió, aunque sabiendo de antemano que ese aviso iba a pasar desapercibido, igual que todo lo demás.

—¡Pues que me escuchen! —gritó Cora con toda la indignación que una persona con cuatro (o catorce) copas encima puede reunir.

Pues no sería mala idea, después de todo, lo mismo era Cameron quien los escuchaba y se la llevaba de allí. Adonde debía estar: lejos de él.

Cora casi se cae de bruces.

—Cora... ¡Por Dios!

A ese paso se rompería la crisma antes de llegar a la cama.

¡Y lo culparían a él, que era lo peor!

—¡Joder! —exclamó ella, soltando una risotada mientras él la sujetaba justo a tiempo para que no se partiera los dientes—. Deberías probarlo, Asher.

—¿Partirme los dientes? —gruñó él, con la ceja arqueada—. ¿O la cabeza?

—¡Beber! ¡Beber hasta olvidar! —respondió ella, como si fuera el secreto de la felicidad, y se removió en sus brazos.

Asher, viendo que aquello iba a durar, suspiró y la dejó ir con cautela. Cora, finalmente liberada, se dejó caer con un desplome nada elegante en el suelo, como si hubiera encontrado el asiento más cómodo del universo.

Cora se quedó en el suelo, mirando al techo con una intensidad casi filosófica, como si el

sentido de la vida estuviera escondido allí.

—Ayuda, ¿sabes? —murmuró de pronto, con una voz que ya no sonaba tan borracha.

Asher, que se había acucillado a su lado, suspiró.

No preguntes...

—¿A qué?

¿Por qué nunca se hacía caso?

—A olvidar... —dijo ella, y esta vez no reía.

La mirada perdida se había vuelto melancólica, y él, como el tipo inteligente que era, sabía que no debía preguntar.

—¿Qué quieres olvidar?

Sí, muy inteligente...

Ella giró la cabeza y lo miró. Y lo miró tan fijamente, con esos ojos serios, que Asher sintió que el suelo se tambaleaba un poco bajo sus pies.

—Todo —susurró—. Todo...

Asher tragó saliva. Su impulso fue soltarle una broma para quitarle peso al momento, pero algo en su expresión lo detuvo.

—Ya... Pues mira, mientras duermes, también se olvida, así que venga —dijo, levantándola otra vez con un esfuerzo considerable—. A la cama.

Se arrepintió en el mismo momento en que dijo esa palabra. No porque su cuerpo reaccionara, a ver, que esa mujer estaba borracha.

Como una cuba, por Dios.

Y él no era un enfermo mental.

Si no por cómo lo miró ella después de soltar un gritito ahogado que seguramente despertó a medio vecindario.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente, Asher “sexy” Parker?

Asher gimió.

De todas las cosas que esperaba escuchar esa noche, esa definitivamente no estaba en la lista. Desde luego, el alcohol hacía maravillas.

—¿Desde cuándo soy “sexy”? ¿No era el insoportable?

No era su intención preguntarlo en voz alta, más bien era una reflexión mental.

Cora asintió con tanto entusiasmo que casi se mareaba de nuevo, tambaleándose un poco antes de recuperar el equilibrio.

—Una cosa no quita la otra —dijo ella, con una seriedad absurda.

Se acercó más a él y lo miró a los ojos.

—Aunque ahora me gustas más —susurró ella.

Estaba borracha, no había que hacerle ni puñetero caso.

Pero Asher no pudo evitar querer sonreír y que algo extraño se instalara en su estómago al escucharla decir eso.

—Estás borracha —dijo él, para repetírselo más a sí mismo que a ella.

Ella asintió repetidamente con la cabeza, afirmándolo.

—Mucho —reconoció—. Por eso me gustas.

—Dejaré de hacerlo cuando estés sobria.

Ella soltó una risa irónica.

—Eso espero. ¿Pero y si no es así?

Asher tragó saliva mientras miraba esos impresionantes ojos verdes.

Joder, los tenía tan cerca. Le brillaban tanto.

Como cerca tenía sus labios.

Asher no pudo evitar mirarlos más tiempo del que debería y gimió cuando su entrepierna le hizo saber que ya no podía hacerse la dormida más.

Cuando volvió a mirarla a los ojos, Asher negó con la cabeza.

—No te preocupes, Cora —aunque parecía él el que más preocupado estaba—, entre nosotros no pasará nada.

—¿Por qué no? —dijo ella, de pronto, con el ceño fruncido y soltándose de su agarre como si hubiera descubierto una injusticia universal.

Porque, simplemente, no podía ser.

Porque él no podía estar con nadie.

—¿Es porque estoy en el paro? —preguntó ella entonces.

Asher tuvo que morderse el labio para no reír, y agradeció que ella le recordara lo borracha que estaba.

—Por eso va a ser, sí... —respondió.

Entonces, con una determinación que desafiaba tanto a la gravedad como a todo el alcohol que corría por su sistema, Cora se puso de puntillas y se acercó tanto a su cara que sus narices casi se rozaron.

Asher se quedó inmóvil, sorprendido, mientras ella lo miraba fijamente, sus ojos brillantes y decididos, aunque claramente desenfocados.

—Ya sé que no te gusto, Asher “mi ex amor” Parker —murmuró con un tono casi teatral.

Él enarcó las cejas.

—¿Tu qué? —lo que le faltaba por escuchar— Cora... a la cama —repitió, con la paciencia que uno solo reserva para las situaciones más absurdas—. Que mañana me acordaré de todo esto, ¿sabes? Y te lo voy a echar en cara.

—Como siempre —bufó ella, encogiéndose de hombros con el dramatismo exagerado de una actriz de telenovela—. ¡Siempre contra mí! ¿Por qué me odias?

Él soltó un resoplido.

—No te odio...

Pero ojalá te odiara.

De hacerlo, no pensaría en ella de otra forma.

Volvió a sujetarla, guiándola con cuidado hacia la puerta, esperando que esta vez no se escapara de su agarre.

—Pero no te gusto —insistió ella, claramente ofendida y mirando al suelo como si hubiera descubierto una nueva y grave afrenta.

Asher arrugó la nariz y lanzó un suspiro teatral.

—No, en este momento, no mucho —admitió.

—Tú a mí tampoco, que lo sepas —replicó ella, dándole un empujoncito en el pecho tras soltarse de su agarre por enésima vez.

Asher suspiró, agotado.

Esa mujer tenía más fuerza borracha que sobria, y una energía que ni el alcohol parecía poder sofocar.

—¡Así que... fuera de mi casa! —vociferó Cora, señalando al azar hacia un punto en el aire, como si aquel gesto pudiera guiarlo hasta la puerta.

En su estado, sin embargo, la orientación era solo una ilusión. Luego, con toda la dignidad que le permitía su tambaleo, agregó:

—Me voy a dormir.

Y, con esa declaración grandiosa, se giró y comenzó a caminar decidida... hacia la casa de él.

Asher puso los ojos en blanco, otra vez, y se apresuró a interceptarla.

—Pero en tu cama —dijo, intentando guiarla en la dirección correcta con una paciencia que ya rozaba el límite.

—Pues eso, ¡tú a la tuya! —exclamó ella, agitándose como si él fuera una mosca molesta a la que podía espantar con un gesto.

—Cora, tu cama no está por ahí... —intentó de nuevo, intentando no perder la paciencia.

—¡Sabré yo dónde está mi cama! —protestó ella con una certeza absoluta.

No había manera de hacerla entrar en razón. Era como discutir con una fuerza de la naturaleza.

Asher soltó un suspiro, ya al borde de la paciencia, y finalmente se inclinó para levantarla cual saco de patatas, decidido a terminar con aquella comedia de una vez por todas.

Pero, para su sorpresa, Cora reaccionó con la agilidad de un ninja borracho.

Sin previo aviso, le lanzó una patada directa a la espinilla que lo hizo aullar de dolor.

—¡Oh, por el amor de...! —gimió, llevándose la mano a la pierna mientras intentaba no perder el equilibrio.

¿Quién habría imaginado que ella tenía tanta puntería en este estado?

Aprovechando su momentánea ventaja, Cora se coló dentro de la casa con una rapidez que desafió toda lógica.

—¡Maldito capullo! ¡¿Qué demonios quieres de mí?! —exclamó con una teatralidad digna de un Óscar, elevando una mano al cielo como si fuera una actriz en pleno monólogo trágico.

Asher apenas tuvo tiempo de reaccionar. Apenas cruzó la puerta y Cora cayó de bruces en el sofá, quedando desparramada en una posición imposible.

En cuestión de segundos, ya estaba roncando.

Suspiró, observándola un momento. Se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos, intentando procesar el caos que acababa de presenciar.

¿En qué momento su noche se había complicado tanto?

No, mejor dicho, ¿en qué momento su vida se había complicado tanto?

Asher tenía la sensación, una de esas corazonadas que siempre prefería ignorar, de que aquello solo era el comienzo. El inicio de un desastre que llevaba su nombre, que se movía como un huracán y roncaba como un camión.

Esa mujer iba a complicarlo todo...

No ella, sino lo que ella provocaba en él, que al final era lo mismo.

Pero él no podía permitirse un error. No ahora, cuando estaba tan cerca de terminar con todo lo que lo había mantenido atado durante tanto tiempo y empezar de cero, libre por fin.

Necesitaba mantenerse alejado de ella, dejar claro ese límite invisible que separaba su vida tranquila de la tormenta que Cora traía consigo.

Pero entonces la miró de nuevo.

Ahí estaba, boca abajo en el sofá, con un brazo colgando, los dedos rozando el suelo, y el pelo desparramado como un caos enredado a su alrededor.

Hecha un verdadero desastre.

Y por alguna razón, en ese momento, no pudo evitar recordarla segundos antes, tambaleándose borracha, con los ojos brillando y diciendo con total convicción:

“Me gustas.”

Asher se obligó a sacudir la cabeza, repitiéndose que aquello no significaba nada. Porque él sabía que los borrachos...

Bueno, los niños y los borrachos son los únicos que dicen la verdad, le recordó una molesta voz en su cabeza.

No, eso no era así, se corrigió a sí mismo.

Porque él, borracho, había dicho muchas estupideces.

Él, borracho, también le había dicho a quien no debía que la quería, que no podía olvidarla ni estar lejos de ella... cuando, en realidad, la odiaba.

La odiaba más que a nada en el mundo.

Así que, no, no había que tomarse en serio las palabras de un borracho.

Volvió a mirarla, asegurándose de que seguía profundamente dormida. Se repitió que tenía que enfocarse en lo que realmente importaba: en recuperar su vida, en su plan, en su libertad. No en Cora Brady, por más que cada parte de su ser estuviera gritando lo contrario.

Por más que la deseara.

Porque la deseaba. Aunque pareciera una locura.

Aunque no tuviera ningún sentido, sobre todo cuando solo hacía unas horas que había vuelto a verla.

Y, joder, en realidad, desde que la había conocido, podría decirse, ¿no?

Y, sin embargo, ahí estaba él, su cuerpo y su mente necesitándola de un modo que no podía explicar.

Y ahí estaba ella, como si la vida se empeñara en ponérsela cerca solo para tentarlo.

Pero tenía que mantenerse alejado de ella. Fuera como fuera.

Por eso haría lo que tenía que hacer, lo lógico, lo inteligente: llamar a su hermano para que se ocupara de ella.

Sacó el teléfono del bolsillo y buscó el contacto de Cameron. Se llevó el dedo al botón de llamada, pero entonces...

La miró.

Suspiró y, poco a poco, retiró el dedo de la pantalla sin hacer la llamada.

—Maldición... —murmuró, guardando el teléfono de vuelta en el bolsillo.

Ser inteligente nunca había sido su punto fuerte, al parecer.

Mañana, lo sería mañana.



Capítulo 8

Crónica de una vergüenza anunciada

Cora gimió al notar el frío suelo en su trasero. Se había caído de la cama... o, al menos, eso pensó al principio.

¿Por qué le sonaba tanto esa situación? ¿Un déjà vu o una típica escena de sus “Mañanas que preferiría no recordar”?

Con el ceño fruncido, se incorporó y se dio cuenta de que no estaba sobre una cama, sino sobre un sofá.

Un sofá desconocido, además.

Parpadeó, tratando de enfocar la vista, y miró a su alrededor. No, definitivamente esa no era su casa.

Y... por fortuna, tampoco parecía haber nadie más.

Se levantó de un salto, y un nuevo dolor se activó en cada rincón de su cuerpo. ¿Por qué, por el amor de Dios, le dolía absolutamente todo?

Entonces lo recordó. Y lo olió. El alcohol...

Sabía que esto pasaría. No tenía una, sino varias listas con “Razones por las que no debería beber,” y cada una contenía su recordatorio de que el alcohol la dejaba con la memoria hecha un queso suizo y con dolores en músculos que ni siquiera sabía que existían.

Pero ni caso: había vuelto a beber más de la cuenta, y esa sensación de vacío en su memoria no la tranquilizaba en absoluto.

Miró frenéticamente a su alrededor, como esperando encontrar alguna pista de dónde estaba exactamente.

Y luego, por si acaso, se miró a sí misma.

Suspiró de alivio. Estaba bien: ni esposada, ni desnuda, ni... nada fuera de lo normal, salvo el dolor de cabeza y el caos de su cabello.

Bien, Cora, respira, se dijo a sí misma.

Al menos no parecía haber ocurrido nada escandaloso. ¡Menos mal!

Cora miró a su alrededor, confundida. La sala era sencilla, pero pulcra. No había fotos ni detalles personales que le dieran alguna pista de dónde estaba. Solo una manta tirada en el brazo del sofá (la misma que, suponía, alguien le había echado encima en algún momento de la noche) y una mesita de centro con un vaso de agua vacío.

Lo que faltaba para el cuadro de “resaca con misterios”. Se pasó una mano por la frente, tratando de recordar.

Sarah... Richard...

¿Estaba en casa de alguno de esos dos? Sería lo más normal, ¿no?

Pero ahí, como un relámpago, la imagen de unos ojos oscuros, mirándola con esa mezcla de exasperación y diversión.

¿Asher Parker?

No se cayó al suelo de milagro otra vez.

No, no podía ser. Ella no podía estar en casa de ese hombre.

¡¿Qué pintaba ella en casa de ese hombre?!

A no ser que él... ¡Maldito!

Se acercó hacia una ventana que daba a la calle. Apartó un poco la cortina y, al ver la casa de enfrente, reconoció el vecindario de inmediato. Sin lugar a dudas, esa era su calle y...

Estaba en la casa de Asher Parker.

—¿Pero qué demonios hago aquí? —murmuró para sí misma, pasándose una mano por el cabello despeinado.

En su mente empezaron a aparecer fragmentos de la noche anterior, pero nada tenía demasiado sentido. Recordaba haber discutido... o ¿había sido coqueteo? Recordaba su propio tono de voz, diciéndole a alguien (¿a él?) que le gustaba.

—¡Ah! —gritó a pleno pulmón, con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

¿Que había dicho qué?

¿A quién?

—Madre mía, estoy oficialmente loca.

Miró de nuevo a su alrededor, como si la respuesta a todo este misterio pudiera aparecer de repente. Y entonces, sobre la mesa grande del salón, encontró un vaso de zumo de naranja, un par de pastillas y... una nota.

Cora alzó una ceja, sintiendo que el alivio inicial de no estar esposada o desnuda se desvanecía al ver el papelito. Lo cogió, preparándose para cualquier cosa, y leyó:

“Para cuando tu dignidad se despierte (junto contigo). Asher “el insoportable sheriff” Parker.”

Justo cuando pensaba que, tal vez, con la edad, él había dejado de ser el capullo que recordaba...

Oh, vamos, ¡eso sería imposible! Una cosa era ser educado al volver a verla, y otra muy distinta era que esa supuesta educación adulta se mantuviera con el tiempo.

Era Asher Parker, después de todo.

La indignación le subió como una ola de calor, acompañada de una lista mental de insultos perfectamente aplicables.

—¡Idiota! —masculló, arrugando la nota entre los dedos.

¿En serio?

¿Era necesario ese comentario?

Miró el zumo y las pastillas con suspicacia.

¡Iba a bebérselo su prima!

¿Y si estaba envenenado? ¿O... qué demonios eran esas pastillas, eh? ¡A saber! Pero ella no iba a acabar peor de lo que ya estaba, gracias.

Con un bufido de indignación, miró alrededor, localizó sus zapatos, se los puso y salió de allí a toda velocidad.

Cerró la puerta de la cancela de Asher detrás de ella y corrió hacia su casa. Cuando llegó, abrió la cancela de su casa rápidamente y estaba cerrándola, tratando de recuperar el aliento, cuando oyó la voz de su hermano.

—¿De dónde vienes? —preguntó Cameron, mirándola con una expresión curiosa. Ya estaba vestido y listo para irse al trabajo.

Cora se quedó con la puerta a medio cerrar, el corazón latiéndole a toda prisa.

—Voy, Cam. ¡Voy! —contestó, intentando sonar despreocupada.

—Pero si no te vi salir de casa...

—¡Pues espabila, que es hora! —exclamó ella.

No quería dar explicaciones, y menos a su hermano.

—¿Vas al bar? —preguntó él, siguiéndola sin entender nada.

Por desgracia, pensó Cora.

—¿Dónde, si no? —respondió, tratando de sonar convincente.

Por tu culpa, además.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? No voy a quedarme en casa sin ayudar en nada, ¿no?

—Ya... —Cameron caminaba a su lado, mirándola con esa expresión de hermano que le resultaba irritante—. Pero hoy es lunes.

—Perfecto, el inicio de semana... —dijo ella, tratando de mantener la dignidad.

—Nunca hemos abierto el bar los lunes. Es el día de descanso de papá y mamá.

Cora se paró en seco. Miró a su hermano, que estaba justo a su lado, con las cejas alzadas y los brazos cruzados, esperándola con cara de “a ver cómo sales de esta”.

—Lo sé —dijo, con un tono que intentaba ser convincente.

—¿Ah, sí?

—Por eso he decidido ir hoy... ¡A limpiar! —soltó, improvisando sobre la marcha.

Por cierto, la noche anterior ¿llegó a limpiar o no?

—Ya veo...

—Sí... Nos vemos después. En casa. Cuando hayas terminado de trabajar y yo...

—De limpiar.

—Eso mismo —dijo con una sonrisa que intentaba ser despreocupada, y le hizo un gesto con la mano para despedirse.

Cameron la miró en silencio, y cuando ella ya estaba a punto de girarse para marcharse, la llamó de nuevo.

—Cora...

—¿Cam? —se giró, forzando una sonrisa inocente.

—Mientes fatal. Lo sabes, ¿no? —dijo él, mirándola con una mezcla de diversión y paciencia.

Cora suspiró, con una lista mental rápida de respuestas posibles, todas ellas igual de absurdas. Él resopló.

—Anda, vete a dormir la resaca.

—¿Tanto se me nota? —preguntó ella, acercándose de nuevo con un suspiro de resignación.

—Todo, Cora. Eres como un libro abierto para todos, y sigues sin darte cuenta —contestó él, riéndose suavemente.

—Eso no es bueno, ¿verdad? —murmuró ella, mordiéndose el labio.

—No, no lo es —respondió él, dándole una palmada suave en el hombro—. Y menos cuando empiezas a despertar en sofás que no son los tuyos —dijo para su sorpresa.

Cora lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Pero cómo...?

—Anda, entra y descansa antes de que mamá te vea con esa cara. ¡Y dale las gracias a Asher cuando lo veas! Menudo espectáculo debiste montar...

Perfecto.

Si el pueblo a esas alturas no sabía que ella, borracha, había pasado la noche en casa de Asher “el insoportable sheriff capullo” Parker, ahora ya lo sabría gracias a los pulmones de su hermano.

Y, para colmo, Cora notó cómo varias cortinas de las casas vecinas se movían discretamente, con alguna que otra cara ya asomándose por las ventanas.

Una invasión de cotillas listas para absorber hasta el último detalle del escándalo.

Se imaginó los rumores corriendo como la pólvora: “¿Te enteraste? Cora Brady, la hija de los Brady, la que volvió al pueblo, pasó la noche en casa del sheriff Parker.”

Podía imaginar otra escena: la señora Thompson en la tienda de comestibles, cuchicheando con la cajera, o las viejas amigas de su madre en la iglesia, susurrando con aire preocupado sobre lo “escandaloso” de que una chica como ella “se portara de esa manera”.

Claro, añadirían que no es que alguien como Cora mereciera ese escrutinio.

Pobre muchacha, después de todo lo que ha pasado.

Porque, según ellas, ya sabían de sobra lo que “le pasó” y lo difícil que debió ser para ella volver al pueblo.

Incluso sabían cosas que ni ella misma recordaba haber vivido, como si todo lo que fuera de su incumbencia estuviera en un libreto que el pueblo manejaba con esmero.

¡Mierda!

Era exactamente lo que más temía de volver aquí: que cada paso en falso se convirtiera en un drama del que todo el pueblo se apropiara.

Pero no, no podía permitirse hundirse ahora.

Respira, Cora.

Era momento de buscar su lista de “Frases de *autoánimo* que debo repetirme cuando quiera que la tierra me trague” y recitarla como si le fuera la vida en ello.

1. *La gente se olvida de las cosas... tarde o temprano.*
2. *Siempre puedo fingir amnesia selectiva.*
3. *O, si no, siempre puedo planear mi mudanza. (Otra vez.)*

Y si eso no servía, tal vez simplemente añadir más puntos a la lista de “Razones para odiar a Asher Parker,” porque ese hombre parecía tener el don de aparecer en su vida justo cuando ella necesitaba calma, para convertirlo todo en un desastre absoluto.

Tenía que mantenerse alejada de ese ser; en eso se resumía todo.

¡Él tenía la culpa de todo!

¡Siempre tendría la culpa de todo!

No, definitivamente volver al pueblo no había sido una buena idea.



Capítulo 9

¿Planear? Ja, dice el destino

Mantener las distancias en un pueblo tan pequeño como Twiddlefork era prácticamente imposible.

Especialmente cuando los padres de Cora eran dueños del único bar del lugar, el mismo donde Cora trabajaba ahora y donde Asher desayunaba todos los días.

Porque, claro, ¿a dónde más iba a ir?

Para colmo, el bar estaba justo frente a la comisaría. Entre ellos solo se interponían una pequeña plaza, un par de bancos y una fuente casi decorativa, que apenas servía como una barrera simbólica entre sus vidas.

Y, para colmo, vivían en casas contiguas.

Así que, quisieran o no, terminaban viéndose más de una vez.

Sin embargo, sin necesidad de hablarlo, ambos parecían haber llegado a un acuerdo tácito: ignorarse en la medida de lo posible.

Las únicas palabras que cruzaban eran las de una camarera y su cliente. “Un café, por favor”. “Aquí tienes, con leche”. Esa era la dinámica: fría, distante y perfectamente funcional, al menos mientras estuvieran en el bar.

Si se cruzaban en otro lugar (en la tienda, donde Cora a veces compraba provisiones para el bar, o en la calle), el intercambio era breve y superficial. Un “hola” educado, un “hasta luego” murmurando al pasar, y cada uno seguía su camino como si no se conocieran más que de vista.

A veces, sus miradas se cruzaban desde lejos, cuando él se asomaba a la ventana de la comisaría y la veía al otro lado de la plaza, charlando con algún vecino o barriendo la acera. En esos casos, un leve gesto con la cabeza era lo único que se permitían, como si fueran simples conocidos.

Para cualquier espectador casual, parecían poco más que dos vecinos cordiales, manteniendo las distancias con una cortesía casi exagerada, como si ambos se esforzaran por demostrar que entre ellos no había absolutamente nada especial.

Y durante unos días, funcionó. De alguna manera, lograron mantener la paz mental. Cada uno

sumido en su rutina, como si el otro no existiera.

Podría decirse que lo sobrellevaron bien.

Pero, ¿pensaban que podían mantener esa paz fingida por mucho tiempo?

Porque sí, esa calma era fingida.

Lo sé yo.

Lo sabes tú.

Igual que sabemos que ninguno dejaba de pensar en el otro ni de estar pendiente, aunque fuera de reojo.

Es más, diría que se esmeraban demasiado en pretender que esa indiferencia era real.

Pero las cosas no funcionan así.

A la vida le encanta meterse en asuntos ajenos y, en este caso, no iba a desaprovechar la oportunidad.

¿Querían mantenerse alejados? Pues a la vida eso le parecía un aburrimiento total.

Así que, un día cualquiera, todo cambió.

La distancia dejó de ser una opción, y ya fuera por destino, mala suerte, o la pura ironía de vivir en un pueblo diminuto, la vida se encargó de empujarlos el uno hacia el otro.

Porque cuando la vida decide que algo tiene que pasar, puedes dar por hecho que, te guste o no, va a ocurrir.



Capítulo 10

El destino no juega limpio (ni respeta la privacidad)

Todo empezó una mañana cualquiera, cuando Cora salió de casa y abrió el buzón, como solía hacer desde que vivía allí. Era una costumbre que tenía desde pequeña, sin saber muy bien por qué, y ahora que estaba de vuelta, la retomaba como si nunca se hubiera ido.

Miró el contenido del buzón: la factura de la luz, propaganda electoral... Resopló. Lo mismo de siempre. Hasta que un sobre distinto llamó su atención: un despacho de abogados...

¿Un despacho de abogados?

Pestañeó, extrañada. Solo al mirar el sobre más de cerca, se dio cuenta del error. La carta no era para nadie de esa casa, sino para Asher Parker. Esa y otra más.

¿El universo quería meter a Asher en su vida hasta en los detalles más pequeños? Porque si así era, deberían añadir esa rareza a su lista de “Señales del universo que me sacan de mis casillas”.

—Mamá —dijo, al ver salir a su madre al porche—, ¿quién es el cartero?

Su madre, una mujer bajita, rubia y delgada, la miró con sorpresa y cierto desconcierto, como si la pregunta no tuviera mucho sentido.

—¿El cartero? —preguntó, parpadeando.

Cora, vestida con un pijama arrugado y una bata que apenas le abrigaba, asintió con la cabeza.

—Pues... el mismo de siempre.

Cora frunció el ceño, mirando los ojos marrones de su madre.

—¿No se jubiló?

—Por Dios, Cora —dijo su madre, sacudiendo la cabeza—, si es más joven que nosotros.

—Jum... —refunfuñó su padre, que estaba al lado, dándole la razón a su esposa.

El hombre alto y algo pasado de peso, con el pelo canoso y los mismos ojos verdes de sus hijos, ya había dado su opinión con un simple “jum”.

Cora suspiró, mirando las cartas en su mano.

—¿Por qué? —preguntó su madre, alzando una ceja.

Cora le mostró la correspondencia.

—El cartero se equivocó. Estas cartas son para el vecino. Para el sheriff. Se las llevaré.

—Yo... —su madre extendió la mano para tomar las cartas—. Ya que voy a salir, puedo llevárselas yo.

Pero Cora sujetó la correspondencia con firmeza.

—No, yo se las llevo —respondió—. De todas maneras tengo que verlo.

Si sus padres malpensaron algo, no dieron ninguna señal. Su madre simplemente se encogió de hombros.

—Está bien. Nos vemos en el bar.

—Sí...

Esperó a verlos alejarse y volvió a fijarse en una de las cartas. ¿Un despacho de abogados?

¿Qué tendría que ver Asher con abogados?

Y ¿por qué le importaba a ella?

Bueno, no le importaba en absoluto. O al menos eso pensaba, hasta que, como buena cotilla, observó con detalle el nombre de la firma: “Noble & Star”. Lo añadiría a su lista de “Misterios sin resolver relacionados con Asher Parker”, que ya incluía su inexplicable capacidad para sacarla de quicio y su habilidad para aparecer justo cuando menos le apetecía verlo.

Con una mezcla de fastidio y curiosidad, se dirigió al buzón de Asher. Justo cuando iba a meter las cartas, una voz repentina la hizo saltar.

—¿Qué haces? —preguntó Asher, apareciendo de repente.

Las cartas volaron alrededor de ellos, y Cora, completamente sorprendida, intentó disimular el sobresalto mientras se inclinaba para recogerlas.

—¡Joder! —se quejó Cora—. Pero qué manía con asustarme.

Asher enarcó las cejas.

—Si quieres, me pongo un cascabel para anunciar mi llegada —dijo con tono irónico.

Cora puso los ojos en blanco, sin molestarse en disimular su fastidio.

—Pues mira, no vendría mal. Como si fueras una cabra —replicó mientras se incorporaba, tras recoger las cartas.

Asher la observó por un instante, y su expresión se tornó un poco más seria al señalar lo que tenía en su mano.

—¿Qué hacías? —preguntó.

Mirarte, básicamente, pensó Cora.

Porque sí, una cosa era mantener las distancias y otra cosa muy diferente era ignorar el hecho de que Asher era bastante atractivo.

Demasiado, diría.

Añadiría sus “ojos oscuros”, su “pelo negro”, su “mandíbula perfecta” y “esa dichosa sonrisa” a la lista de “Razones por las que Asher Parker no es bueno para mi paz mental”, por no hablar

de que su presencia le hacía olvidar hasta cómo disimular su propio asombro.

—¿Cora? —dijo él, sacándola de sus pensamientos—. Que qué hacías.

Ella parpadeó y, sintiendo un calor repentino en las mejillas, extendió las cartas hacia él, maldiciéndose por la vergüenza que ahora le quemaba el rostro.

Desde luego, si alguna vez intentaba una carrera como criminal, estaba claro que no tendría ninguna oportunidad durante un interrogatorio.

—Ah... Venía a darte esto. Por alguna extraña razón, el cartero se equivocó y las dejó en mi buzón. Extraño, porque la dirección está bien, lo comprobé.

Asher tomó las cartas y las miró por un momento. Al mirar el remitente, alzó la mirada hacia ella con un gesto de desconfianza.

—¿Seguro que fue eso lo que pasó? —preguntó, con un tono repentinamente frío y borde.

Cora lo miró, entre incrédula y molesta. Otro punto para su lista: “Capacidad de hacer que me hierva la sangre.”

—¿Perdón?

—¿Estás segura de que fue el cartero quien se equivocó? —insistió, con los ojos clavados en ella.

Cora soltó un bufido y lo miró desafiante.

—¿Y a mí qué me cuentas? —le espetó, con un tono de borde que rivalizaba con el suyo.

—Tú lo has dicho —respondió él, alzando una ceja con sospecha, como si tuviera que resolver un caso criminal.

¿Sospecha de qué? ¿De que ella tenía algún tipo de complot para husmear en su vida?

Añadiría “paranoico” a su lista.

—Claro, porque lo supongo. Si la carta estaba en mi buzón y no en el tuyo, ¿no?

—¿Estás segura de que el cartero la dejó ahí?

—¿Qué estás insinuando? —Cora entrecerró los ojos, molesta.

La actitud de Asher la estaba sacando de sus casillas.

A la mierda lo guapo.

Ese tío era gilipollas.

—Mira, no —dijo Cora, levantando la mano justo cuando él abrió la boca para replicar—. No me interesan las tonterías que se te pasan por la cabeza. Porque, seguro, serán algo como que estoy hurgando en tu correo... Y la verdad, no tengo ganas de que me llames acosadora otra vez.

Le lanzó una mirada fulminante y se dio la vuelta para marcharse de allí. O al menos lo intentó, porque apenas dio dos pasos cuando ya se había tropezado. Maldiciendo entre dientes, bajó la vista hacia sus pies y soltó un resoplido exasperado.

¿Por qué llevaba una zapatilla suya y otra de Cameron? Entre eso y las pintas que llevaba... En fin...

Maldito idiota, pensó, con la mandíbula apretada, volviendo al tema.

Lo fue siempre y lo seguiría siendo. Si ya lo decía el dicho, que la gente no cambiaba.

¿Y ella todavía le estaba haciendo favores?

Gimió.

¡No! ¡No de esa manera!

Ya le gustaría a ella...

¡Cora!



Capítulo 11

Un empujón no solicitado (y otro más)

¿Ves?

No hizo falta mucho para que sus caminos volvieran a cruzarse. Un pequeño empujoncito: unas cartas mal entregadas que provocaron una conversación tensa...

Pero no fue suficiente.

Cada uno siguió su camino, ignorando al otro. O, mejor dicho, fingiendo que se ignoraban.

Eso solo era una fachada.

Lo sé yo.

Lo sabes tú.

El deseo no es algo que se apaga tan fácilmente, especialmente cuando ni siquiera ha tenido oportunidad de arder de verdad.

Así que... ¿Por qué no darles un empujoncito más fuerte?

Después de todo, esto solo acababa de empezar.

Y fue así como llegó la segunda vez. Esta vez no fue solo un simple encuentro casual; el destino se encargó de que no pudieran deshacerse tan fácilmente el uno del otro.

Las apuestas en la partida de la vida subieron y, para su desgracia, quedaron atrapados en el juego.

Literalmente.

¿Que qué pasó? Sigue leyendo, te lo cuento.

Porque pueden intentarlo todo lo que quieran, pero, al final, ya sabemos quién va a ganar esta batalla.



Capítulo 12

Imprevistos del destino: capítulo dos

Cuando Asher pensaba que ya había visto todo lo surrealista que aquel pueblo podía ofrecerle (desde perseguir gallinas hasta rescatar fajas compresoras extraviadas, dentaduras postizas olvidadas e incluso salvar un hámster de la furia de un gato), ahora se encontraba con una escena que superaba cualquier otra.

Allí estaba Cora Brady, sentada en el arcén de una carretera, mientras su camioneta, o más bien la de sus padres, echaba humo.

Literalmente.

La pobre criatura tenía la mirada fija en el horizonte, como si meditar frente a una columna de humo fuese una actividad perfectamente normal para una tarde de miércoles.

Y no es que estuviera llamando a emergencias o revisando el motor con desesperación, no. Cora simplemente estaba ahí, en completa serenidad, como si estuviera esperando que el universo resolviera el asunto por ella.

Asher asumió que habría llamado a alguien. A Cameron, probablemente. Seguro que su ayudante no tardaría en ir a rescatar a su hermana. Así que él no tenía que detenerse ni inmiscuirse.

Además, tenía que recordar que, por su salud mental, debía mantenerse lejos de esa mujer.

Y eso es lo que iba a hacer: seguir de largo y olvidarse del asunto.

Justo entonces, unas gotas de agua empezaron a caer sobre el cristal de la furgoneta que él conducía.

Al mirar por uno de los espejos retrovisores, vio a Cora levantando la cabeza hacia el cielo y luego extendiendo una mano, con la palma hacia arriba.

Al frente, Asher. Mira al frente y sigue. Recuerda lo que tienes que hacer.

Y como sabemos que él era un hombre muy inteligente...

Resoplando en señal de derrota, dio un volantazo y frenó en seco en el arcén unos metros más adelante.

Podía intentar engañarse todo lo que quisiera que la inteligencia, estaba claro, no era su fuerte.

—¿Problemas? —preguntó Asher, acercándose a ella, aunque sabía perfectamente la respuesta.

Cora desvió la mirada hacia él y lo observó un instante, quizás más de lo necesario, antes de negar con la cabeza. Mientras se levantaba, se sacudió el pantalón con un gesto casual, casi despreocupado, y Asher tuvo que recordarse que no debería estar siguiendo la dirección exacta de sus manos.

Se obligó a mantener la mirada en su rostro, pero fijarse en esos detalles tampoco iba a ayudarlo. Cora no llevaba ni rastro de maquillaje; siempre parecía ir con la cara al natural, o al menos eso creía él, por lo que había observado hasta el momento.

Que no era mucho, recuerda, porque él no la miraba a lo lejos ni de reojo.

Para nada.

Su piel estaba limpia y despejada, y su larga melena, recogida en una cola de caballo, dejaba al descubierto cada uno de sus rasgos. Sus ojos parecían más grandes así, su nariz, más respingona y sus labios... más llenos.

Todo tenía una frescura que lo desarmaba y, de paso, le hacía maldecir a su propio cerebro por fijarse en esas tonterías.

—Todo bajo control, no te preocupes —dijo ella, haciendo un gesto con la mano, como si el humo de la camioneta no fuera más que un detalle insignificante—. Puedes seguir tu camino.

Asher arqueó una ceja.

—¿De verdad crees que soy tan desalmado como para dejar a alguien abandonada en la cuneta?

Bueno, había considerado hacerlo, pero eso no iba a decírselo.

Cora se acercó justo cuando él, después de abrir la puerta de la camioneta, rebuscaba hasta encontrar la palanca para abrir el capó.

—¿Eso es seguro? —preguntó ella, con una expresión de duda en su rostro.

Él la miró, con las cejas alzadas y una expresión que claramente decía: “¿A mí me vas a cuestionar?”

—Es que... ya sabes, la camioneta parece a punto de explotar —dijo ella, metiéndose las manos en los bolsillos de sus vaqueros ajustados.

Unos vaqueros que, por supuesto, él pasó completamente por alto, porque en ningún momento se fijó en lo bien que le quedaban, ni en cómo se ajustaban a su cuerpo, ni tampoco se fijó en que el jersey verde combinaba perfectamente con sus ojos.

No, en absoluto.

—¿Tienes alguna intención de arreglarla o estás esperando que llueva para apagarla? —preguntó Asher, más borde de lo que le hubiera gustado.

Pero es que ya se estaba poniendo de mala leche.

En especial porque Cora, con toda la calma del mundo, se giró dándole la espalda, ofreciéndole una vista impecable de su... figura.

Claro, la culpa era de ella, por ser dueña de semejante espectáculo. ¿De quién más?

Idiota, se dijo a sí mismo mientras levantaba el capó con cuidado de no quemarse.

Cora resopló, visiblemente molesta. Evidentemente, su tono no le había caído en gracia.

Bueno, mejor. No había absolutamente nada en él que tuviera que gustarle.

—Por desgracia, ni el agua ni la buena voluntad arreglan motores —contestó ella con un suspiro irónico.

—¿Llamaste a alguien? —preguntó él, intentando enfocarse en el motor y no en... otras distracciones—. ¿A Cameron? ¿A la grúa?

—Llamé a mi hermano, pero tardará un poco. Parece que lo tienes ocupado jugando al héroe.

—Perfecto. Eso quiere decir que te has quedado con el segundo en la lista de "Rescatadores de emergencia" —murmuró Asher, más para sí mismo que para ella.

Pero al ver la expresión de Cora, se arrepintió al instante de haberla mirado.

—No eres mi segunda opción, Parker —replicó ella con una sonrisa ladeada y una chispa desafiante en la mirada—. Más bien, eres la última en todas mis listas. Y eso contando con que estés.

Asher la miró un segundo. Intentó evitarlo, pero no pudo contener la sonrisa que se formó en sus labios.

—Pues en ese caso, la próxima vez que me encuentre en mitad de la carretera esperando que alguien me salve, me aseguraré de no llamarte —replicó, un poco divertido.

—Vaya —dijo ella, con una sonrisa que se ensanchaba cada vez más.

Él, que ya tenía la cabeza metida en el motor, la miró de reojo, sospechando lo peor.

—No sabía que Asher Parker tenía sentido del humor.

Asher suspiró, tratando de ignorar la pícara sonrisa que Cora le regalaba en ese momento.

—No empieces, Brady —murmuró, concentrándose.

O al menos intentándolo.

Ella se había puesto a su lado. Se cruzó de brazos, en un gesto aparentemente casual, sin dejar de mirarlo.

Él trató de ignorar cómo ese simple movimiento hacía que sus pechos se alzaran ligeramente, como si cada detalle en su postura estuviera diseñado para poner a prueba su paciencia... o su autocontrol.

Decididamente, pensó Asher, aquello no iba a ser fácil.

¿Por qué demonios se había detenido?

—Tranquilo, no se lo diré a nadie. Hay que proteger tu reputación de tipo serio, aburrido y borde.

Borde, sobre todo. Claro, especialmente con ella.

Lo de serio, vale, se lo compraba.

Pero ¿aburrido? Eso sí que no. No en todo caso. No en lo que realmente importaba.

—¿Sabes lo que estás haciendo o solo estás fingiendo? —preguntó Cora con una sonrisa de desafío en los labios.

Asher estuvo a punto de resoplar.

¿Que qué estaba haciendo? El idiota, si se juzgaba a sí mismo en ese momento. Con esos pensamientos distraídos y todo lo que sabía que debía evitar.

Y ¿fingiendo? A ver, ¿en serio hacía falta responder a eso?

Al mirarla para contestarle, la encontró tan cerca que olvidó lo que estaba haciendo por un instante. Ella lo miraba con una ceja arqueada, la mirada fija y la sonrisa a medio camino entre la ironía y el reto.

Y él ahí, preguntándose cómo diablos había llegado a esa situación.

—¿Tú qué crees? —espetó, con un tono que rozaba lo borde.

Cora suspiró.

Si es que era un desagradable, pensó Asher mientras veía cómo la chispa de humor que hacía que los ojos de ella brillasen, desaparecía.

—Entonces... ¿hay esperanza para el motor? —preguntó ella, seria.

Justo en ese momento, como si el universo decidiera añadir más dramatismo a la escena, las gotas de lluvia comenzaron a caer con más fuerza.

Asher resopló, lanzando una última mirada al motor antes de cerrarlo con un golpe seco.

—Con que salgamos de aquí antes de empaparnos, me doy por satisfecho —murmuró mientras se apartaba del vehículo y señalaba al coche patrulla con la cabeza—. Coge lo que necesites y súbete. Está muerta —añadió, refiriéndose a la camioneta.

Cora miró la camioneta humeante y luego a él, levantando una ceja.

—¿Vamos a dejarla aquí? No explotará ni nada, ¿no?

Asher asintió, ya caminando hacia su coche.

Otra cosa me va a explotar, pensó.

Dos cabezas, para ser exactos. La de arriba...

Y la de abajo.

—Mandaré a que la recojan —respondió, abriendo la puerta del copiloto para ella justo cuando la lluvia empezaba a caer con más intensidad.

Cora dudó un instante, pero finalmente cogió su bolso y se dirigió hacia la camioneta de Asher. Él intentó hacer un malabarismo discreto, inclinándose sutilmente hacia atrás para evitar que ella se acercara demasiado a su espacio personal, en especial a ciertas partes de su anatomía que prefería mantener a salvo.

Sin embargo, en su esfuerzo por esquivar el contacto más evidente, terminó dejando vulnerable su costado, que acabó rozando el pecho de Cora cuando ella se dispuso a entrar en la camioneta.

Fue un roce breve, apenas un contacto accidental, pero lo suficiente como para que Asher se tensara, sintiendo su respiración detenerse por un segundo.

Con un esfuerzo consciente por recomponerse, soltó el aire de golpe y cerró la puerta del lado de ella con más fuerza de la necesaria, mientras intentaba recuperar la compostura.

Asher dio la vuelta hasta el asiento del conductor y se acomodó, exhalando con fuerza mientras giraba la llave en el contacto.

Nada. Solo un sonido débil y, después, un silencio absoluto.

Carraspeando, volvió a intentarlo, aunque en el fondo ya sabía que sería inútil.

—A veces cuesta que arranque —murmuró, intentando restarle importancia, aunque por dentro estaba maldiciendo a aquella condenada camioneta.

Y al mecánico. ¿No se suponía que estaba arreglada ya?

Al parecer, no.

Ni estaba arreglada ni era la primera vez que le daba problemas, ni la primera vez que lo dejaba tirado en algún lugar.

¿Tan pobres estaban en la comisaría como para no darle un coche nuevo? A ese paso, iba a terminar planteándose comprar uno él mismo.

Pero de momento... estaba claro que aquella reliquia estaba tan muerta como la de Cora.

—¿Es en serio? —preguntó ella.

—Arrancará —mintió Asher, volviendo a girar la llave con más esperanza que convicción.

Y, por supuesto, nada. Solo el silencio.

Entonces, la escuchó reír. Al principio fue un simple suspiro divertido, pero enseguida se transformó en una carcajada abierta que llenó el interior de la camioneta. Cora, con la cabeza hacia atrás y una mano en el pecho, reía sin ninguna contención.

Asher se quedó mirándola, sorprendido y algo embelesado. La observó, fijándose en la expresión despreocupada que había tomado su rostro.

Y, por primera vez desde que la vio ese día, sintió cómo la tensión que llevaba encima empezaba a disolverse.

La situación, de pronto, le pareció tan absurda que incluso él terminó sonriendo, rindiéndose un poco al contagio de su risa.

—Si lo raro es que este chisme siga en circulación —dijo ella entre risas, limpiándose las lágrimas mientras lo miraba con una expresión divertida.

Asher soltó un suspiro.

—Es la camioneta del viejo sheriff —respondió él.

—Joder, las cosas en este pueblo no cambian —replicó ella, sin poder contener una sonrisa.

Bueno, él no estaba tan seguro de eso. Ellos habían cambiado.

Y mucho.

La sonrisa de Cora se desvaneció gradualmente al notar la mirada fija de Asher. Carraspeó y desvió la vista hacia la ventana, rompiendo el contacto visual justo cuando él hacía lo mismo, como si ambos hubieran llegado a la misma incómoda conclusión.

—A ver si Cameron no tarda mucho —dijo ella, más para llenar el silencio que por convencimiento.

Buscó su móvil en el bolso y comenzó a moverlo, pero su ceño se frunció al instante.

—No hay cobertura —anunció.

Asher suspiró, asintiendo con una mueca; estaba mirando su propio móvil, y el resultado era el mismo.

Se pasó una mano por el pelo, frustrado.

Perfecto, lo que le faltaba. Tirado en medio de una carretera, con dos coches averiados, sin cobertura y con una tormenta que parecía arreciar cada vez más.

Y con Cora.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella finalmente.

Asher contuvo un suspiro.

Irme de la vida, pensó Asher con ironía.

—Esperaremos un rato a que pase el temporal —respondió, observando cómo las gotas de lluvia se acumulaban cada vez con más fuerza sobre el parabrisas, mientras el cielo se oscurecía rápidamente.

Ambos se quedaron en silencio, escuchando el sonido de la lluvia que parecía tragarse el mundo a su alrededor.

No podrían decir cuánto tiempo se quedaron allí, en completo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—No va a parar, ¿verdad? —dijo entonces Cora, soltando un suspiro pesado.

—No —admitió él, decidiendo que era inútil engañarla—. Y no creo que quedarnos aquí sea seguro.

Llevaba un buen rato dándole vueltas a qué hacer. Si la lluvia seguía así, podrían quedarse atrapados.

—¿Volvemos andando al pueblo? —preguntó ella, mirando la carretera casi oculta tras la cortina de agua.

Él negó con la cabeza, girándose hacia ella.

—Está demasiado lejos. Además, esta carretera suele inundarse cuando llueve así. No voy a arriesgarme a que te pase algo.

Ella resopló, claramente molesta.

—No soy una mujer que necesite un caballero de brillante armadura, Asher. Puedo caminar y mojarme sin problemas, no hace falta que me "protejas" —bufó, tomándose a mal su comentario.

Asher puso los ojos en blanco.

—Créeme, nunca te he considerado débil.

Ella lo miró, parpadeando, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—¿No?

—¡Claro que no! —exclamó él, mirándola con sinceridad, ofendido.

Porque lo estaba.

¿De verdad ella pensaba que él la veía como alguien frágil?

No, definitivamente no lo conocía en absoluto. A saber qué más cosas podría estar asumiendo de él.

Claro que, ¿de quién era la culpa?

—Oh... —murmuró Cora, alzando una ceja con una mezcla de sorpresa y curiosidad—. Entonces, ¿qué tienes pensado que hagamos?



Capítulo 13

Cuando el plan B es simplemente juntos

Cora estaba segura de que se habían perdido.

—¿Seguro que la cabaña está por aquí? —preguntó, sin poder contener la impaciencia mientras trataba de no resbalar en el barro.

¿Llevaban caminando... cuánto?

Una eternidad, al menos, según sus pies empapados. Ya se había resignado a la idea de llegar chorreando, pero el bosque oscuro y espeso empezaba a parecerle el decorado de una mala película de terror.

Y a ella no le gustaban las películas de terror.

—Sí, está cerca —respondió él, sin siquiera girarse.

Cerca. Claro.

Eso llevaba diciéndole desde que se bajaron del coche.

¿Tenía que creerlo?

Y ahí radicaba el principal problema: si tuviera que hacer una lista con las “Personas en las que confío ciegamente”, Asher no solo no estaría en ella, sino que se encontraría encabezando la de “Posibles sospechosos de asesinarme en el bosque”.

Porque, a ver, ¿qué sabía ella realmente de él?

Desde luego, no tanto como le gustaría en una situación como esa.

¿Y si era un psicópata?

Una se pasa la vida pensando que conoce a las personas y, de repente, se entera de que el amable vecino de al lado colecciona objetos sospechosos en el sótano.

¿No sería mucho más fácil que él, siendo medio desconocido, tuviera una doble vida?

Mentalmente, repasó algunas listas imaginarias:

1. *Personas que me arrastrarían al bosque durante una tormenta: Asher*

Parker.

2. Personas que probablemente podrían asesinarme y salir impunes en un pueblo donde no pasa nada: otra vez, Asher Parker.

3. Personas que jamás debería haber seguido bajo una lluvia torrencial sin plan de escape: adivina...

Cora gimió.

Bueno, pensó, mejor que me torturase él a que lo hiciese otro desconocido.

¿En qué tipo de torturas estás pensando, Cora?

—¿Seguro que no habríamos llegado antes al pueblo? —preguntó Cora con un bufido, tratando de no sonar demasiado desesperada mientras miraba a su alrededor, el barro salpicando a cada paso.

Porque, sinceramente, dudaba de que estuvieran yendo en la dirección correcta.

Lo mismo él se había perdido también y no lo quería admitir.

Verás que acababan como el rosario de la Aurora.

—¿No habría sido mejor quedarnos en el coche? Aún podemos volver, ¿eh? —propuso, aunque sabía que eso a Asher le sonaría a sacrilegio.

Otra cosa para añadir a su lista de “Defectos de Asher Parker”: Incapacidad para considerar opciones cómodas.

Cora resopló, apartándose un mechón de cabello mojado que se le pegaba a la cara como un adhesivo molesto, dándole un aspecto de gato empapado. Por supuesto, el paraguas, en su infinita generosidad, había decidido romperse justo a los tres pasos de empezar a llover.

Claro, no podía ser de otra manera: era el mismo paraguas que él llevaba en la camioneta. Normal que se rompiera, si tenía más años que la propia camioneta, que ya era mucho decir. Probablemente había sobrevivido a más tormentas que ella, y hoy, finalmente, había decidido jubilarse.

Con la paciencia ya al límite, se dio la vuelta, dispuesta a hacer el camino de regreso, porque estaba claro que eso era lo más sensato. Pero antes de que lograra dar siquiera un paso en la dirección contraria, Asher la agarró del brazo con suavidad, pero con firmeza, y la instó a seguir adelante.

—¿No estarás asustada? —preguntó él, con una ceja enarcada y esa sonrisa molesta instalada en los labios.

Ella lo miró con incredulidad.

No, no podría verlo como un asesino aunque quisiera, y... bueno, así le iba.

—¡Por favor! —respondió, adelantándose... y entonces frenó en seco, dándose cuenta de un pequeño detalle: no tenía ni idea de a dónde iba.

Cora miró a su alrededor, tratando de orientarse en vano. Con su sentido de la orientación, lo más probable es que terminara guiándolos hasta un embalse lleno de cocodrilos.

Deteniéndose, hizo un gesto con la mano para que Asher retomara la delantera y lo siguió, mientras refunfuñaba para sí misma.

Definitivamente, "Andar en el bosque bajo la lluvia" acababa de entrar en su lista de "Decisiones estúpidas que alguna vez me parecieron buena idea".

Mientras el barro se colaba en sus zapatillas y el frío se adhería a su ropa empapada como una segunda piel, Cora trató de distraerse. Como siempre, su mente empezó a armar listas con esa mezcla de frustración y resignación que la mantenía cuerda... más o menos.

1. *¿Qué demonios hago aquí?*
2. *Hacer una lista de posibles enfermedades que pillaré después de esta aventura.*
3. *Cuánto daño podría hacerle a Asher si le lanzo el paraguas roto a la cabeza.*

Probablemente bastante.

—Ahí está —dijo él finalmente, señalando hacia adelante.

Cora alzó la vista, siguiendo la dirección de su dedo, y luego lo miró a él con incredulidad.

—¿Eso es lo que tú consideras un refugio mejor que el coche?

La "cabaña" era más bien la versión de pesadilla de un refugio: oscura, medio escondida entre los árboles, y con un aire tan abandonado que daba más miedo que protección.

A simple vista, parecía lista para colapsar al primer soplo de viento fuerte.

—Fantástico —murmuró, con sarcasmo—. No sé si estamos buscando refugio o convirtiéndonos en protagonistas para un documental de desapariciones misteriosas.

Asher, sin embargo, la miraba con absoluta normalidad, como si ese destartado refugio fuera poco menos que un acogedor albergue de montaña.

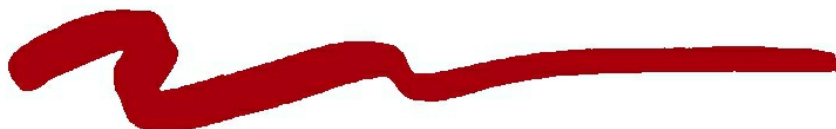
—No esperaba un hotel de cinco estrellas, pero... —murmuró Cora, todavía en shock, mientras sus ojos repasaban cada centímetro de la fachada inclinada.

—Es mejor que quedarnos empapados en mitad del bosque —respondió él, encogiéndose de hombros y avanzando hacia la puerta sin esperar su aprobación.

—Ya, pero es que no tendríamos que estar en mitad del bosque, sino en la carretera, dentro de un coche —replicó Cora, cruzando los brazos mientras lo miraba con escepticismo.

Asher, que ya había abierto la puerta y evaluaba el interior de la cabaña con rapidez, se giró hacia ella y alzó una ceja.

—¿Entras o no?



Tenía que haber dicho que no.

No a entrar en la cabaña.

No a seguir a Asher al bosque en busca de esa cabaña.

No, en primer lugar, a subirse al coche de Asher.

No a Asher Parker, siempre.

Porque si hubiera dicho que no a cada uno de esos impulsos cuestionables, ahora no estaría en aquella situación.

¿Que cuál era la situación? Sí, justamente lo que te estás imaginando que puede pasar en una cabaña en medio del bosque con Asher Parker como compañía.

Aquello era un desastre.

Y es que la cabaña tenía tanto de “refugio” como una cueva llena de murciélagos, y lo único que faltaba era que los murciélagos fueran reales.

Para empezar, el lugar era un amasijo de madera vieja, cubierto de polvo y con un olor a humedad que casi podía palparse. En cada esquina había una capa de telarañas. Genial, con eso no iban a sobrevivir la tormenta, pero al menos contaban con la decoración adecuada.

Y gratis.

Menos mal que tenía electricidad.

—¿Pero el guardabosques sigue trabajando? —preguntó ella, mirándolo con una mezcla de asombro y un toque de preocupación.

Asher la miró, parpadeando, y luego se encogió de hombros, como si estuviera en el Ritz.

—No tengo idea, pero yo no pondría mis esperanzas en eso —respondió él, mirando las paredes como si aquello fuera de lo más normal del mundo.

Cora examinó el suelo, que estaba cubierto de telarañas, y el techo, que goteaba en al menos tres lugares distintos.

Le lanzó una mirada de incredulidad a Asher.

—No me digas que aquí vienen los equipos de rescate a descansar...

Asher soltó una risa irónica.

—Si vienen aquí a descansar, está claro por qué están todos fuera de servicio.

Cora sacudió la cabeza, intentando no tocar ninguna de las telarañas colgantes que la rodeaban.

—Perfecto. Así que estamos atrapados en el refugio antilluvia más deprimente del planeta.

—Tampoco exageres —dijo Asher, abriendo un desvencijado armario.

Tras revolver un poco entre trastos olvidados, sacó algunas mantas y las dejó caer sobre el colchón de una cama que parecía a punto de colapsar. En el proceso, levantó una nube de polvo que los hizo toser.

—¿Hace cuánto crees que no limpian esto? —preguntó Cora, cubriéndose la boca y alejándose un poco.

—Dudo que alguien haya pasado por aquí desde el último siglo, pero debería estar equipada para situaciones como esta. Mira, por lo menos tenemos mantas... —añadió, con una pizca de ironía—. ¡Y un mechero! —exclamó, sacando un pequeño encendedor de la pila de trastos como

si hubiera encontrado un tesoro.

—¡Oh, perfecto! —respondió Cora, igualando su tono con una buena dosis de sarcasmo—. ¿Y qué hacemos con eso? ¿Vamos a encender una hoguera en la cama o algo?

Porque, sinceramente, no tenía claro que la chimenea fuera a encenderse con ese viejo mechero, sobre todo considerando que los restos de madera que había allí estaban igual de húmedos que ellos, probablemente gracias a una gotera que goteaba desde el techo con puntualidad irritante.

Asher se encogió de hombros, sosteniendo el mechero sin mucha fe.

—Lo que sea, con tal de entrar en calor —dijo él, mirándola de reojo—. Estás tiritando —le recordó.

—Hay una manera rápida de entrar en calor —soltó Cora.

¿Pero qué dices, Cora?

Asher levantó la vista, y ella se aseguró de que, cuando sus miradas se cruzaran, él captara exactamente a lo que se refería.

Alzó las cejas en un gesto elocuente, dejándole ver que hablaba en serio... bueno, en parte.

Él, que parecía tener una rápida reacción para muchas cosas, tardó un segundo en procesarlo, pero Cora supo el momento exacto en que comprendió su insinuación: sus ojos se abrieron de par en par, y de inmediato negó con la cabeza, como si la idea le pareciera totalmente disparatada.

Y es que, en parte, lo era.

Pero sí, Parker, te guste o no...

No, Cora, no lo digas...

—Tendremos que desnudarnos.



Capítulo 14

Lo que pasa en la cabaña...

Asher no podía negar que había fantaseado con ella más de lo que le gustaría admitir.

Porque sí, lo había hecho; había soñado con Cora entre sus brazos. Debajo de él, encima. Vestida, desnuda.

Daba igual.

Se removió un poco, incómodo.

Y es que ella aparecía en sus pensamientos con una frecuencia irritante, y desde luego, mucho más de lo que él mismo estaba dispuesto a aceptar.

Claro, él prefería llamarlo “pesadillas recurrentes”, como si poniéndole un nombre diferente pudiera convencer a su cerebro de que Cora Brady no le quitaba el sueño de una manera tan real.

Era, según él, un ejercicio de resistencia. Una prueba más de su autocontrol.

O al menos, eso se decía.

Porque hacía falta un esfuerzo sobrehumano para limitar su interés en ella a algo platónico, ficticio, o en todo caso inocente.

Pero ahora estaban ahí, y la primera vez que de verdad la tenía entre sus brazos resultaba ser en esas circunstancias: bajo una manta vieja y polvorienta, ambos tiritando, con demasiada piel al descubierto y sin otra opción que permanecer juntos.

No, aquello no era en absoluto como lo había imaginado.

Ni rastro de una escena romántica o seductora; solo una cabaña deprimente, goteras y el sonido constante de la tormenta.

Ella, con el cabello húmedo pegado a su rostro, al natural, era aún más hermosa de lo que cualquier sueño, fantasía o pesadilla recurrente le hubiera hecho creer.

El aire frío se colaba en el refugio, pero el calor que sentía bajo esa manta, el calor de tenerla tan cerca, contradecía todo sentido común.

Los brazos de ella, aunque fríos, estaban enredados en los suyos, y la piel desnuda de su espalda se sentía como una descarga eléctrica cada vez que ella se movía en busca de calor.

Ni en sus peores (o mejores) sueños había imaginado la tortura de verla temblar, de tener que apretarla contra él, sabiendo que no podía hacer nada más que resistir el impulso de recorrer cada centímetro de su piel con las manos.

Joder, aquello era una tortura.

Asher no sabía si aquello se convertiría en la peor pesadilla de su vida o en el mejor error que jamás cometería.

Porque sabía que esto no debía estar pasando, que él no debería tener a nadie entre sus brazos, y mucho menos a ella.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cora, y él la abrazó con más fuerza, pegando su espalda más a su pecho, entre sus piernas abiertas.

Estaban sobre el colchón, compartiendo una manta que probablemente era más polvo que tela, pero que en ese momento era su única protección contra el frío.

Eso y el calor de sus propios cuerpos.

—¿Crees que tardará mucho en dejar de llover? —preguntó ella, con un suspiro.

Asher negó con la cabeza, tratando de mantener la compostura.

—Parece que va amainando. Pronto podremos marcharnos.

—¿Y si no? —insistió ella, girando la cabeza para mirarlo.

Sus rostros quedaron cerca. Muy cerca.

Asher tragó saliva.

—Pues... nos tocará pasar la noche aquí —dijo, carraspeando al notar su propia voz más ronca de lo que le habría gustado.

Y la idea le gustaba igual que aterraba.

Joder, si eso era una prueba de alguna clase... Solo esperaba poder superarla.

Ella se movió un poco, se giró de lado. Asher soltó un suspiro de alivio, agradeciendo el cambio de posición porque, si ella se acercaba un poco más... iba a notar lo que no debía.

Si es que no lo había notado ya, que era lo más probable. Pero de hacerlo, había decidido ignorarlo.

Chica lista.

Dejando sus piernas por encima de las de él, Cora tomó sus manos, que hasta ese momento habían estado alrededor de la cintura de ella, y las colocó entre las suyas. Para sorpresa de Asher, las frotó para darle calor.

—Tú estás más frío que yo —observó Cora, sin soltarlo, con una franqueza tan propia de ella que a Asher le resultaba imposible no sonreír... aunque, claro, de frío él no tenía nada en ese momento.

Ni en ese momento ni desde el instante en que ella, con todo el descaro que él adoraba y que lo desquiciaba a partes iguales, le sugirió que tal vez tendrían que desnudarse para entrar en calor.

A Asher casi le da un infarto allí mismo, mientras una avalancha de imágenes le pasaba por la

mente, todas igual de devastadoras.

Sí, claro que tenía muchas ideas para “entrar en calor”, pero solo podía agradecer que su autocontrol estuviera funcionando como nunca antes.

—¡Estás loca! —había respondido él, sonando más brusco de lo necesario, intentando espantar esas imágenes sin éxito.

Cora puso los ojos en blanco, con ese gesto de exasperación que, si él estaba siendo sincero, le parecía casi... adorable.

—Es una mera cuestión de supervivencia. ¿Crees que a mí me gusta la idea? —había bufado ella, cruzando los brazos como si la situación fuera lo más incómoda del mundo.

Hombre, él esperaba que sí le gustara la idea. Y por cómo lo miró un instante después (con otro de esos “repasos casuales” que ella creía sutiles), él sospechaba que, en el fondo, la idea le gustaba tanto como a él.

Nada.

Claro...

—¿Y no eres tú el “experto en supervivencia”? —había seguido ella, enarcando una ceja con fingida inocencia.

—Soy policía, no “El último superviviente” —había gruñido él.

Cora hizo un gesto con la mano como restando importancia.

—Lo que sea, pero sabrás que tengo razón.

Por supuesto que lo sabía.

Claro que lo sabía, aunque ella no tenía idea de que, para él, esa “mera cuestión de supervivencia” era una verdadera tortura.

Desde el momento en que se dieron la espalda para quitarse la ropa, hasta el instante en que él vio el jersey y los pantalones de Cora en el suelo, y después, cuando se giraron y se encontraron, ambos envueltos en mantas viejas... había sido una cadena de pequeñas torturas.

Y cuando descubrieron que, en realidad, así no bastaba, que necesitaban el contacto del otro para generar calor...

Bendita decisión la de haberse dejado, al menos, la ropa interior.

¿Seguro que era una bendición?

Asher no iba a responder a esa pregunta.

—Deja el drama, Asher —le había soltado ella entonces, al ver que él seguía mirándola como si estuviera loca—. Ya me podrás repeler todo lo que quieras cuando salgamos de aquí, podrás odiarme como te dé la gana. Pero ahora no es momento para tonterías.

Asher apretó la mandíbula, resistiendo una carcajada amarga. ¿Repelerla? ¿Odiarla?

Cora no tenía ni idea de lo que realmente le provocaba.

Asher no solo lidiaba con su propio deseo reprimido, sino también con la certeza (y la tortura) de saber que ella también lo deseaba.

Porque, por mucho que ella se esforzara en ignorarlo, él no estaba ciego. Y lo había sabido

desde el primer momento.

¿Seguro que te desea, Asher?

¿Seguro que no es solo tu ego?

Ojalá fuera solo eso. Ojalá todo fuera una invención suya. Ojalá no fuera más que su mente buscando excusas para justificar su propia atracción.

Ojalá pudiera engañarse y pensar que esos pequeños temblores de ella ante cualquier roce, esos ojos que se desviaban cuando sus miradas se cruzaban, no eran más que productos de su imaginación.

Ojalá fuera solo él el que estuviera soportando esa tortura silenciosa.

Pero no, no lo era. Ella había temblado con su abrazo. Y no solo por el frío.

Volvió al presente y la observó. Cora miraba al frente, hacia un punto indefinido, mientras ahora apretaba sus manos entre las suyas.

—Estoy bien —dijo él, aunque no retiró las manos ni hizo el menor esfuerzo por soltarla.

Ella soltó un suspiro pesado, pero no lo miró.

—Cora —dijo él, esta vez en un tono más bajo, apretando suavemente sus manos para que lo mirara—. ¿Estás bien?

Ella giró la cabeza y le dedicó una sonrisa tan dulce que hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—No era esto lo que imaginé cuando decidí volver a casa —rio suavemente, como si intentara restarle importancia—. Es más desastroso que mi vida.

La broma estaba ahí, pero Asher no iba a engañarse. Esa sonrisa no lograba disimular la tristeza en sus ojos.

—¿Por qué volviste? —preguntó él.

No quería saber solo que se quedó sin casa y sin pareja. Quería saber el porqué de todo.

Ella lo miró, alzando una ceja con incredulidad, mientras se echaba un poco hacia atrás.

—¿Asher Parker queriendo saber algo de mí? —soltó, con una mezcla de sorpresa y humor.

Asher resopló, sin poder evitar una sonrisa sarcástica.

—Fui un capullo, ¿no? —admitió, una mueca de incomodidad dibujándose en su rostro.

Ella sonrió y puso una mueca exagerada, divertida, que lo hizo reír, aunque ligeramente avergonzado.

—Un poco —respondió ella.

—Lo siento —dijo él, con más sinceridad de la que había planeado.

Cora se encogió de hombros y sonrió otra vez.

—Tranquilo. Ya te puse en mi lista de “Personas a las que perdonar”... solo que aún estás al final de la página —él rio al escucharla—. Eras un niño —dijo con un gesto de mano, como si quisiera restarle importancia—. Supongo que es justificable.

—¿Lo es?

Ella rio suavemente y negó con la cabeza, bromeando.

—La verdad es que no, pero ya es tarde —lo miró, intentando adoptar un gesto serio—. Me jodiste la niñez.

Asher soltó una carcajada breve.

—Tampoco fue para tanto, Cora. Vamos...

—Más o menos —rio ella, haciéndole una mueca—. Lo de Santa Claus no te lo perdonaré jamás.

Y, por la forma en que lo decía, Asher estaba seguro de que no era una broma. De verdad se lo guardaba desde entonces.

A él le costó un segundo recordar a qué se refería ella. Probablemente, su memoria era más difusa, porque, al fin y al cabo, el impacto fue mayor para ella que para él.

—Me enteré ese mismo año de que no existía —le confesó, sonriendo con una mezcla de vergüenza y nostalgia.

Cora lo miró, escandalizada, con los ojos abiertos de par en par.

—No te creo —dijo, negando lentamente con la cabeza, como si eso no pudiera ser verdad.

—Te lo juro —dijo él, riendo y negando con la cabeza, como si recordara un viejo trauma—. Fue un golpe para mí, así que supongo que, en mi lógica de crío, tenía que compartirlo con alguien.

Cora soltó un resoplido divertido.

—¿Y siempre tenía que ser yo?

Él se encogió de hombros.

—Eras mi única amiga —admitió, casi en un susurro.

Ella lo miró con el ceño fruncido, claramente incrédula.

—Soy Cora, Asher. Jamás fuimos amigos.

Él no pudo evitar lucir avergonzado, aunque intentó disimularlo con una sonrisa torcida.

—¿No me jodas, en serio? —preguntó ella, sorprendida.

Asher asintió, sin apartar la mirada.

—Bueno, no justificaré nada de lo que me hiciste, pero supongo que, siendo adulta, se ve diferente —dijo Cora.

—Lo siento —repitió él.

—Bah, es agua pasada —Cora agitó la mano como restándole importancia—. Eso no significa que tengamos que llevarnos bien. Aunque, joder, mira dónde hemos acabado —soltó una carcajada que él no esperaba—. Te juro que ni en mis sueños pensé vivir esto.

—Y menos conmigo —añadió él, con un leve tono de humor.

—Y menos contigo —aseguró ella, devolviéndole la sonrisa.

La miró en silencio un momento antes de atreverse a repetir la pregunta.

—¿Por qué volviste?

Cora miró a la nada, como si considerara cada palabra que estaba a punto de decir, antes de volver a mirarlo con una expresión más cerrada.

—No somos amigos, Asher —dijo entonces, en un tono más serio—. No hace falta que finjas que lo somos solo porque estemos en esta situación.

Él suspiró, tomando una pausa.

—¿Por qué volviste? —insistió, esta vez con un tono más suave—. Cuéntamelo. De verdad, quiero saberlo. Y no, no es para reírme de ti. Joder, Cora, ya no soy ese niño.

Ella dudó un instante, pero al final comenzó a hablar, contándole todo lo que la hizo volver: su despido, la ruptura y la pérdida de su hogar, con cada detalle reabriendo heridas que él sospechaba que aún no habían sanado.

Para cuando terminó, Asher ya estaba odiando a su ex. Maldito gilipollas.

—Así que, ya ves... supongo que fue un cúmulo de circunstancias —concluyó ella con una pequeña risa amarga.

—¿Vas a volver? —preguntó él, sin estar seguro de si quería oír la respuesta.

Ella negó con la cabeza lentamente, su mirada perdiéndose en algún lugar en la penumbra de la cabaña.

—No... no creo que haya nada a lo que regresar —dijo en voz baja, como si admitirlo en voz alta le costara tanto como a él escucharla.

Cora suspiró, entrelazando sus dedos con los de él sin siquiera darse cuenta.

—Es que no sé qué hacer —dijo, frustrada, como si admitirlo fuera una derrota—. Nada me ata allí, ni nadie.

Asher la miró con atención, dejando que sus palabras tomaran peso entre ellos.

—Quizás eso es lo que necesitas —respondió—. Encontrar nuevos sueños. O recordar los que tenías antes de... todo.

—¿Por eso estás tú aquí? —preguntó ella.

—No —respondió él, apretando la mandíbula al recordar sus propias razones. Las verdaderas.

Las mismas razones de las que no quería hablar. Y menos con Cora. No con la mujer que deseaba más de lo que debería.

Asher notó cómo ella apartaba la mirada, como si su brusquedad la hubiera herido, y se maldijo a sí mismo por su falta de tacto.

—Cora, el problema no eres tú —dijo él entonces, dejando escapar un suspiro.

No quería hacerle daño, no después de haber entendido que ya le había hecho suficiente en el pasado.

Un auténtico niño. Era todo lo que había sido.

Ella lo miró, visiblemente sorprendida, pero él solo negó con la cabeza, como si intentara borrar cualquier duda que pudiera tener.

—El problema no eres tú —repitió—. Yo soy el único gilipollas aquí. No lo olvides nunca.

Un silencio se instaló entre los dos, y Asher sintió una urgencia que no pudo reprimir.

Lentamente, levantó la mano y le apartó un mechón rebelde de cabello, colocándolo detrás de su oreja. Era un gesto que había querido hacer desde que la vio ahí, frente a la camioneta estropeada.

Un escalofrío recorrió a ambos cuando los dedos de él rozaron la piel de ella. Cora dio un respingo, y sus miradas se encontraron, atrapadas en una especie de trampa silenciosa que ninguno de los dos parecía querer romper.

—Te hayan dicho lo que te hayan dicho, nunca fue tu culpa —dijo él, con la voz firme—. Los gilipollas fueron ellos por dejarte marchar, ¿me entiendes?

Cora asintió, y sus ojos, anegados en lágrimas, lo miraron con una mezcla de dolor y gratitud. No, eso no. No podría soportarlo.

Asher levantó una mano para limpiar una lágrima que había comenzado a deslizarse por su mejilla, y dejó que sus dedos se posaran allí, sintiendo el calor suave de su piel.

—Yo no soy así —rio ella entre lágrimas, el sonido tan frágil como la situación misma—. Es solo que todo esto...

Se quedó en silencio cuando el dedo de Asher rozó, apenas, su labio inferior.

Él sintió cómo sus propios labios hormigueaban al rozarla, el impulso ardiente de inclinarse hacia ella, de atraparla.

Asher sabía que no debía hacer nada de eso. Que no podía hacerlo. No él, no allí, no así. Pero la tenía tan cerca, vulnerable, desnuda de cuerpo y de alma, y sin embargo, era él quien se sentía completamente expuesto.

Dios, la deseaba más de lo que había deseado a nadie en su vida.

Cora, casi sin darse cuenta, abrió los labios, un gesto tan sutil como revelador. Y él lo entendió. La invitación estaba ahí, en su mirada, en cada respiración entrecortada que escapaba de ella.

Pero Asher negó con la cabeza, aun cuando su otra mano se deslizó a su cadera, acercándola más a él.

La piel bajo su mano ardía, y con cada centímetro que la acercaba, sentía cómo se iba quedando sin aire. El mundo se reducía a ella, al calor de su cuerpo, a la suavidad de sus formas bajo sus dedos.

Un gemido se le escapó, quebrado y urgente.

—No puedo —dijo, su voz, un susurro atormentado—. No puedo.

—¿Por qué? —preguntó ella, con una mezcla de desconcierto y desafío—. ¿No me deseas?

Él rio, una risa amarga y cargada de ironía. Lo que daría porque eso fuera cierto.

—Eso no importa, Cora —murmuró, mientras sus dedos se aferraban un poco más a su cadera, como si intentara anclarse a algo tangible para no perderse en ella—. Nosotros no... —cerró los ojos con fuerza cuando la mano de ella se deslizó suavemente hasta su mejilla.

Un estremecimiento lo recorrió; ella también lo sentía, podía notarlo en el temblor leve de sus dedos contra su piel, en cómo sus respiraciones se aceleraban al unísono.

—No hagas eso —le rogó, con una voz cargada de una mezcla de súplica y rendición.

—¿Por qué? —preguntó ella, sin apartar su mano de su rostro, sus ojos fijos en los de él.

Él estaba atrapado, sin saber cómo resistir, y a la vez sin querer dejarse ir.

Sabía lo que debía hacer, y sin embargo, ahí estaba, cada vez más cerca de cruzar la línea.

Asher tragó saliva, su respiración entrecortada. No podía decirle la verdad. No podía decirle que había una barrera imposible entre ellos, una que lo ataba y lo consumía al mismo tiempo.

No ahora.

—Cora... —murmuró, sus palabras eran apenas un susurro.

La apartó ligeramente, pero sin dejar de tocarla, como si fuera incapaz de soltarla por completo.

—No podemos hacer esto. Tú... tú y yo... no somos una buena idea.

—¿Por qué no me sueltas entonces? —preguntó ella, claramente no entendía nada.

Porque no podía, joder, ¡porque no quería!

Porque soltarla sería como arrancarse un pedazo de sí mismo.

Y como si quisiera decírselo, la acercó más a él, tanto que Cora soltó un grito ahogado cuando sus bocas estuvieron a punto de tocarse.

Si uno de los dos sacaba la lengua, tocaría los labios del otro, así de cerca estaban.

—Asher...

Pero él tenía los ojos cerrados, como si así pudiera resistir un poco más, como si no estuviera a un suspiro de romper cada regla que se había impuesto.

Su aliento acariciaba los labios de ella, y solo le hacía más difícil no rendirse por completo, no dejarse caer en ese abismo de deseo que le quemaba cada parte del cuerpo.

Joder, todo pendía de un hilo, un hilo que estaba a punto de romperse.

Y lo peor es que deseaba que se rompiera, aun sabiendo que no debía.

—Suéltame —susurró Cora.

Asher abrió los ojos y la miró, notando el desafío en su mirada.

—Cora...

—Suéltame —insistió, su voz un murmullo—. Si no vas a besarme, entonces suéltame.

Ese hilo, tan frágil, se resquebrajaba un poco más.

—Me deseas —afirmó él, con un tono bajo, casi un gruñido.

No era una pregunta; lo decía con una certeza absoluta, y necesitaba escucharla confirmarlo.

—Serás... —ella resopló, dándole un golpe en el pecho—. Idiota.

Sí, lo era. Y sabía que estaba a punto de ser mucho más que eso.

En un impulso irrefrenable, la volvió a pegar a él, sujetándola firmemente.

—¿Me deseas, Cora? —repitió, su voz ronca, sus labios apenas rozando los de ella.

La tentación era insoportable.

Dios, quería besarla, quería borrar cualquier distancia, cualquier razón, cualquier barrera que se interpusiera entre ellos.

Estaba a un milímetro de hacerla suya, de perderse en ella sin remordimientos, de dejar que el mundo se desvaneciera a su alrededor.

—Dímelo —susurró—. ¿Me deseas?

Necesitaba oírlo. Porque si ella se lo decía en ese momento, lo mandaría todo a la mierda.

No le importaría nada más.

—Sí —murmuró ella, segura, con la voz cargada de frustración. Y anhelo—. Lo hago. Te deseo.

Ese fue el final de toda resistencia.

Asher gimió, y cada barrera que había erigido se desplomó de golpe. El hilo finalmente se rompió.

Ya no había vuelta atrás.

—Cora —gimió él, sus labios rozando los de ella, tan cerca de dejarse llevar.

—¡Cora! ¡Asher!

La voz de Cameron irrumpió de golpe en la cabaña, y el hechizo se rompió. Asher se apartó, cerrando los ojos con frustración mientras Cameron entraba, con expresión de alivio mezclada con sorpresa.

—¿Qué demonios hacéis? —preguntó, mirándolos a ambos.



Capítulo 15

Una lista para todo, menos para lo que pasó

Un gilipollas. Eso es lo que era.

Un gilipollas al que no veía desde hacía días.

Después de que Cameron los encontrara en la cabaña, ambos se levantaron casi de un salto.

—¿Qué hacéis? —había preguntado Cameron, mirándolos a los dos de una manera extraña.

Normal, cualquiera lo haría, porque la escena con la que se encontró debía dar para malpensar.

Pues no, lo peor de todo es que no había nada para malpensar, ¡porque no había pasado nada!

Maldito idiota. La estaba volviendo loca.

A veces sentía que él sentía lo mismo que ella, esa química extraña, y se convencía de que no estaba loca ni exagerando. En la cabaña lo sintió temblar; joder, sabía que estaba excitado, la prueba de su deseo había sido evidente.

Entonces, ¿por qué no? ¿Por qué esa tontería del "no puedo"?

¿Qué no podía?

Que no quería, eso era. No la deseaba, y ya está. Su cuerpo reaccionaba instintivamente, pero eso no significaba nada. No era tan tonta como para no saberlo.

Ya está, no pasaba nada. Todo aquello se quedaría allí, en la cabaña. Ella se olvidaría de esas tonterías que se le pasaban por la cabeza sobre él y punto.

Incluso lo anotaría en su lista de “Cosas estúpidas que olvidar.” Entre los chicos de los que se enamoró en el instituto y los peinados que probó en sus años de adolescente.

Pero no, él no podía dejarlo ahí. Cuando ella se bajó del coche de Cameron, quien aparcó en la calle donde vivían, Asher la cogió de la mano antes de que ella siguiera a su hermano dentro de la casa.

—¿Qué haces? —había preguntado ella, sorprendida.

—Tenemos que hablar.

¿Pero hablar de qué, almacéntaro? ¡Si todo era evidente!

Ella se soltó de su agarre y miró atrás, suspirando al ver que su hermano no había visto la

escena. No quería que malpensara más de lo necesario.

—No tenemos nada de qué hablar —había dicho ella, y se giró para irse.

—Cora... —la voz de él sonaba a advertencia.

—Nada. No hay nada, Asher —había replicado ella, mirándolo de nuevo.

Él tuvo la decencia de lucir avergonzado.

—Dejemos las cosas aquí, olvidémonos de todo y sigamos con la relación cordial que teníamos hasta ahora.

Él rio amargamente.

—¿Crees que eso es posible?

—Vuelve a la de antes, entonces. Insúltame si lo necesitas. Aunque preferiría que te olvidaras de mí.

—Cora, joder... —había intentado detenerla de nuevo, pero ella se zafó de su agarre.

En su mente, Cora pensó en su lista de “Evitar a toda costa”. Primer puesto, Asher. Segundo, volver a hablar con Asher. Tercero...

Bueno, no necesitaba más puntos.

—Asher... No exageres las cosas. No hagas esto más grande de lo que es —lo vio apretar la mandíbula y suspiró—. Sheriff... Que le vaya bien.

Y con eso, se marchó.

¿Qué iba a hacer si no? Todo aquello era un sinsentido. Al parecer, un sentimiento unilateral por su parte y no, ella no estaba dispuesta a sufrir más. Cuando antes se quitara de en medio, mejor.

Esa fue la última vez que lo vio; desde entonces no supo nada más de él.

Mentira, sí sabía algo: que había salido de viaje, porque escuchó a su hermano hablar con él. Pero nada más.

Y ella no iba a preguntar, por supuesto. Porque a ella, Asher "el insoportable hijo de la gran..." Parker no le importaba lo más mínimo.

Por Dios, bastantes problemas, complicaciones y comederos de cabeza tenía ella como para cargar con uno más. No, gracias.

Podían irse a la mierda él, el deseo, el amor y todo lo demás.

Sobre eso iba refunfuñando cuando salió al callejón detrás de su casa para tirar la basura, que ya había empezado a gotear un poco. Corrió como pudo con las zapatillas de estar por casa hasta que logró tirarla en el contenedor. Menos mal.

Estaba a punto de regresar cuando una luz llamó su atención. Miró hacia la casa de Asher y vio una sombra moviéndose con lo que parecía una linterna o algo así.

¿Qué era eso?

¿Había vuelto de su repentino y largo viaje?

¿Y se había traído una linterna como regalo para usar en su propia casa o qué?

Bueno, lo mismo era que había vuelto y simplemente se le fue la luz; era evidente que esa casa necesitaba muchas reformas. Sería lo más normal, ¿no?

Sí, eso habría pensado cualquiera. Pero Cora no era cualquiera. Cora hacía listas, por el amor de Dios.

En ese momento, mentalmente inició una nueva lista: “Razones por las que no debo meterme en lo que no me importa”.

Probablemente había hecho listas con el mismo nombre más de una vez a lo largo de los años. El primer punto era obvio: “Nada que tenga que ver con casas ajenas. Menos aún cuando esa casa ajena es la de Asher Parker.”

En la casa ajena estaba ella entrando ya...

Bueno, en el jardín, o lo que se suponía que era el jardín. Llegó hasta la puerta de entrada y levantó la mano para llamar con los nudillos.

Entonces se paró.

¿Y si había un ladrón?

Cora dio un par de pasos hacia atrás, lo suficiente para mirar las ventanas de la casa, y soltó un gemido frustrado al ver de nuevo una luz de linterna, esta vez en el salón.

—¿Pero qué demonios...? —murmuró, mirando alrededor, ahora sí sintiéndose inquieta.

Pensó en avisar a Cameron, él tenía una pistola... y entonces se dio cuenta de que había salido sin su móvil.

¿Cómo iba a tenerlo si solo iba a tirar la basura? Podía ir a buscarlo, pero entonces el criminal ya podría irse.

Suspiró, intentando no maldecir su falta de previsión. No le quedaba más remedio. Iba a tener que entrar.

—Perfecto, Cora —murmuró para sí misma, mientras echaba un vistazo alrededor, buscando algo que pudiera servirle como arma improvisada.

Finalmente, encontró una vieja maceta de cerámica junto a la entrada.

Tendría que servir.

La levantó con ambas manos, sosteniéndola como si fuera su última línea de defensa.

Anota esto en la lista de “Ideas brillantes que probablemente acaben mal”, pensó, ajustando la maceta entre sus manos mientras respiraba hondo y giraba el pomo de la puerta, que, sorprendentemente, estaba abierta.

¡Cómo no iban a entrar ladrones! Si es que...

Tragó saliva y entró en la casa, con la maceta en alto, dispuesta a golpear a quien fuera que se atreviera a aparecer frente a ella.

Caminó con cautela, ya que la única iluminación que había era la que entraba desde la calle, proyectando sombras inquietantes que apenas dejaban distinguir los contornos de los muebles.

No se veía demasiado, solo las formas borrosas de los objetos que parecían cobrar vida en la penumbra. La tenue luz hacía que todo pareciera más grande, más extraño, como si la casa

estuviera atrapada en algún sueño inquietante.

Cada paso que daba, el sonido de sus zapatillas de estar en casa resonaba en el silencio, y Cora no podía evitar sentirse como la protagonista de una de esas malas decisiones que se ven en las películas.

Justo esas que siempre criticaba por ser tan obvias, como si llevaran un cartel de neón parpadeando con la palabra "¡MÁTAME!"

O esas donde veían una mansión encantada y allí que iban, derechitas a morir como si fuera un tour obligatorio. Casi podía escuchar su voz gritando desde el sofá: *¡Pues claro que hay un asesino! ¿Qué esperabas?*

Y ahí estaba ella, avanzando en la oscuridad con una maceta rota como única defensa, lista para convertirse en el próximo cliché.

—¿Hay alguien aquí? —susurró, sintiendo que su voz apenas rompía el silencio.

Porque claro, si fuera un asesino, seguro que se lo iba a decir...

Avanzó un poco más, con la maceta en alto, y justo en ese momento la puerta se cerró de golpe detrás de ella. Cora soltó un grito ahogado, dio un salto y se giró, con la maceta lista para atacar.

Pero al darse la vuelta, soltó un segundo grito al ver una sombra alta y oscura tras ella.

El susto la hizo aflojar las manos, y la maceta se le resbaló, cayendo al suelo con un estruendo seco que resonó en toda la casa.

El sonido la hizo retroceder, pero la sombra avanzó hacia ella rápidamente, sin darle tiempo a reaccionar.

Antes de que pudiera girarse para escapar, sintió una mano firme que le sujetaba el brazo, fuerte y decidida, impidiéndole cualquier intento de liberarse. Cora estaba convencida de que este era el fin, y su mente, en un último destello irónico, añadió otra línea a su lista de "Finales indignos":

Matarme a mí misma del susto antes de que el asesino lo haga.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Su respiración era rápida y entrecortada, y cerró los ojos, esperando el siguiente movimiento de la sombra que la sujetaba con una fuerza inquebrantable, preguntándose si ese sería el final.

Su final.



Al principio, el beso fue breve, apenas un roce de labios, como si él le estuviera pidiendo

permiso, como si ambos tuvieran que confirmar que era real.

Cora, por supuesto, necesitaba asegurarse.

—¿Asher? —susurró contra sus labios.

No podía verlo bien en la penumbra, pero sabía que era él. Su olor, la forma en que respiraba cerca de ella... Era imposible confundirlo.

Y, claro, porque sería el primer "criminal" en comportarse así, ¿no?

—Cora... —murmuró él con la voz baja y ronca, una que parecía retumbarle en el pecho.

Entonces la besó de nuevo, esta vez más profundamente, probándola con un toque suave, casi reverente, como si cada beso fuera una exploración.

Como si ese contacto fuera algo que había estado esperando.

—¿Qué haces? —preguntó ella, la respiración entrecortada.

—Lo que tendría que haber hecho hace tiempo —respondió él, y volvió a besarla, con una determinación que la desarmó por completo.

Pero esta vez el beso cambió.

Fue más profundo, más intenso. Las lenguas de ambos, al principio tímidas, se encontraron y se deslizaron juntas, uniéndose en un ritmo lento y embriagador que ninguno de los dos parecía querer terminar.

Era como si él la estuviera devorando, con cada caricia volviendo el momento más urgente, más real, y ella se estaba dejando llevar, entregándose sin reservas.

Una de las manos de Asher subió hasta su nuca, atrayéndola aún más hacia él. Sus dedos se enredaron en el cabello de Cora, y el leve tirón fue suficiente para que el beso se volviera más hambriento, más entregado.

Más todo.

Las manos de Cora se elevaron hasta su cuello, y él, en respuesta, la rodeó por la cintura, pegando sus cuerpos de manera que no quedara nada entre ellos. Su dureza se presionó contra su vientre, y ella no pudo evitar soltar un gemido suave, ahogado, mientras todo su cuerpo respondía a esa cercanía.

Bueno, perfecto, añade esto a la lista de “Cosas imposibles de olvidar”, pensó, aunque sus pensamientos se desvanecieron cuando él volvió a acercarla, provocando una nueva fricción que la hizo gemir otra vez, un sonido que él pareció disfrutar tanto como ella.

El beso se fue desvaneciendo lentamente, hasta convertirse en pequeños roces de sus labios, como si ninguno de los dos estuviera dispuesto a soltar al otro del todo.

Asher dejó su frente apoyada contra la de ella, sus respiraciones se entremezclaban mientras trataban de recuperar el aliento. Sus manos seguían enredadas en su cintura, y Cora no hizo el menor intento por apartarse.

—¿Qué...? ¿Cuándo volviste? —preguntó ella, con la voz apenas un susurro; todavía entrelazada con él.

Él suspiró profundamente antes de responder.

—Tenemos que hablar, Cora... —murmuró, su tono ronco y bajo—. Pero antes, hay algo que tenemos que hacer.

—¿Qué? —preguntó ella, desorientada, aunque empezaba a sospecharlo.

—Follar —respondió él, sin rodeos—. Ya está bien de aplazar el tema.

Cora soltó una risa nerviosa, incapaz de evitarlo.

—No sé si es bueno o no que te rías en este momento —murmuró él.

Cora apenas podía distinguir sus facciones en la penumbra, pero podía jurar que sonreía, y podía escuchar la risa atrapada en su voz.

—La lista de “Cosas que nunca creería posibles” cada vez tiene más puntos —respondió, divertida, sin quitarle las manos de su cuello.

—¿Follarte a Asher Parker es uno de esos puntos? —preguntó él.

—Que Asher Parker quiera acostarse conmigo ya es lo suficientemente impactante —rio ella, aunque el deseo latía en su voz.

Él soltó un resoplido y deslizó una mano hacia su espalda baja, manteniéndola bien cerca.

—Fui tu primer amor —murmuró él.

Ella dejó escapar un leve jadeo.

—¿De dónde sacas eso?

Lo había sido, claro. Pero eso era porque había sido una adolescente tonta, ¿qué otra explicación podía haber?

¿Por qué, si no, le habría gustado alguien como él, que siempre la trataba como un capullo?

Así le había ido después en su vida sentimental, desde luego. Empezando con Asher, ya apuntaba maneras.

—¿No lo fui?

—Se llama síndrome de Estocolmo, Asher. ¡Era una niña, por Dios!

—Ahora no... —y él la besó de nuevo.

—No, ahora no —gimió ella, perdida en sus labios—. Pero yo... yo sí soy la misma.

—Por eso me gustas.

—Asher... —suspiró.

Asher resopló suavemente, entendiendo lo que quería decir.

—No sé qué clase de tíos has tenido cerca, Cora, y la verdad, tampoco quiero saberlo ahora mismo. Pero viendo la mierda de autoestima que te han dejado... tengo la impresión de que ni siquiera te han hecho correrte de verdad.

—¿De verdad? —preguntó ella, intentando mantener la compostura, aunque la intensidad en sus palabras ya la había desarmado—. ¿Cómo es de verdad?

Él bajó la cabeza, besando el contorno de su cuello, y dejó un mordisco suave que la hizo gemir, con un temblor de placer que le recorrió el cuerpo.

—Hasta que te desmayes, cariño.

Un escalofrío de expectativa la recorrió, y la sonrisa de Cora se transformó en algo entre reto y deseo.

—¿No estás exagerando? —susurró, con un tono juguetón y desafiante en su voz.

Antes de que pudiera procesar nada más, él deslizó una mano por dentro de sus pantalones, metiéndola bajo sus bragas y encontrando su sexo húmedo y listo, acariciándola con la seguridad de alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

El gemido de placer que escapó de sus labios fue instintivo, y sus piernas temblaron, incapaz de ocultar el impacto que le provocaba.

—No, cariño, no estoy exagerando —murmuró él, introduciendo dos dedos en su interior mientras su boca reclamaba la de ella en un beso profundo y hambriento—. Tú y yo vamos a tocar el cielo.



Cora se giró al llegar a la cama de Asher. Él, tras cerrar la puerta con un suave clic, se quedó apoyado en ella unos segundos, como si quisiera grabar la imagen de ella ahí, esperándolo, bajo la tenue luz.

La miraba con una intensidad que le quemaba.

Después, se separó de la puerta y comenzó a caminar hacia ella, despacio, sin apartar los ojos de los suyos, como si el espacio entre ellos fuera algo sagrado que debía cruzarse con cuidado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cora cuando él la tomó firmemente por la cintura, su brazo rodeándola en un gesto posesivo, pegándola contra su cuerpo. El contacto fue eléctrico, y el calor de su deseo, palpable, la encendió todavía más.

Ella se humedeció los labios, entreabiertos, incapaz de apartar la vista de su rostro. Asher la observaba con una mezcla de hambre y ternura; el fuego en sus ojos la hizo temblar.

Con un gesto suave, ella llevó una mano a su mejilla, acariciándolo, como si no pudiera creer que estuviera ahí, tan cerca.

—Eres real —susurró, con un deje de incredulidad.

Asher dejó escapar una risa baja, como si la idea de ser un espejismo le resultara absurda y divertida a la vez.

—¿Dudabas que fuera yo quien te besaba?

Ella sonrió, con las mejillas levemente sonrojadas, sintiéndose un poco tonta.

—Tal vez... un poco.

Él dejó de reír, y su expresión cambió.

—Tendré que hacerlo a diario, para que nunca lo olvides.

Nunca...

Le habían prometido muchas veces un "para siempre", pero no era algo que ella tomara en cuenta, menos cuando se decía en un momento como aquel.

Con un movimiento rápido, él alzó la mano y deshizo la goma que sujetaba el cabello de ella, dejando que cayera libremente sobre sus hombros.

—Así está mejor.

Colocando una mano en la nuca de Cora, la acercó a él y la besó.

El beso fue intenso, incontrolable. Sus lenguas se entrelazaron con una lentitud deliciosa, saboreándose como si tuvieran todo el tiempo del mundo, y ninguna prisa.

Asher ajustó el ángulo de su cabeza, profundizando el beso hasta arrancarle un gemido suave. Los brazos de Cora se elevaron, rodeando su cuello, y él, en respuesta, deslizó sus manos hasta sus caderas, apretándola contra él.

Con un movimiento firme, la alzó, lo justo para que ella sintiera su erección, arrancándole un suspiro que llenó la habitación.

—Asher... —gimió Cora entre sus labios.

Pero él no estaba para palabras. La calló con otro beso, aún más profundo, más hambriento, como si el aire no le importara, como si detenerse significara perder la última pizca de cordura.

Y, en cierto modo, así era. Asher estaba desesperado por ella, atrapado en una necesidad tan feroz que parecía consumirlo desde adentro.

Sus bocas se encontraban una y otra vez, sus lenguas enredándose en un baile lento y exquisito, explorándose, acariciándose, perdiéndose en el sabor del otro.

Cuando por fin se separaron, jadeantes, Asher atrapó el labio inferior de Cora entre sus dientes y tiró de él suavemente, provocándola.

—Me vuelves loco —murmuró con la voz grave y la respiración entrecortada.

Cora apenas podía pensar; todo su cuerpo era un nudo de sensaciones a punto de estallar.

Lo que ese hombre le hacía sentir era algo salvaje.

Entonces, Asher dio un paso atrás, su mirada devorándola de pies a cabeza mientras deslizaba las manos por su cuerpo, tomando la parte inferior de su pijama y levantándose lentamente, sacándose por la cabeza. Ahora ella estaba de pie frente a él, vulnerable y deseosa, con solo un sujetador blanco que apenas cubría su piel.

Asher acarició con la yema de un dedo la suave curva que sobresalía del contorno de la tela, enviando un escalofrío eléctrico por su columna.

—No es suficiente —murmuró, y su voz tenía un tono oscuro, como si él mismo se estuviera

conteniendo.

Sin apartar los ojos de ella, Asher se arrodilló, y bajó su pantalón con lentitud, dejándolo deslizar hasta sus tobillos. Sus manos subieron, deteniéndose en su trasero y tirando de ella hasta que su cuerpo estuvo a la altura de su rostro.

Él aspiró su aroma, cerrando los ojos, deleitándose en ella, antes de inclinarse y darle un lento lametón a través de la delgada tela de su ropa interior.

Cora sintió que le fallaban las piernas; verlo así, tan entregado, tan absolutamente perdido en ella, era lo más excitante que había experimentado en su vida.

Asher, con esa misma calma calculada, retiró la última prenda, ayudándola a levantar los pies para deshacerse de ella por completo. Luego, con las manos firmes en sus caderas desnudas, alzó la vista para encontrarse con sus ojos.

—Voy a devorarte —susurró, su voz un susurro cargado de adoración y deseo, antes de inclinarse y lamerla una vez más.

Cora se arqueó involuntariamente, incapaz de contener el torrente de sensaciones que la atravesaba. Se aferró al cabello de Asher, sintiendo que las piernas podrían fallarle en cualquier momento por el placer.

—Suave... —murmuró él con voz grave, sin dejar de observarla, mientras con los dedos abría suavemente el sexo de ella—. Empapada... Jodidamente perfecta.

Entonces, sin más preámbulos, deslizó su lengua hasta su clítoris, rozándolo con devoción. Lo lamió despacio, lo rodeó, y luego lo atrapó entre sus labios, succionándolo con una mezcla de delicadeza y hambre que hizo que Cora viera estrellas.

Dios...

Sin pensarlo, ella separó todavía más las piernas, entregándose por completo, deshaciéndose de cualquier rastro de vergüenza.

Asher devoraba su sexo palpitante como si estuviera tan desesperado por ella como ella lo estaba por él. Deslizó su lengua más profundo, saboreándola hasta el último rincón antes de volver a su clítoris, explorándolo de nuevo.

Ella gimió, apretando su agarre en el cabello de él, moviendo las caderas en busca de más, mucho más.

Asher, sin intención de negarle nada, la atrajo aún más contra su rostro. Mientras succionaba su clítoris con una pasión feroz, deslizó dos dedos dentro de ella, moviéndolos con un ritmo lento y preciso.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces...

Hasta que sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar, su respiración entrecortada, su piel ardiendo. Por él.

Con la misma calma, sacó los dedos y abrió la boca para recibir cada espasmo, cada estremecimiento del primer orgasmo de Cora.

El primero de muchos, de eso estaba seguro.

Sin darle tiempo para recuperarse, Asher la recostó en la cama completamente desnuda. Él se puso de pie, y comenzó a desabrochar su camisa lentamente, revelando ese torso musculoso que tantas veces ella había imaginado en su mente.

Spoiler: su imaginación no le hacía justicia.

Ninguna de sus fantasías podía acercarse a la realidad. Ese hombre era la definición de perfección. Observó, sin parpadear, mientras él se deshacía de la camisa y dejaba caer sus pantalones.

Y cuando finalmente su erección quedó libre, grande, firme, lista, Cora sintió un calor en el vientre que le hacía cosquillas hasta el borde de la garganta.

Asher la miraba mientras se tomaba a sí mismo entre las manos, acariciándose con lentitud. Ella apretó las piernas, mordiéndose el labio mientras lo miraba, sus ojos encendidos de deseo.

—Está dura —dijo él, su voz apenas un gruñido cargado de lujuria.

Cora alzó la mirada y encontró sus ojos entrecerrados, consumidos por el placer.

—Dura por ti. Mojada para ti.

Con un dedo, recogió una gota perlada en la punta de su miembro, suspirando como si el contacto fuera una mezcla de placer y tortura.

—Duele por ti —murmuró, y el sonido de su voz, rota y vulnerable, fue casi su perdición.

Cora intentó incorporarse en la cama, pero Asher negó con la cabeza, deteniéndola con una mirada firme. Su mirada era intensa, autoritaria, una promesa silenciosa de que esa noche él iba a tomar el control.

Sin apartar los ojos de ella, buscó en un cajón y, con una calma que solo aumentaba la tensión entre ambos, se colocó un preservativo. Luego, se tumbó sobre ella.

La besó despacio. Jugaba con su lengua, acariciando sus labios con una mezcla de ternura y posesividad que la encendía cada vez más. Su boca empezó a bajar por su piel, deteniéndose en su cuello, dejando un rastro de besos hasta sus pechos.

Ahí, lamió uno de sus pezones, lo atrapó entre sus labios, y luego lo mordisqueó suavemente, provocando en ella un gemido ahogado que lo hizo sonreír contra su piel.

—Desde que te vi, solo he podido imaginar las mil maneras en las que te haría mía —murmuró con esa voz grave que era puro deseo.

Se dedicó al otro pecho con la misma devoción, amasándolo, tomándose su tiempo, disfrutando de cada reacción de ella.

—Creo que no tendré vida suficiente para hacer todo lo que quiero hacer contigo.

Las palabras la hicieron estremecer; eran una mezcla perfecta de promesa y amenaza.

Cora no podía moverse, ni pensar en otra cosa que no fuera él y el fuego que estaba despertando en cada rincón de su cuerpo.

Entonces, Asher deslizó una mano entre sus piernas, encontrándola abierta, lista, completamente entregada.

—Quiero correrme aquí —dijo, con la voz ronca y cargada de deseo, sus dedos acariciando el calor de su piel.

—Hazlo —susurró ella, apenas capaz de contener su necesidad, su voz rota por el anhelo.

Pero en lugar de darle lo que quería, Asher deslizó dos dedos dentro de ella, profundizando lentamente, haciéndola arquearse de placer. Cora gemía y se retorció bajo su toque, desesperada por sentirlo aún más cerca.

—Lo quiero todo, Cora —murmuró él, sus ojos ardiendo mientras la miraba—. Te quiero siempre que te desee, siempre que te necesite. De todas las maneras posibles.

Oh, Dios, sí.

Sus dedos se movían dentro de ella, aumentando el ritmo, y Cora sentía cómo cada fibra de su ser se tensaba, cada músculo vibrando al borde del clímax.

—Sin límites —susurró Asher, su voz baja.

—Sí... —jadeó ella, perdida, sin poder hacer otra cosa que asentir y dejarse llevar.

—Esto somos, Cora —continuó él, sus dedos arrancándole gemidos incontrolables—. El deseo más puro que pueda existir. ¿Lo sientes?

Cora apenas podía respirar, menos aún hablar. Estaba a punto de deshacerse bajo sus caricias, incapaz de resistirse al poder que él tenía sobre su cuerpo.

—Dime, cariño —insistió él, su tono imperioso, casi exigiéndole una respuesta.

—Sí —jadeó ella, con la voz quebrada.

—Te quiero toda, Cora. Toda —gruñó, intensificando el ritmo de sus dedos, llevándola al borde con una precisión devastadora.

—Soy tuya —prometió ella.

Y justo cuando sintió que estaba a punto de explotar, cuando la tensión era insoportable, Asher retiró sus dedos y, con un movimiento firme, la penetró de una sola estocada profunda, llenándola por completo.

Ambos gritaron de placer, y en ese instante, Cora se deshizo. Su cuerpo se apretó alrededor de él, su clímax explotando, consumiéndola.

Asher apretó los dientes, permaneciendo inmóvil mientras el orgasmo recorría el cuerpo de Cora. Solo cuando sintió que su cuerpo comenzaba a relajarse, se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

—Asher...

Él la miró, sus ojos oscuros y llenos de promesas.

—Cora... Ahora vamos a tocar el cielo.

Sin más preámbulos, comenzó a moverse dentro de ella, con una fuerza y un ritmo que la obligaron a aferrarse a las sábanas, incapaz de hacer otra cosa que recibir cada embestida.

—Dios, te estoy follando —gimió él, sin aliento.

—Fóllame —jadeó ella, perdida en la intensidad de ese momento.

Él sonrió, satisfecho, y bajó la voz.

—Cada día, Cora.

Ella no respondió de inmediato, atrapada en la marea de sensaciones, hasta que notó que él había detenido sus movimientos. Abrió los ojos y lo encontró mirándola con seriedad, como si aquello fuera algo mucho más importante que el deseo.

—Cada día —repitió él, y en sus ojos no había ni rastro de broma.

Ella tragó saliva, asimilando el peso de su promesa, sintiendo cómo le faltaba el aliento ante la intensidad de sus palabras.

—Cada día —susurró finalmente, en un hilo de voz.

Satisfecho, Asher volvió a moverse.

—Pero hablaremos de eso cuando estés más centrada en la conversación que en correrte —dijo él, con una sonrisa divertida, burlándose un poco de ella.

—¿Es malo que esté centrada en tu polla? —preguntó ella, con un toque de picardía, alzando una ceja.

—No, cariño —respondió él, penetrándola aún más profundamente—. A mí me encanta estar centrado en tu coño.

Con un movimiento calculado, se inclinó y lamió sus labios, y luego, con un tono sugerente y prometedor, susurró:

—Quiero comérmelo de nuevo. Quiero follarte hasta que no puedas andar.

Ella cerró los ojos, perdiéndose en el sonido de su voz, en la promesa que contenían esas palabras.

—Asher...

Sus movimientos se intensificaron, clavando sus caderas contra el colchón con una ferocidad que la hacía temblar de pies a cabeza. Con cada empujón, sentía que estaba a punto de desmoronarse.

El orgasmo no tardó mucho en llegar.

—Asher... Me... corro...

Y entonces, estalló.

Su cuerpo se contrajo al alrededor de él, apretándole la polla con cada espasmo de placer. Asher la siguió poco después, su cuerpo tensándose cuando las contracciones de ella lo arrastraron a su propio clímax.

Jadeantes y exhaustos, se dejaron caer juntos en la cama.

Después de unos momentos de silencio, Cora sonrió, aún con la respiración entrecortada.

—Sí... es la primera vez que toco el cielo.

Asher alzó la cabeza y la miró.

—Pero no será la última —prometió.

Y estaba más que dispuesto a cumplir su palabra.



Capítulo 16

Cuando el cuñado llama dos veces

—¿Qué te traes con mi hermana? —fue lo primero que soltó Cameron cuando Asher le abrió la puerta de su casa.

Asher lo miró con calma, sin prisa alguna, y le dio un sorbo a la taza de café que sostenía en la mano.

Su expresión era serena, casi insolente.

—Buenos días, Cameron —lo saludó con una tranquilidad que parecía hecha a medida para exasperarlo—. ¿Todo bien?

—No, nada está bien —respondió Cameron, sin rodeos.

Asher alzó una ceja y, sin perder la compostura, se hizo a un lado y le indicó que pasara.

No iba a esconderse ni a disculparse por nada.

—Dime, ¿tienes algo que ver con ella? —insistió Cameron mientras cruzaba el umbral y se adentraba en la casa.

Asher comenzó a caminar hacia la cocina, manteniendo un paso despreocupado.

—¿Y por qué tendría que responder a eso?

—Porque es mi hermana —dijo Cameron, siguiéndolo, visiblemente molesto.

—Es una mujer adulta.

—Y mi hermana.

Asher se detuvo cuando entró en la cocina, girándose para mirarlo de frente, con una expresión entre divertida y desafiante.

—Tu hermana mayor —puntualizó, haciendo énfasis—. No creo que deba darte ninguna explicación. Y yo, menos aún.

No pensaba darle detalles.

No tenía por qué contarle que Cora había pasado la noche con él, ni que apenas habían dormido, porque... bueno, porque habían estado bastante ocupados.

Después de todo, habían sido años de espera, y cada minuto de esa noche había sido una

especie de revancha contra el tiempo perdido.

Cameron, resignado, se dejó caer en una silla y se pasó una mano por la cara, como quien intenta aceptar una verdad inevitable.

Asher le sirvió una taza de café y la colocó frente a él en la mesa antes de sentarse al otro lado, observándolo con una ligera sonrisa.

—Nunca te había visto así —comentó Asher, rompiendo el silencio.

—¿Así cómo? —preguntó Cameron, levantando la vista con el ceño fruncido.

—Tan preocupado por ella. Pensé que te daba un poco igual —Asher sonrió, sabiendo que eso probablemente lo irritaría más.

Claro que lo decía en broma; conocía bien a Cameron y sabía que se desvivía por su hermana, aunque tuviera una manera muy particular de demostrarlo.

Cameron le lanzó una mirada entre cansada y molesta.

—¿Cómo me va a dar igual que mi hermana sufra?

Créeme, pensó Asher, reprimiendo una sonrisa. *No la he hecho sufrir. Al menos, no en el sentido que tú te imaginas.*

En otros sentidos... bueno, quizás un poquito, pero de una manera que los dos habían disfrutado bastante.

—No quiero que sufra, Parker.

Ah, Parker. Así que la cosa era seria. Ya no era Asher, ni jefe, como cuando trabajaban juntos.

Ahora era Parker, el apellido formal, la barrera que dejaba claro que esta conversación iba en serio.

—No es mi intención hacerla sufrir —respondió Asher, igualando el tono, sus palabras cargadas de sinceridad.

—Eso no quiere decir que no lo hagas —replicó Cameron, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Asher frunció el ceño, y el silencio que se instaló entre ellos estuvo cargado de advertencias, reproches y promesas tácitas.

—¿Qué es lo que te preocupa, Cameron? No creo que seas del tipo de hermano que se mete en la vida privada de su hermana —dijo Asher, midiendo cada palabra, tratando de entender de dónde venía tanto dramatismo.

Cameron desvió la mirada un instante, pero luego la sostuvo con determinación.

—No quiero que le hagas daño —respondió finalmente, con un tono que dejaba entrever algo más que simple preocupación.

Asher dejó la taza de café sobre la mesa con un chasquido, elevando las manos al cielo en un gesto de frustración contenida.

—¿Por qué estás tan convencido de que le haría daño? —preguntó, exasperado.

Cameron lo miró fijamente, con una expresión que mezclaba el reproche con la resignación.

—Si no, ¿por qué habría hecho las maletas y vuelto a la ciudad?

Las palabras de Cameron fueron como una bofetada.

Asher sintió que la sangre se le helaba de repente.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Se ha marchado, Asher.

—No... eso no puede ser.

Cora... ¿se había ido?

¿Así, sin más? ¿Por qué haría algo así?

Nada de eso tenía sentido.

Cuando él despertó esa mañana y no la encontró a su lado, lo atribuyó a la incomodidad de despertar en una casa ajena. Supuso que preferiría volver a su hogar para arreglarse, y le envió un mensaje de buenos días con la intención de hablar después.

Sí, tal vez ambos veían la relación de manera diferente, pero jamás pensó que tan diferente como para que ella decidiera marcharse.

—¿Por qué demonios...?

—Ella sabe que estás casado —lo interrumpió Cameron, directo.

Y ahí estaba. La razón de su partida.

El motivo por el que Asher había intentado mantener las distancias desde el principio, resistiendo lo que sentía por Cora a toda costa.

Claro que las cosas no eran tan simples.

—Cameron, yo no...

—Lo sabe —lo cortó Cameron con dureza—. Al parecer encontró una carta en tu casa.

Asher apretó los dientes, procesando las palabras.

¿Que ella qué?

—¿Estás casado? —insistió Cameron, como si no pudiera evitar clavar el puñal un poco más profundo.

¡Joder!

—Eso terminó hace mucho tiempo —respondió Asher, su voz tensa, intentando mantener el control.

Y era cierto.

Aquel matrimonio era solo un vestigio de otra vida, algo roto desde hacía mucho, un compromiso vacío que solo seguía existiendo en el papel.

Pero explicarle eso a Cora sin que pareciera una excusa barata... bueno, ese era otro asunto.

—¿Legalmente? —insistió Cameron—. ¿Terminó legalmente?

—¡Por supuesto que legalmente! —replicó Asher, sintiendo que la paciencia se le escapaba como arena entre los dedos—. ¿De verdad crees que tendría algo con tu hermana, o con cualquier otra, si no fuera un hombre libre? ¡Por Dios!

Por eso se alejó de ella en la cabaña, por eso se resistió tanto. Aunque ya había decidido mandarlo todo a la mierda porque ya no podía soportarlo más. Menos mal que Cameron apareció antes de que él metiera la pata.

No era que no la deseara, solo que no era un hombre libre.

—¿Qué pensabas? —prosiguió Asher, con la voz cargada de una rabia contenida que no era realmente para Cameron—. ¿Que solo la usaría para una aventura de una noche? ¿O que la convertiría en mi “amante”? —el tono de sus palabras dejó claro que solo la idea lo repugnaba.

Pero sabía que, en el fondo, esta rabia no era contra Cameron.

Era contra sí mismo.

Porque había permitido que su pasado se interpusiera entre ellos, que esta situación saliera a la luz de la peor manera, como un secreto sucio, en lugar de haber sido algo que él mismo debería haber aclarado desde el principio.

Y lo que más le dolía era que ese matrimonio, esa maldita carga que había arrastrado por meses, ahora amenazaba con arruinar lo único bueno que había encontrado en mucho tiempo.

—No seas idiota —dijo Cameron con tono severo—. Sabes bien que no creo eso de ti. Si lo creyera, no estaría aquí teniendo esta conversación.

Asher dejó escapar un suspiro de frustración, rascándose la nuca. Pero su expresión cambió de golpe cuando un pensamiento aterrador lo golpeó.

—Pero ella sí lo cree, ¿verdad? —preguntó, la agonía asomando en su voz.

La idea de que Cora pudiera pensar que había sido solo un juego, una aventura sin futuro, le oprimía el pecho hasta casi cortarle la respiración.

Sabía que no tenía derecho a sentirse dolido; ella no tenía la culpa. La culpa era suya, por no haber sido completamente sincero desde el principio.

Iba a hacerlo, de verdad que iba a hacerlo.

Pero ya era demasiado tarde.



Capítulo 17

¿Amor de novela? Sí, pero sin el exceso de drama

Cora miraba por la ventana del autocar mientras emprendía el viaje de vuelta a la ciudad. Apoyó la cabeza en el cristal y suspiró, observando cómo el paisaje pasaba en silencio, reflejando la tormenta que tenía dentro.

¿Había tomado una decisión precipitada?

Quizás. Bueno, probablemente.

Pero, ¿cuándo no tomaba decisiones precipitadas? Así le iba en la vida, saltando de un error al siguiente, y a veces con gracia, pero casi siempre con consecuencias desastrosas.

Lista de “Decisiones que tomé sin pensar y no salieron bien”: esa iba a ser larga. Aunque, claro, tampoco nadie le aseguraba que, si pensaba las cosas a fondo, le iría mejor.

Así que, ya está.

Había aceptado el ofrecimiento de una amiga para quedarse en su apartamento, en una habitación libre, hasta que pudiera estabilizarse y encontrar un lugar propio.

Cora esperaba que fuera pronto. Llegaría a la ciudad y buscaría trabajo, ya fuera como editora, camarera, paseadora de perros... lo que fuera.

La situación no estaba para ponerse exigente.

Lo único que tenía claro era que no podía quedarse en aquel pueblo sin futuro, sin sentido, ayudando en el bar familiar.

Ese no era su lugar.

Lista de “Razones por las que Twiddlefork no es mi hogar”:

1. *Porque no es mi lugar.*
2. *Porque no sirvo para estar atada a Twiddlefork.*
3. *Por Asher “el insoportable” Parker.*

Si le había puesto ese apodo era por algo, ¿no?

Sintió un nudo en la garganta y se limpió una lágrima que se le escapó al pensar en él. No

porque sintiera algo profundo o romántico (por supuesto que no, eso sería ridículo), sino por la rabia.

La rabia y la humillación.

Asher estaba casado.

Cora todavía no se lo podía creer. Todo había sido tan perfecto... bueno, demasiado perfecto. Así de ingenua era ella, cayendo como una tonta en el encanto de alguien que claramente no había sido sincero.

Lo peor de todo es que aquella madrugada, mientras él dormía a su lado, ella estaba absolutamente convencida de que la conexión entre ellos era real.

Después de los mejores orgasmos de su vida (y había que reconocerlo, en eso Asher era un maldito prodigio), ella había creído, por un segundo, que quizás, solo quizás, aquel hombre insoportable y arrogante podía llegar a ser algo más para ella.

Y entonces, la realidad se había estrellado contra ella como un balde de agua helada.

Ocurrió cuando bajó a la cocina a beber agua y terminó preparándose un té. Se había quedado mirando por la ventana del salón de Asher, perdida en sus pensamientos, sintiendo que estaba en un lugar que no debería ser tan cómodo, tan correcto.

Fue entonces cuando vio la carta. El sobre de un despacho de abogados que ella le llevó. Por pura inercia, había deslizado los dedos sobre el sello y, antes de darse cuenta, había leído lo suficiente para entender.

Asher estaba casado. Técnicamente, legalmente... casado.

El horror la había golpeado de inmediato. No solo había sido engañada, sino que se había acostado con un hombre casado.

Lista de "Errores monumentales en la vida de Cora": este ocupaba el primer lugar, sin duda. Y no había nada que pudiera hacer para justificarse, aunque supiera que no era su culpa. Ella era libre.

El que no era libre era él.

Pero eso no la hacía sentir mejor. Ni un poquito.

Así que había regresado a su casa, con el orgullo herido y la decisión firme de retomar su vida.

Esa misma mañana, había empaquetado sus cosas y avisado a su amiga en la ciudad. No podía quedarse en Twiddlefork ni un segundo más.

Era hora de hacer su lista de "Razones por las que dejó Twiddlefork":

1. *Porque necesito una vida propia.*
2. *Porque mis sueños están lejos de aquí (no tengo sueños, pero de tenerlos seguro que están lejos de aquí).*
3. *Porque definitivamente ni mi vida ni mis sueños tienen nada que ver con Asher Parker.*

Y ella no se estaba engañando. Para nada.



Apenas había logrado cerrar los ojos después de no haber dormido en toda la noche...

No necesitaba hacer una lista de “Razones por las que no dormí bien” porque ya sabemos por qué.

No, mejor no pensar en eso.

Estaba intentando relajarse cuando, de repente, el autocar en el que iba sentada frenó en seco. Cora ahogó una exclamación, al igual que muchos de los pasajeros, y el aire se llenó de murmullos y preguntas.

—¿Qué habrá pasado? —susurró alguien cerca.

Cora se preguntó si el conductor habría esquivado a un animal en la carretera. Pero cuando la puerta del autocar se abrió y lo vio entrar, la idea de un animal cobró un nuevo sentido.

Sí, un animal... Eso era, sin duda.

¿Pero qué demonios hacía Asher Parker allí? Guapísimo, además, porque eso hay que decirlo.

¿Y por qué miraba a su alrededor de esa manera? ¿Qué buscaba?

No estaría buscándola a ella... ¿verdad?

¡Por supuesto que no!

Ni que ella fuera la protagonista de una película de esas románticas, vamos.

¿Entonces qué hacía allí?

Fuera por lo que fuera, no tenía que verla.

Cora se encogió en su asiento, haciéndose lo más pequeña posible, como si pudiera desaparecer entre las sombras del autocar. Deseaba con todas sus fuerzas que no la hubiera visto. Se cruzó de brazos, hundió los hombros, incluso deslizó el bolso sobre su regazo, tratando de usarlo como una especie de escudo.

Por si acaso, creó mentalmente una lista de “Estrategias para pasar inadvertida”:

1. *No mirarlo.*
2. *No moverme.*
3. *Respirar lo menos posible.*
4. *Rezar para que no me vea.*

Pero... sus esperanzas eran inútiles.

Lo sé yo.

Lo sabes tú.

Y ella también lo sabía, aunque a veces le gustaba mentirse a sí misma, como hacía en otras

cosas.

—Disculpen, tengo razones para creer que alguien peligroso viaja aquí —dijo Asher, alzando la voz para hacerse escuchar.

¿Perdón?

Si lo que él buscaba era provocar pánico, lo había conseguido. El autocar entero reaccionó al instante.

Cora contuvo la respiración mientras el caos se desataba a su alrededor. Los pasajeros empezaron a murmurar inquietos, algunos hasta gritaron, asustados.

Increíble.

Cora se hundió aún más, sintiendo el latir de su corazón en cada fibra de su cuerpo. Apenas se atrevía a respirar.

Deseaba volverse invisible.

—¿Un ladrón? —preguntó alguien, con los ojos muy abiertos.

—¿Un asesino? —susurró una señora desde un par de filas más adelante.

—¿Un terrorista? —aventuró otro pasajero, mientras todos miraban al sheriff con horror.

Las preguntas y exclamaciones al sheriff no se hicieron esperar, pero Cora no levantó la cabeza. Para nada. Que preguntaran lo que quisieran, que miraran, que se asomaran... ella no iba a moverse ni un centímetro.

Entonces, de repente, todo se detuvo. Los murmullos, las preguntas nerviosas... silencio.

Ese tipo de silencio en el que sabes que alguien ha encontrado lo que buscaba.

Cora se mantuvo quieta, aferrándose a su bolso, pero la curiosidad la venció. Lentamente, levantó la mirada y, claro, error. Allí estaba él, mirándola directamente, con esos ojos que parecían atravesarla.

—Baja —le dijo Asher, firme.

¿Bajar? ¿Con toda esa gente mirando? ¡Ni hablar!

Lista de “Razones por las que no me levantaré de este asiento”:

1. *Porque tengo dignidad.*
2. *Porque no quiero que toda esta gente me vea.*
3. *Porque esto es absolutamente humillante.*

Sin embargo, la dignidad era difícil de sostener cuando él estaba plantado allí, sin moverse, esperando con los brazos cruzados y una ceja alzada, dejando claro que no aceptaría un “no” por respuesta.

Cora apretó los labios, deseando que la tierra se la tragara. Respiró profundo, se acomodó el bolso.

No pudo evitar ver cómo algunos pasajeros levantaban los móviles para grabar la escena. Genial. Seguro que esto terminaría en las redes sociales.

—No voy a ningún lado contigo —dijo con toda la firmeza que pudo reunir.

Pero Asher solo alzó la ceja todavía más, señalándole la salida.

—Te estoy pidiendo que bajes —repitió, firme—. ¿O prefieres que te baje yo?

¿Así que ahora la estaba obligando? Cora sintió cómo la vergüenza se arremolinaba en su pecho, subiendo en oleadas que le quemaban las mejillas.

Pero, ¿ceder así? No tan rápido. Se cruzó de brazos y le devolvió una mirada desafiante, aunque sus piernas temblaban un poco.

—¿Y si no quiero? —respondió, alzando la barbilla—. ¿Acaso tengo cara de “persona peligrosa”?

—Cora, no tengo todo el día —hizo un gesto hacia la puerta—. Baja. Ahora.

Por dentro, cada fibra de su ser gritaba que se quedara en su sitio, que no le diera el gusto de bajarse. Que no cediera.

—No lo haré.

—Cora... ¿Quieres que te baje a la fuerza?

Ella abrió los ojos como platos, horrorizada.

—¡No serías capaz! —exclamó, tratando de sonar segura, aunque su voz tembló un poco.

Él la miró fijamente, con una expresión de absoluta calma, esa misma expresión que le recordaba al niño testarudo e imparable, y capullo, que había sido.

—Ponme a prueba —dijo, con en voz baja y amenazante.

Oh, sí. Sería capaz. Muy capaz.

Y, de pronto, Cora no estaba tan segura de que valiera la pena jugar con fuego.

Maldiciendo entre dientes, se levantó con toda la dignidad que pudo reunir y, en medio de las miradas curiosas y los móviles que seguían grabando, comenzó a avanzar lentamente hacia la salida, lanzándole una última mirada desafiante antes de bajar del autocar.

Una vez fuera, Asher le hizo una señal al conductor para que cerrara la puerta.

—Puede marcharse.

—¡No puede! —exclamó ella, indignada.

El pobre hombre la miró con una mezcla de lástima y paciencia infinita.

—Mi maleta —añadió Cora, carraspeando, odiando ser el centro de atención.

El conductor pulsó un botón y la puerta lateral del autocar, donde se guardaba el equipaje, se abrió con un chirrido. Cora lo fulminó con la mirada. No, no la miraba con lástima. Ese tipo se estaba burlando de ella.

—Baje eso, ni se le ocurra... —resopló, frustrada—. Espere un momento.

—A ver si se aclaran —dijo el conductor, mirando de un lado a otro, con evidente fastidio—. ¿Quieren que me quede o que me vaya?

—¡Quédese! —exclamó ella, sin pensar.

—¡Váyase! —replicó él al instante, sin ceder un ápice.

El hombre puso los ojos en blanco, hastiado.

—¿Y quién me va a pagar el retraso, ¿eh? —murmuró con una ceja alzada, mirando alternativamente a Cora y a Asher.

Maldiciendo a la vida y a toda la audiencia involuntaria, Cora cogió la maleta con un bufido.

No tuvo tiempo ni de dar un paso antes de que Asher se la arrebatará de las manos, como si temiera que se echara a correr por la carretera, donde él seguramente no podría alcanzarla.

En fin...

—Váyase —dijo entonces Cora, dirigiéndose al conductor—. Váyase antes de que acabemos en todas las redes sociales.

Y es que no entendía cómo el autocar no había volcado con todas las cabezas y móviles pegados al mismo cristal, grabando la escena sin disimulo alguno.

Qué vergüenza, Dios mío, acabar siendo famosa por esto.

En su mente, hizo una rápida anotación mental en su lista de “Cosas humillantes de las que me arrepentiré por siempre”:

Punto cinco mil doscientos tres: haber tenido la mala idea de conocer a Asher Parker en primer lugar.

Cora lanzó una mirada fulminante a Asher, pero él la devolvió con una tranquilidad exasperante, sin dejar de sostener la maleta.

Qué paciencia necesitaba.

Justo en ese momento, alguien desde el autocar gritó: “¡Subid esto a TikTok!”, y Cora no pudo evitar un escalofrío.

Cuando el autocar se alejó, con un último resoplido, se giró hacia Asher, lanzándole una mirada que echaba chispas.

—¿Acabas de tratarme como a una delincuente? —dijo ella, incrédula, plantándose frente a él con los brazos cruzados.

Asher le sostuvo la mirada sin inmutarse, con esa calma que solo conseguía irritarla todavía más.

—¿Y tú planeabas irte del pueblo sin decirme nada? —replicó él, en tono bajo, pero cargado de reproche—. ¿Después de lo que compartimos? —sonaba dolido— Joder, Cora, ¿no te creía esa clase de persona!

—Ah, ¿no? ¿No me creías la clase de persona que puede hacer con su vida lo que quiera y que no tiene que darle explicaciones a nadie, sobre todo a un polvo de una noche? —explotó, gritando, elevando las manos al cielo.

Se arrepintió de decirlo en el mismo momento en que las palabras salían de su boca.

—No lo tomaré en cuenta porque... joder —se pasó las manos por el pelo, frustrado—. Porque sé que estás enfadada. Pero no vuelvas a decir que lo nuestro fue solo un polvo. Al menos no en lo que a mí respecta —advirtió.

—Claro, para ti fue algo más. ¿Una manera de tener una amante? —replicó ella, envenenando cada palabra.

Estaba dolida, profundamente, y se notaba en la forma en que lanzaba esas puyas una tras otra.

Porque él le había hecho daño. Más del que ella misma quería admitir, porque aceptar eso sería reconocer que ese hombre le importaba más de lo que debería.

—¿Sabes lo que fue para mí darme cuenta de que me había acostado con un hombre casado, Asher? ¡Un hombre casado! ¿No crees que eso era algo que debías decirme?

Él apretó la mandíbula, claramente afectado por sus palabras, pero no apartó la mirada.

—Eso ya terminó, Cora —respondió él, en un tono controlado, aunque bajo.

Para que las cabras que había por allí no lo escuchara...

¡¿Pero quién demonios lo iba a escuchar en medio de la nada?!

—¿Terminó? —se burló ella, alzando la voz—. ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Cuando ya no tuviera escapatoria? ¿O pensabas que me iba a conformar con ser "la otra"?

—¡No eres "la otra"! —soltó él, alzando la voz por primera vez, y ella se dio cuenta de que él también estaba a punto de perder el control—. No eres eso, nunca lo fuiste, y lo sabes.

Lista de "Mentiras que no estoy dispuesta a creer":

1. *Que no soy "la otra".*
2. *Que no tenía intención de engañarme.*
3. *Que él piensa que esto puede arreglarse.*

—Pues lo que sé —respondió ella, con el tono cargado de ironía— es que me has engañado. Fui yo la que tuvo que descubrir esa maldita carta, yo la que tuvo que salir corriendo antes de que toda esta farsa me consumiera por completo.

Asher la miraba, incrédulo, pero ella siguió hablando, incapaz de detener la furia que la dominaba.

—¿Te das cuenta de lo humillante que fue? ¿De lo insignificante que me sentí? Y ahora vienes a detenerme y a darme órdenes, como si yo tuviera alguna obligación contigo —Cora hizo una pausa, y por un momento su voz se quebró—. No sé ni por qué estoy aquí hablando contigo, en medio de la maldita nada, cuando debería seguir adelante y olvidarme de que existes. Aunque ¿irme cómo, ¡si me has sacado del maldito autocar!?

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él, sin rastro de arrepentimiento por haber montado semejante escena—. ¿Que todo esto quede en una noche? ¿Largarte y que no volvamos a vernos?

—Es como debe ser.

—¡No es eso lo que te estoy preguntando! —exclamó Asher, alzando la voz—. ¿Es eso lo que quieres, Cora? ¿No significo nada para ti?

Se acercó a ella, hasta que sus cuerpos quedaron pegados, y unió su frente a la de ella.

—Cariño...

Entonces la besó.

Y Cora se dejó besar porque, maldita sea, quería que lo hiciera. Pero cuando fue consciente de lo que estaba pasando, puso las manos en su pecho y lo empujó.

Él se separó de ella, gruñendo.

—Tú estás casado.

—Debería meterte en ese maldito coche, llevarte a mi casa y allí, sentarte sobre mis piernas y darte unos buenos azotes en el trasero por creer que soy esa clase de persona —gruñó, pasándose las manos por el pelo, frustrado—. Maldita sea, no estoy casado —sacó un papel doblado del bolsillo y se lo dio—. Joder, ¿tenemos que tener esta conversación aquí?

Ella dudó, pero finalmente lo tomó y lo desdobló.

—Estoy divorciado. A eso fui después de lo de la cabaña. Porque aún no lo estaba, y por eso no hice lo que quería hacer esa primera vez que te tuve desnuda entre mis brazos.

Ella leyó el papel, después lo miró a él, confundida.

—No entiendo.

—Claro que no entiendes —resopló él—. Estuve casado, sí. Hace meses que presenté la demanda de divorcio y me alejé de ella y de la vida que tenía allí, todo me estaba consumiendo. Por eso volví en cuanto vi que había un puesto libre. Ella no quería firmarme el maldito divorcio a menos que fuera en persona, y no me dio la gana de ir porque no quería verla. Me daba igual cuánto tardara; insistiría hasta que el juez me diera la razón, no tenía prisa. Pero después de engañarme con mi compañero, no iba a darle el gusto. Y no lo habría hecho... de no haber aparecido tú.

—Asher...

—Joder, Cora, luché contra esto. Ya no creía en el amor ni en las personas. Pero fue en vano; no podía sacarte de mi cabeza. Me dolían los dedos por la necesidad de tocarte. Y ni hablemos de cómo estaba mi cuerpo —resopló, frustrado, sin rastro de humor, solo desesperación—. Ese día en la cabaña... supe que no podía más, que iba a mandar toda mi integridad a la mierda porque te necesitaba. Menos mal que Cameron nos interrumpió. Sabía que tenía que explicarte todo, que estabas molesta, pero pensé que podía hacerlo al volver. Y, bueno... lo demás es historia.

Cora intentaba asimilar todo. Se apoyó en la camioneta del sheriff, negando con la cabeza.

—Yo no sabía...

—Claro que no lo sabías —él se acercó, tomó su rostro entre las manos y la miró con intensidad—. Yo quiero más, Cora, quiero mucho más.

Y la besó.

Fue un beso profundo, como si fuera la primera vez, como si la necesitara más que nada. Ella, al menos, sí necesitaba que él lo hiciera. Cora se rindió ante el beso, sus propios labios respondiendo con una urgencia que la sorprendió. Las dudas, la rabia y la confusión se desvanecieron momentáneamente, dando paso a un sentimiento mucho más claro: la necesidad de sentirlo.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban entrecortadamente.

—Vuelve a casa, cariño. Danos una oportunidad —murmuró Asher, con un tono que mezclaba anhelo y temor.

Cora cerró los ojos, sintiendo cómo sus palabras le atravesaban. Cuando los abrió, él seguía

allí, mirándola con esos ojos oscuros, sinceros, casi suplicantes.

—¿Por qué? —preguntó ella entonces.

—¿Por qué? Porque la merecemos, Cora —respondió él.

Ella negó lentamente con la cabeza, sin apartar la mirada.

—No... ¿Por qué quería que volvieras para firmar el divorcio?

—Cariño... —suspiró él.

—¿Por qué quería verte? —insistió ella, necesitando escuchar la verdad.

Él soltó un suspiro profundo.

—Pensó que, al verla, volvería con ella.

Ella asintió levemente, pero él negó con la cabeza, con firmeza.

—No lo hice, Cora. ¿Cómo podría hacerlo, si la única persona en la que pienso eres tú? —dijo, su voz apenas un susurro cargado de sinceridad.

Cora respiró hondo y tragó saliva, su mirada llena de preguntas.

—¿Tanto la quisiste? —murmuró finalmente.

—Cariño...

—¿Tanto significó para ti? —preguntó ella.

—No significa nada —respondió él, con voz firme, mirándola directamente a los ojos, como si quisiera borrar cualquier duda que pudiera haber en su mente.

—Pero ella lo intentó porque sabía, o creía, que lo harías. Quizás porque ya lo hiciste antes —él apretó la mandíbula con fuerza—. No te estoy juzgando, Asher, ni son celos. Intento hacerte ver que apenas nos conocemos —replicó ella, esforzándose por sonar fría, como si eso pudiera crear la distancia que tanto necesitaba—. ¿Es que no lo ves?

—Te conozco, Cora.

—No, no lo haces. Conoces a la niña que fui... o crees conocerla, igual que yo creía conocerte a ti. Pero ni siquiera eso es cierto —negó con la cabeza, buscando las palabras adecuadas—. No conocemos la historia del otro. No sé quién eres, no sabes quién soy. No conocemos nuestros sueños, nuestras heridas, ni los miedos que hemos enfrentado. Las veces que nos han roto el corazón, qué esperamos del amor, qué sería lo que jamás perdonaríamos. Ni qué detestamos comer o qué nos encanta. ¡Ni siquiera yo me conozco completamente! —suspiró tratando de contener el temblor en su voz—. No sabemos nada el uno del otro, más allá de que hay algo entre nosotros. Algo físico. Un deseo. Y no es solo que me sienta engañada por ti... Ni que me sienta celosa o que me haga sentir insegura una mujer que ya no es parte de tu vida —hizo una pausa, obligándose a mirarlo a los ojos—. Es que ni siquiera debería sentirme así, ¿no lo ves?

—¿Y eso no es suficiente? —preguntó él, casi en un susurro—. ¿Que nos deseemos de esa manera no es suficiente? ¿Lo que sentimos cuando estamos juntos no lo es?

Cora soltó una risa amarga, recordando todas las veces en las que ese deseo inicial no había sido suficiente. Sus fracasos amorosos habían comenzado igual, con una chispa intensa que se apagaba sin más.

—No, Asher. No lo es. Y en el fondo lo sabes.

—Es suficiente para empezar, Cora —él suavizó la voz—. Es más que suficiente para decidir que quiero conocerte. Quiero saberlo todo de ti: quién eres, qué te gusta, qué temes, qué sueñas, qué odias. Además de a mi yo de niño —trató de bromear, pero la intensidad en su mirada traicionaba su tono—. Quiero saberlo todo.

Cora apartó la mirada, sintiendo el peso de sus palabras.

—Asher...

—Eso es más que suficiente para iniciar algo. Lo sabes —respondió él, con desesperación contenida—. Por eso te pido que te quedes. No termines con esto antes de que haya empezado siquiera.

—Asher... —murmuró ella, su voz temblorosa, y él lo notó.

—Cora —suspiró él, con un atisbo de desesperación en la voz que a ella le atravesó el pecho—. Lo de anoche no fue algo pasajero, lo sé. Y sé que tú también lo sabes. Hay algo entre nosotros que vale la pena explorar.

Quería decirle que no se equivocaba.

—Acabas de divorciarte, Asher —susurró—. Apenas has tenido tiempo para ti mismo.

Él negó con la cabeza, como si ese argumento no significara nada.

—Cora...

Ella apretó los labios, obligándose a enfrentar la realidad.

—Acabo de salir de una relación. Mi vida es un auténtico desastre.

—Déjame conocer ese desastre —replicó él—. Déjame conocerte. Conóceme tú a mí. No como los niños que fuimos, no con las ideas preconcebidas que tenemos del otro, sino como somos ahora.

La voz de Asher temblaba ligeramente, y esa honestidad la hizo dudar aún más de su negativa.

—Déjanos tener la oportunidad de comprobar si somos la historia de amor del otro.

Él la miraba con una mezcla de esperanza y vulnerabilidad que nunca había visto en él.

Aquella petición era sencilla, casi una súplica.

Cora sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, y en ese instante, en el silencio cargado entre ellos, hizo lo que nunca pensó que haría.

—Lo siento —dijo en un susurro, su voz temblorosa, pero firme—. No puedo hacerlo.

En ese momento, sintió cómo se le rompía el corazón.



Epílogo

Checklist de un final feliz

Hacía mucho tiempo que no ponía un pie en Twiddlefork, casi un año, para ser exactos. Casi un año desde que se marchó de nuevo, sabiendo que lo que necesitaba no se encontraba en aquel pequeño pueblo.

Caminaba por la plaza y sonreía al hacerlo, porque se sentía bien al estar de vuelta. Sus ojos se posaron primero en el bar familiar y, después... en los recuerdos de todo lo que dejó allí. Había extrañado muchas cosas de Twiddlefork y, sí, sobre todo, a él.

Porque hacía mucho tiempo que no lo veía.

Habían pasado tantas cosas entre ellos...

Recordaba aquel día cuando ella se marchó del pueblo, en aquella carretera, después de que él la obligara a bajar de ese autocar, cuando le pidió que volviera a casa, y ella, con el corazón en la mano, le dijo que no podía. No porque no quisiera, sino porque sentía que, primero, necesitaba encontrar algo dentro de sí misma.

Necesitaba tiempo. Estaba en el pueblo después de una ruptura, sin rumbo y sin propósito, buscando una razón para levantarse cada día. Sabía que una relación sin sentirse completa no sería justa ni para él ni para ella.

Le costó mucho darse cuenta de ello, pero lo que sentía por él la ayudó a entenderlo. Quería que aquello funcionara, quería que funcionara con él, pero para eso, primero tenía que funcionar con ella misma.

Asher no necesitaba tiempo, o eso decía, pero la entendió.

Más que eso: la apoyó.

Le dio su espacio cuando más lo necesitaba, la dejó ser, la dejó convertirse en quien quería ser, y estuvo allí en todo momento, a su lado. La acompañó de vuelta a la ciudad, la llamaba cada noche, la visitaba cada vez que podía. Estuvo con ella en cada paso, incluso en su primera firma de libros.

Sí, como lo lees. Escribió un libro en sus ratos libres, mientras servía copas. Escribió lo que

siempre había soñado escribir, y ni ella misma podía creerse todo lo que había conseguido.

Menos mal que se hizo “famosa” por eso y no por la cantidad de vídeos sobre aquel momento con Asher en la carretera que rodaron por internet.

Pero no solo ella había cambiado. La vida de las personas a su alrededor también habían dado giros inesperados.

Sarah, su amiga de toda la vida, se divorció y, en un acto de valentía, decidió volver a estudiar. Se había mudado a la ciudad para comenzar una nueva etapa, algo que siempre había postergado.

Y luego estaba Richard... ahora su cuñado. Sonrió al pensar en él, porque no podía estar más feliz por los dos. Su hermano había encontrado a alguien que lo hacía verdaderamente feliz. Era como si cada pieza estuviera por fin en su lugar.

¿Quién lo habría dicho?

Sus padres, por su parte, seguían igual. Eran esa constante en su vida, ese refugio al que siempre podía volver.

Cora respiró profundamente, sintiendo cómo la brisa del pueblo la envolvía. Ya no sentía esa prisa por demostrarle a nadie quién era; ahora lo sabía.

Con cada paso, se acercaba un poco más a él y a ese lugar que siempre había sido su hogar, sabiendo que esta vez estaba lista para lo que fuera que la esperara.



—¿Me está escuchando, sheriff?

Asher gimió cuando alguien le clavó el codo en el costado. Alguien a quien iba a dejar de considerar familia.

—Por supuesto —mintió, y miró, con su mejor sonrisa, a la señora Ruthie.

¿Pero de dónde sacaba esa mujer esos sombreros? Cada uno era más extravagante que el anterior, y este tenía plumas que parecían salidas de algún ave tropical.

—Entonces, ¿la va a buscar o no? —insistió la anciana, ajustándose el sombrero para mirarlo con ojos inquisitivos.

Asher lanzó una mirada de auxilio a Cameron, preguntándose con la mirada de qué demonios estaba hablando la mujer.

Cameron, que lo conocía demasiado bien, suspiró. Sabía que cada vez que la señora Ruthie hablaba, Asher hacía viajes astrales.

Claro, eso no era algo exclusivo de cuando la señora Ruthie hablaba. A veces, Asher se la pasaba más tiempo en las nubes que en la tierra.

Era lo que tenía estar enamorado.

Sí, Asher estaba loquito por Cora, y lo sabía todo el maldito pueblo.

Siempre estaba pensando en ella. Odiaba tenerla lejos, pero sabía que solo sería por un tiempo y que ella necesitaba ese espacio. Lo último que él quería era interponerse en su crecimiento, así que esperaba, aunque cada día fuera una pequeña tortura.

—¡Sheriff! —la señora Ruthie carraspeó, cruzándose de brazos.

Sus dedos tamborileaban con impaciencia en su brazo, cubierto con un abrigo de lana demasiado grande para el calor del día.

—Le decía que me han robado mi... mi cinturón de cuero con hebilla de leopardo.

Asher parpadeó, tratando de procesar lo que acababa de oír.

—¿Su cinturón de... leopardo? —repitió.

—Así es, jovencito —respondió ella con el mentón bien alzado—. Lo dejé colgado en el baño del bar y alguien se lo ha llevado. Y ya sabe que no es la primera vez que pasa, sheriff. Recuerde lo de la dentadura... ¡O cuando perdí mi faja el día de la feria del pueblo!

Asher luchó por no soltar una carcajada y, con toda la seriedad que pudo reunir, asintió.

—Entiendo, señora Ruthie. Tomaré nota —le aseguró—. Voy a preguntar en el bar si alguien ha visto... su cinturón.

La señora Ruthie no parecía muy convencida, pero después de mirarlos a ambos detenidamente, asintió con la cabeza, como si hubiera encontrado lo que buscaba en sus rostros, y se marchó.

—Madre de Dios... —gimió Asher mientras veía cómo la mujer desaparecía calle abajo—. Esa mujer acabará volviéndome loco un día.

—Pensé que ese iba a ser mi trabajo —dijo entonces una voz detrás de él.

Asher se giró de inmediato, y casi le dio un infarto al verla.

—Cariño... —susurró, incrédulo.

No podía creerlo.

Habían hablado esa misma mañana y ella le había dicho que iba a una reunión con su editora, para discutir detalles sobre la segunda firma de su libro.

No, debía de estar soñando. Aquello era simplemente el resultado de sus ganas de verla allí, de tenerla cerca.

Pero no, era real. Cora estaba allí, sonriéndole con esa preciosa sonrisa y su cabello corto, un símbolo del cambio que había decidido hacer en su vida.

Ella abrió los brazos, riendo.

Cameron resopló a su lado.

—Oh, vamos, te pasas el día llorando por ella y, ¿ahora que está aquí ni la abrazas? —exclamó, dándole un empujón más fuerte de lo necesario.

Cuando Asher la tuvo entre sus brazos, sintió que el corazón le iba a estallar de pura alegría.

—Dios, cariño... —susurró, abrazándola con fuerza, como si temiera que desapareciera si no lo hacía.

Ella no se quedó atrás y le echó los brazos al cuello, devolviéndole el abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Asher después de devorarla a besos, sin importarle que estuvieran en medio de la calle y él de servicio.

—¿Me echaste de menos? —preguntó ella, con una sonrisa traviesa.

—Joder, cariño, dos semanas sin verte —respondió él, besándola de nuevo—. ¿Tú qué crees?

Hacía dos semanas que había tomado un avión para ir a verla, como solía hacer cada vez que podía.

—Yo también te eché de menos —dijo ella, con una sonrisa y un guiño pícaro—. Estás muy guapo, sheriff.

Él gimió.

—No hagas eso si no quieres que te folle aquí mismo —susurró, con una mirada ardiente.

—¡Hombre, por Dios! —exclamó Cameron, fingiendo sentirse escandalizado.

Asher miró hacia atrás, divertido.

—¿Pero qué haces aquí todavía?

—¡Pues esperando a que la sueltes! A ver si me dejas abrazar a mi hermana —replicó Cameron, fingiendo indignación.

Cora rio, y Asher, a regañadientes, la dejó libre el tiempo exacto que Cameron tardó en darle un abrazo.

—Ya está —dijo Asher, volviéndola a acercar a él y rodeándola con un brazo por los hombros.

Ella se agarró a su cintura, contenta.

—No seas tan empalagoso—resopló Asher.

—¡Mira quién habla! ¿Qué haces aquí? —preguntó, mirando a Cora con curiosidad.

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Dando otro paso en mi vida.

Asher se tensó al escucharla.

¿Eso significaba...?

—Cariño... —murmuró, con un brillo de emoción en los ojos.

Ella levantó la mirada y sonrió.

—Creo que tendré que hacer muchas listas... ¿Ya tienes alguna fecha de boda en mente? —preguntó, divertida.

Sí, Asher estaba seguro de que en ese momento estaba a punto de darle un infarto... y no podía estar más feliz por ello.

—¿Sabes que te quiero? —preguntó él, la emoción en su voz.

Ella lo miró, sonriente. Acarició suavemente su mejilla, mirándolo a los ojos.

—Yo más, Asher, "el amor de mi vida" Parker.

No pudo evitar sonreír al pensar en que muchas de esas listas ya no las escribía sola.

FIN



A la mierda el amor... o quizás no

¿Ves, querida lectora?

Si las cosas tienen que ser, serán.

La vida siempre se encarga de que ocurran, por más que intentemos resistirnos o escapar.

Nos harán daño, nos harán sufrir, y nos harán dudar del amor, al punto de decir “¡a la mierda!”.

Pero cuando el amor es verdadero... ahí no tenemos ninguna oportunidad de escapar.

No la tuvo Cora, por más que intentara huir de sus sentimientos. No la tuvo Asher, por más que luchara contra su deseo.

Porque lo que tiene que ser, será.

Porque el amor, el auténtico, no se va. Nos encuentra y se queda, aun cuando intentamos ignorarlo.

Así que, por más vueltas que demos, la vida siempre nos lleva de vuelta a ese lugar, a esa persona que, pese a todo, se convierte en nuestro hogar.

NOVELAS

Vega Manhattan

- 01 — Emmanuel
- 02 — Huyendo del príncipe azul
- 03 — Ódiame... Pero quédate conmigo
- 04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)
- 05 — Una propuesta peligrosa. La historia de Asher (Propuesta 2)
- 06 — En las manos del Duque
- 07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)
- 08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)
- 09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)
- 10 — La seducción del Highlander
- 11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas
- 12 — Para mi desgracia, mi jefe
- 13 — Todo por sentir
- 14 — Toda una vida
- 15 — Un lugar para refugiarse
- 16 — No callaré para siempre
- 17 — Cambiaste mi vida
- 18 — Sin mirar atrás
- 19 — Te protegeré siempre (FBI 4)
- 20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)
- 21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe
- 22 — Cupido. ¡La madre que te parió!
- 23 — Lo que provocas en mí
- 24 — Un hermanastro por Navidad (Relato navideño)
- 25 — Tengo ganas de ti
- 26 — Jefe, ¡que te den!
- 27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Relato navideño)

- 28 — ¡Por qué no te callas!
- 29 — Raven. Serie La Mansión 1
- 30 — Rain. Serie La Mansión 2
- 31 — Romeo. Serie La Mansión 3
- 32 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)
- 33 — Raider. Serie La Mansión 4
- 34 — Vengo a hablar de mi jefe
- 35 — Improbemos
- 36 — A la mierda el amor

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Serie La Mansión

Explora todas mis novelas escaneando este código.

